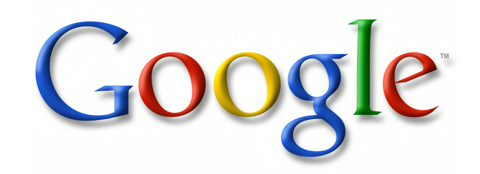


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

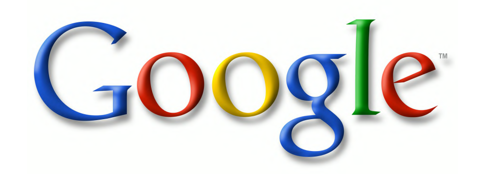
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

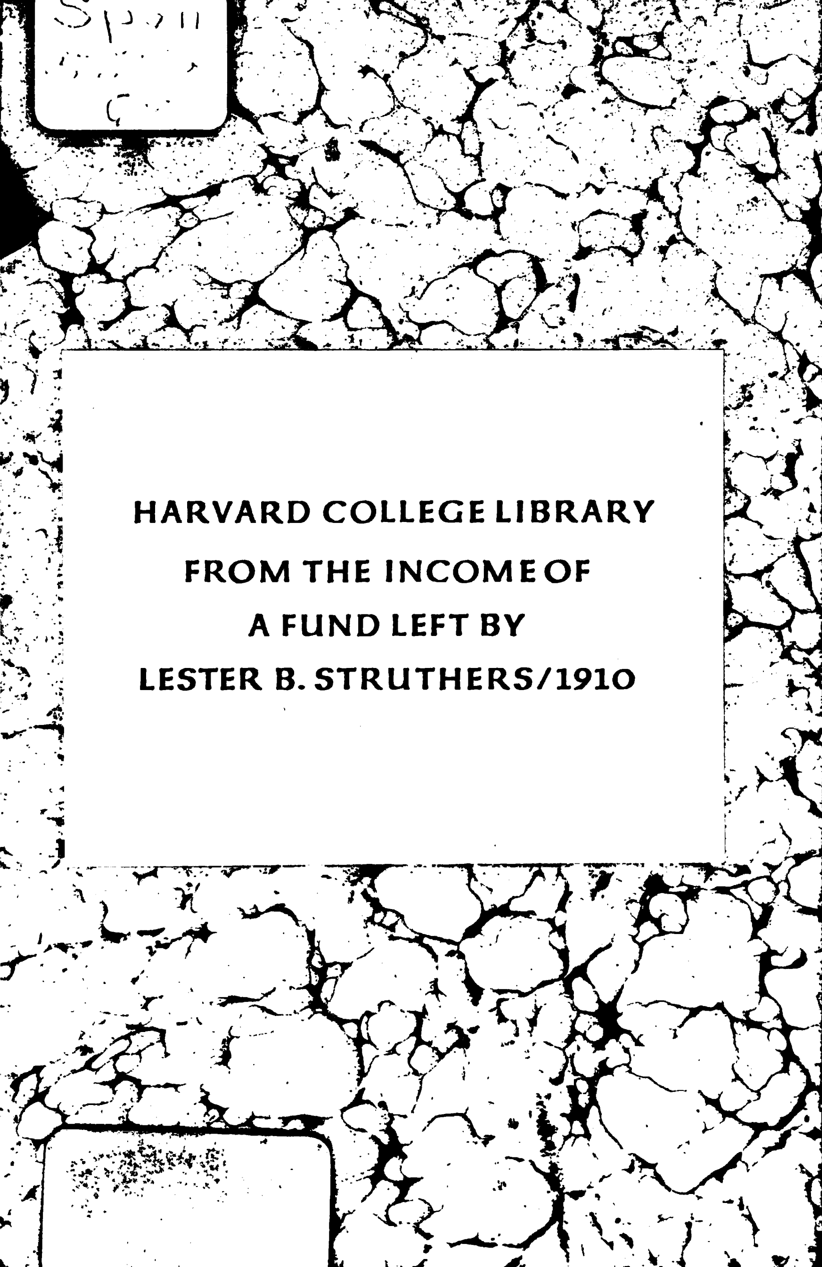
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

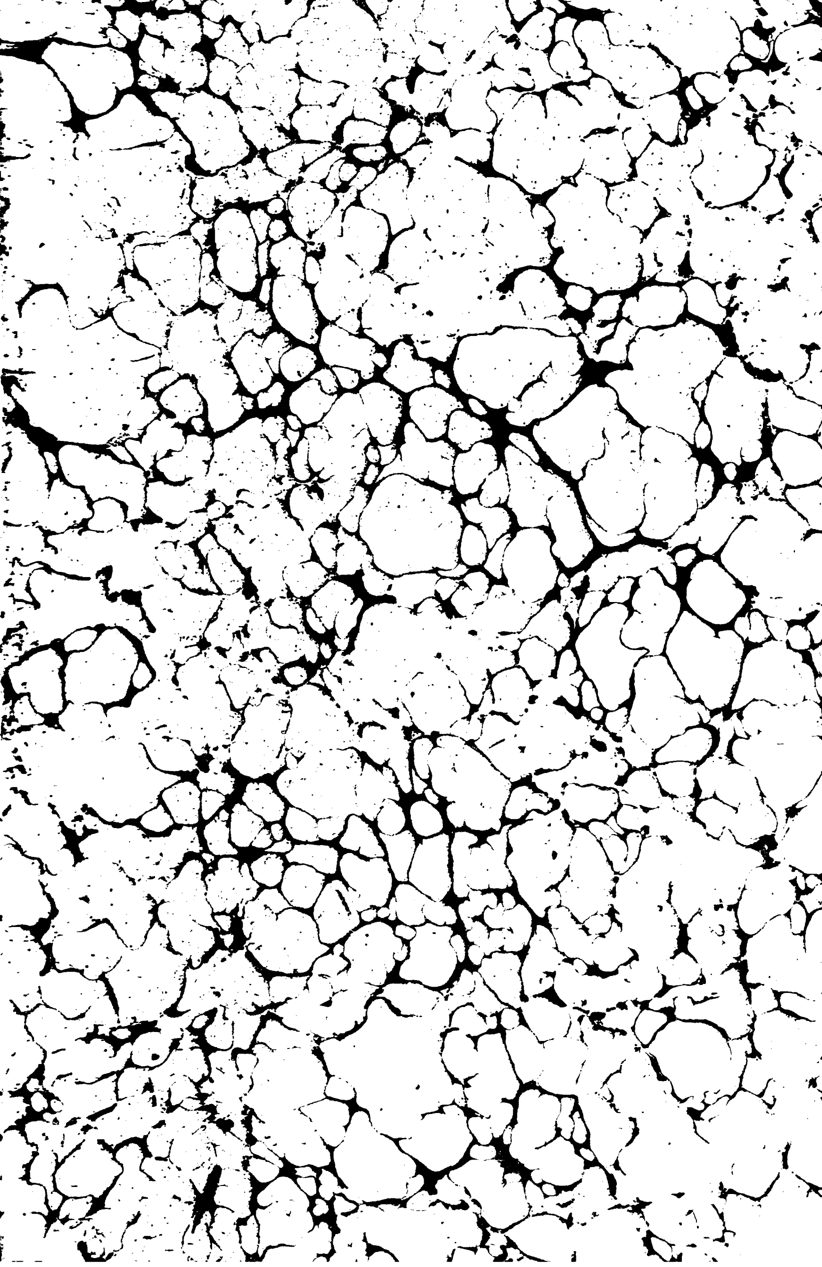
Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


HARVARD COLLEGE LIBRARY
FROM THE INCOME OF
A FUND LEFT BY
LESTER B. STRUTHERS/1910



ALMA Y VIDA

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

B. PÉREZ GALDÓS

ALMA Y VIDA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

Representóse en el Teatro Español la noche del 9 de Abril de 1902.

2.000




MANUEL DE LA PUENTE Y CUEVA

MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
132, Hortaleza
1902

Span 5882.L8

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4.

PRÓLOGO

Perdónenme que también ahora, al imprimir el drama estrenado últimamente, eche por delante un poco de sermón, no porque el caso de ogaño tenga semejanza con aquel otro en que me permití subir al púlpito, sino por imperiosa necesidad de expresar algunas ideas referentes al Teatro y á las causas de su precaria existencia, á la psicología del público en estos días de grande confusión, ansiedad y azoramiento, á la forma viciosa en que se efectúan los estrenos, y al arcaísmo de la Prensa, que aún no acaba de dar á la literatura dramática el vital ambiente que á otros asuntos prodiga, increíble abandono tratándose de un arte tan hermoso, tan castizo, alma, rostro y acento de esta raza, cuyos caracteres culminantes son la viveza pasional y la expresión declamatoria.

De esto y de algo más, comediantes y directores de escena, críticos que claman generosos ó rezongan descontentadizos, quiero decir cuanto se me ocurra, y advierto ante todo que escribo estas páginas con absoluta serenidad, y que guardo para mí propio las amarguras y desengaños, disimulando hasta donde pueda la fatiga de quien anda en el trajín de labrar un surco en

tierra ingrata, poniendo en ello más voluntad que inteligencia, decidido á que la ineficacia de un esfuerzo se remedie con otro esfuerzo mayor. El cansancio, como el mal sabor de boca, fácilmente halla medicina en la conciencia, y si nunca seré gladiador de consumado poder para la lucha, válgame el propósito de imitar al aragonés que hincaba en el muro los clavos haciendo martillo de su dura cabeza. Con tan saludable ejercicio, y con el gusto de ver cómo van entrando los clavos, fácilmente se adquiere la tranquilidad de espíritu, y la fortaleza craniana que permite acometer mayores empresas. Y esta serenidad que disfruto me permitirá platicar sosegadamente con los que han escrito de ALMA Y VIDA en variados tonos, inclinándome ante los que han expresado sus opiniones con alabanzas desmedidas ó censurádome con miramientos dignos de toda mi gratitud, y podré emplear fórmulas de cordial polémica con los que han andado en esto á tropezones como el ciego que se lanza por caminos desconocidos. Para todos será esto como una conversación entre amigos, de la cual ellos y yo saquemos alguna provechosa enseñanza.

Si me dejan que en esta conversación sea yo quien rompa el silencio, les diré que se habitúen á la variedad de las formas del arte, que no sean desabridos y regañones con el que se proponga *cambiar la tocata,* aunque en ello no resulte totalmente afortunado; que no vayan al teatro con la esperanza y el deseo de ver la repetición de lo que antes vieron, y el paso continuo por los caminos ya deshechos de puro rodados. En cuanto

á la forma de simbolismo tendencioso, que á muchos se les antoja extravagante, diré que nace como espontánea y peregrina flor en los días de mayor desaliento y confusión de los pueblos, y es producto de la tristeza, del desmayo de los espíritus ante el tremendo enigma de un porvenir cerrado por tenebrosos horizontes. Y el simbolismo no sería bello si fuese claro, con solución descifrable mecánicamente como la de las charadas. Déjenle, pues, su vaguedad de ensueño, y no le busquen la derivación lógica ni la moraleja del cuento de niños. Si tal tuviera y se nos presentaran sus figuras y accidentes ajustados á clave, perdería todo su encanto, privando á los que lo escuchan ó contemplan del íntimo goce de la interpretación personal. Movióme una ambición desmedida, no exenta de desconfianza, á poner mano en empresa de tan notoria dificultad: vaciar en los moldes dramáticos una abstracción, más bien vago sentimiento que idea precisa, la melancolía que invade y deprime el alma española de algún tiempo acá, posada sobre ella como una opaca pesadumbre. Pensando en esto, y antes que se me revelara el artificio que había de servirme de armadura, veía yo como capital signo para expresar tal sentimiento el solemne acabar de la España heráldica llevándose su gloriosa leyenda y el histórico brillo de sus luces declinantes. Veía también el pueblo, vivo aún y con resistencia bastante para perpetuarse, por conservar fuerza y virtudes macizas; pero le veía desconcertado y vacilante, sin conocimiento de los fines de su existencia ulterior. Sobre esta visión, fundamento de cuya solidez no respondo,

tracé y construí la ideal arquitectura de ALMA Y VIDA, siguiendo, por espiritual atracción, el plan y módulos de la composición beethoviana, y no se tome esto á desvarío, que el más grande de los músicos es quien mejor nos revela la esencia y aun el desarrollo del sentimiento dramático.



Salió el drama como Dios quiso, que en esto ni la voluntad ni la imaginación llegan á donde se proponen. En estas caminatas no es raro quedarse á mitad de la cuesta, y por mi parte, si en cuanto escribo concluyo siempre desalentado y pesaroso de no haber realizado plenamente lo que intenté, en la presente jornada mayor ha sido mi desconsuelo, que sólo puedo atenuar viendo cuán escabrosa era la senda. Debo añadir que nunca pensé ganar en este drama el aplauso popular, y que más bien he tratado de esquivarlo, indispensable previsión después de *Electra*. Buscaba, sí, el sufragio de las clases superiores, de ese público selecto que aquí tenemos, compuesto de personas extrañas á la profesión literaria, pero de notoria cultura, sin prejuicios, con el cerebro impio de las estratificaciones de escuela que á tantos incapacita para el libre goce de las dulzuras del arte. Parte de ese público me ha dado su voto favorable, y lo habría dado público mayor si no lo estorbara el clamoreo de los periódicos y sus opiniones rapidísimas, inciertas, contradictorias, pronunciadas como sentencia ejecutiva, inapelable, al día siguiente del estreno. Este clamoreo, compuesto de alabanzas al autor, que se

agradecen en el alma, de explicaciones múltiples y enrevesadas del símbolo, de juicios en parte lisonjeros, acerbos é injustos en parte, todo ello dicho confusa y velozmente, por cumplir el deber del día, sin enterarse, sin dar tiempo á la reflexión; esta cháchara discorde y estruendosa, á la cual sigue un silencio grave, como el de la selva cuando remonta el vuelo la república de pájaros que en ella habita, aturde al público, el verdadero y único juez, y le previene á la desconfianza. Son pocas las personas que, ante el juicio literario, manifiesto en letras de molde, no ceden parte ó la totalidad del suyo propio que directamente formaron. Si en las obras de lectura las opiniones escritas influyen tan sólo en el curso del tiempo, cuando viene á determinarse como resultante de infinitos criterios la madura sentencia, en obras de teatro las apreciaciones lanzadas en un día, bajo la tiránica ley de actualidad efímera, como sugestión de una masa que habla sobre otra que escucha, suele producir errores, ya por aumento, ya por rebaja del mérito de lo que se juzga, y estos errores son de tan lejana rectificación que en los más de los casos no pueden verla los nacidos.

Ninguna recriminación desabrida oirán de mí los que ejercen en la Prensa el llamado *sacerdocio de la crítica* (con lamentable propiedad, como demostraré luego), misión ingrata que desempeña cada cual según su leal entender, cumpliendo el más arduo de los deberes. En pocas horas han de apurar todo el conocimiento literario, y dar no ya juicio, sino sentencia, sobre composiciones que son fruto de largas vigilias y de intensas fa-

tigas del entendimiento. Nada tengo, pues, que decir contra los críticos, entre los cuales hay algunos que me han dado lugar preferente en sus afectos, y muchos que me favorecen con su amistad. He de protestar, sí, contra la menguada organización del servicio literario, llamémosle así, en los grandes y pequeños periódicos, servicio que se reduce á una descripción informativa con pinceladas literarias, la cual, por la premura del trabajo, tiene que resentirse del uso vicioso de recetas, sacadas de lecturas superficiales ó de las experiencias del oficio. Se les manda que opinen y que *den cuenta*. Los incidentes y sorpresas del estreno, que rara vez pierde el carácter de batalla, resultan de más importancia que el criterio artístico, y tanto éste como el informe noticiero concluyen por ser formulados con calificaciones rotundas. No hay artículo de teatros que no contenga la notita de examen: *éxito franco, éxito discutido, succès d'estime, semi-fracaso, fracaso, al foso.* Y ante esta calificación han de inclinarse autor y público con el respeto que imponen los golpes de la fatalidad, ó el abrumador peso de las leyes de la Naturaleza.

Grandes progresos ha realizado la Prensa de algún tiempo acá, educando al pueblo en el arte político, apagando las pasiones, y sobreponiendo el interés patrio al egoísmo y á las audacias de los profesionales; en el ramo científico son notorios sus adelantos, y en el departamento de noticias, como en el uso del telégrafo, se la ve con tendencias á la información sobria y veraz. En lo que no enseña, ni dirige, ni educa, es en las

cosas literarias, por la organización petrificada de este servicio (no hay manera de darle otro nombre) y por la rigidez hierática del crítico único, dictatorial, que al propio tiempo informa y opina, testifica y sentencia sin apelación posible, pues una vez pronunciado el fallo, se le rodea de silencio para que sea más solemne, y continúe repercutiendo en las vacías concavidades de la opinión. Ávida de poseer la verdad para ilustrar todas las materias, la Prensa solicita colaboración para los varios asuntos que salen á cuento, ya sean financieros, políticos, de higiene ó de ornato público. Para lo único que no la pide jamás es para los asuntos literarios. Y lo peor no es que no la pida, sino que no la admite cuando por acaso alguien solicita dársela, pues si ningún escritor político, ni financiero, ni sociológico se enoja porque otras plumas traten del mismo asunto con criterio distinto, el crítico no tolera que un extraño penetre en sus sacrosantos dominios. Y no proviene esta intransigencia de que el crítico sea mala persona, ni egoísta, ni soberbio, pues comunmente es todo lo contrario, sino de que sus patronos han creado para él como un cantón de linderos infranqueables, donde se le tiene y custodia con autoridad y atribuciones justicieras que no disfrutan los *sacerdotes* (así hay que decirlo) de ningún otro arte ni ciencia.

Allí donde debiera existir mayor libertad, impera la más absurda tiranía y el más cerrado procedimiento de juicio, de lo que resulta que la crítica hoy más que nunca se reviste de formas teocráticas, á las que da mayor negrura el dogmatismo que emplea, con el sin fin de definicio-

nes canónicas, ya para el género chico, ya para el grande, ya para el drama, la comedia ó el melodrama. Por esto las decisiones de la *Sagrada Congregación de Ritos*, de la *Penitenciaria* ó de la *Dataria* no son comparables á las sentencias de nuestros censores en inmutabilidad, eficacia y tiesura. Véase por qué los ingenios que ejercen este ministerio en los grandes diarios toman ante el público, sin darse cuenta de ello, un cierto aire episcopal, y seguros de que su palabra es como el rocío de la pastoral santísima que ha de caer siempre en tierra bien preparada, cumplen su misión con confianza solemne, y de ningún cristiano temen refutación ó discordancias, pues dirigiéndose *á nuestros amados diocesanos* no haya miedo de que éstos remuzguen... No hay bromas con la Iglesia.



Entre los que han escrito acerca de ALMA Y VIDA, debo gratitud plena al Sr. Olavarría (á quien no tengo el honor de conocer personalmente), de *El Ejército Español*, que en breve artículo supo establecer la mayor conformidad posible entre la crítica y la obra criticada; gratitud entera debo también á López Ballesteros y á Alejandro Miquis, que han expresado sus juicios con elevación de ideas y ciencia literaria, sin olvidar la benevolencia que jamás niegan los que conocen cuán difícil es hinchar estos perros; otro tanto digo del buen Bueno en *El Globo*, por haber sabido elegir el mejor punto de vista, y de Sanchiz, por todo lo sincero y noble que escribió en *El Día*.

Con tres cuartos de gratitud pago á *Caramanchel*, que ha extremado el elogio en las partes de la obra que fueron de su gusto, y ha disimulado el enojo en lo que le desagradaba; y con media gratitud, más bien menos que más, correspondo á los amigos Laserna, Villegas y Arimón, que primero acarician con refinado comedimiento, y después pegan, no siempre con justicia. Y á otros no cito porque en estas manifestaciones les comprendo á todos, advirtiendo que si al presente no hemos estado en perfecta armonía, en pasadas ocasiones lo estuvimos, y seguramente lo estaremos andando los meses, ó los años, con lo que dejo sentado que esto no es discordia, sino un coloquio en que cambiamos ideas y apreciaciones para bien del arte teatral.

Y ahora he de sostener que si los autores nos equivocamos, y si á grandes errores nos induce la formidable angustia de estas batallas con el ideal sobre las tablas de la escena, no es justo disimular las que creemos equivocaciones de los críticos, ni reconocer su infalibilidad, por más que venga revestida de formas teocráticas. Ellos nos censuran, nos amonestan, nos administran con más ó menos suavidad la ciencia que han adquirido en la práctica de su oficio criticante. Permítannos que del saber allegado por nosotros en nuestra ascensión al Calvario, con las obras á cuestas, les administremos alguna partícula, ó al menos que se la pongamos en la boca rogándoles que la tomen.

Es indudable que de algunos años acá nuestro bendito público ha progresado en gusto, en tolerancia, en paciencia, aprendiendo á internarse

por caminos, si no nuevos, nuevamente limpios de antiguas y ya pisoteadas malezas. Débese este adelanto á los autores y á los críticos. ¿Por qué no persisten éstos en la obra de educar al público, y por qué se vuelven atrás ó se estacionan en el punto más propicio para persuadirle de que debe avanzar? No puedo conformarme con esas monomaniacas exhortaciones á la brevedad en pasajes que no se alargan más que el tiempo preciso para que se diga lo que no debe omitirse, para que se trace el necesario contorno de los caracteres, y se amarren y aseguren los hilos lógicos de la fábula. Ya que tenemos al espectador iniciado en la costumbre de oir, de agarrarse con toda su atención á la palabra que fácilmente y sin cansancio le va introduciendo en los dédalos del asunto y en el alma de los personajes, ¿por qué le espantáis hablándole de larguras que no lo son sino admitiendo que toda obra se ha de escribir para los cerebros estragados que buscan la instantánea? Estos acabarían por pedirnos situaciones de relámpago si con esta enfermiza querencia de la brevedad transigiéramos. Tanto les habéis repetido que el teatro es síntesis, que se han apoderado gozosos de tan manuable formulilla para hacer de ella el acicate con que estimulan la vertiginosa carrera de la acción teatral. Síntesis es, ciertamente, el teatro; pero no seamos tan sintéticos que se nos vean los sesos. Demos espacio á la verdad, á la psicología, á la construcción de los caracteres singularmente, á los necesarios pormenores que describen la vida, siempre dentro de límites prudentes que en el caso de autos no han sido traspasados, y retiren

los críticos su *leit motif* de que esto es largo, de que estotro *pesa*, cuando en realidad ni pesa, ni se prolonga más de lo conveniente.

Lo más singular de estas excitaciones á una rapidez que en cierto género de obras teatrales no puede ni debe ser concedida, es que el público sano y noblote que va á los teatros sin curarse de reglas menudas ni de convencionales criterios, no suele cansarse allí donde se le indica que hay algo más de lo preciso: de ello tengo mil pruebas aducidas de las observaciones que suelo hacer cuando soy espectador antes que interfecto. Y si no se cansa, ¿para qué se le señala la ocasión de cansancio, como si se diera una orden, ó quisieran imitar en la crítica las acotaciones con que en dramas y comedias marcamos los accidentes del diálogo y de la acción? Es que si el arte está lleno de amaneramientos, la crítica no se ve libre de este mal, y la práctica misma del examen de obras, convertida en oficio, induce á la repetición de los modos viciosos y de las ideas mecánicas y de estampilla. Ya se irán curando de este defecto, ya comprenderán que la lógica no interrumpida en su fácil proceso, la humanidad de los caracteres, la concordancia de éstos con la palabra, son parte á que no se fatigue la atención del oyente, y á que nadie apetezca una brevedad desconcertada, siempre más fatigosa que la razonable extensión nutrida y jugosa. En conciencia, y poniendo la verdad sobre todo, me atrevo á declarar que en Alma y Vida no hay pasaje alguno que *pese* verdaderamente, en buen criterio artístico á la moderna. Podrán decirme que *pesa* y está demás el conjunto, la to-

talidad: esto ya es distinto; habría que verlo. Pero si conceden que la obra merece ser escuchada, dejen que la escuchen los que con este fin y con la intención más leal van al teatro, y no les den la consigna de cansarse cuando ven y oyen gustosos, libre el entendimiento de retóricas vanas. Equivócanse de medio á medio los profesionales creyendo que la crítica lega de la muchedumbre independiente concuerda con la técnica circunstancial que ellos traen en papeletas. Todo el mundo ha podido observar que rara vez se inician en el espectador *de derecho* los síntomas de cansancio ó de disgusto: se cansa ó aparenta cansarse, hociquea y frunce el ceño antes de tiempo la caterva de invitados que las empresas introducen con largueza y magnanimidad en los estrenos. Como he pertenecido más de una vez á esa falanje de espectadores *de hecho*, sé lo que es, y participando por espíritu de cuerpo de su recelosa psicología, he visto que regatea su aprobación franca, hasta que la obra se impone con fuerza incontrastable. Por lo común, el público permanece apartado y dueño de sí, elaborando su propio ambiente frente á la viciada atmósfera que en otras partes del teatro se forma, y si el contacto por algún medio pudiera evitarse, el sentido general quedaría victorioso. No abdica el público verdaderamente su criterio hasta que se le impone otro en el periódico del día inmediato; y no es la sermonaria admonición del crítico la que gana la batalla, sino la autoridad del diario, formidable continente que da fuerza de ley á todo su contenido.

Espero que nadie lleve á mal esta sincera discrepancia con algunos rutinarios modos de opinar, nacidos del amaneramiento que invade todas las artes: y pues de amaneramientos se habla, allá va otro, con la esperanza, con la seguridad más bien de verlo pronto corregido; que esta satisfacción deben á la verdad hombres tan inteligentes. Reconozcan y confiesen que no sólo está mandada recoger, sino que se ha recogido ya, prohibiendo su circulación por todo el reino literario y artístico, la formulilla de que hay melodrama desde que aparece un personaje embozado y se baja la luz de la batería, ó cuando suenan truenos, ó riñen con airado escándalo hombres ó grupos. Y si no quieren rectificar este vicioso juicio, dennos una clara definición del melodrama. Por tales se tuvieron en un tiempo dramas tan hermosos como *La Torre de Nesle* y *Catalina Howard*, aunque nunca se representaron con música; pero el público entiende por melodrama la composición popular, ingenua y casi infantil, donde se presentan lastimeros martirios terminados con el castigo de los malos y el galardón de los buenos, pasando por emociones de psicología primaria y elemental. A nadie se le ha ocurrido llamar melodrama al *Rey Lear* porque en algunos pasajes estalle la tempestad con truenos y rayos, ni á *Macbeth* porque salgan brujas y espectros, ni á *Lucrecia Borgia* por sus venenos y sus agonizantes con capuchón, ni á *Fuente Ovejuna* por su popular griterío, ni á innumerables obras de Calderón y Lope por las emboscadas y sorpresas para capturar hombres malvados.

El buen público, que ordinariamente está cor-

tado á la burguesa y gusta de formas elegantes en el teatro, así como abomina de la vulgaridad, en cuanto le hablan de melodrama mira con desdén profundísimo la escena sin luz y la exhibición de pistolas y puñales. Creía poder gozar de una obra bella, acorde con las ideas dominantes, y de pronto la vé convertida en *Los perros del Monte de San Bernardo* ó en *El terremoto de la Martinica*... He llegado á creer que estos latiguillos de la crítica no son hijos de la convicción, sino de cierto espíritu maleante, favorecido por el monopolio, el cual comunmente hace inconsiderados y burlones á los que lo ejercen. Dueños absolutos de su cantón, en el cual cortan y rajan en la plenitud de su albedrío, sin competencia ni contraste, oficiando con jurisdicción indiscutible, sueltan las riendas al ingenio, y cosas escriben en las cuales no se ve más objeto que pasar el rato. Admitimos que sea difícil el inmediato remedio del desgobierno que los directores de los grandes diarios mantienen en este cantón; pero es incomprensible que en periódicos que tienen en sus filas y á su frente á un ilustre literato, académico de añadidura, no se imponga siquiera la corrección de esta socarronería de lo melodramático.

Si en tantas cosas dormitan, verdaderos linces son nuestros críticos en la práctica de estrenos. Tanto han visto y observado en el continuado ejercicio de su asistencia sacerdotal, que han adquirido gran perspicacia para medir y pulsar todos los accidentes de la batalla entre el público y las obras nuevas. Pero esta maestría no basta para el buen desempeño de una misión

que en todo caso ha de ser literaria. En el estreno de una obra, autor y público no pueden encontrarse en igualdad de medios de combate, ni son las mismas sus armas y sus defensas. El autor es entidad superior al público, y así debe continuar hasta que se demuestre lo contrario. El crítico, como literato y artista que también cultiva lo ideal, debe estar al lado del autor, atento á su defensa, á reforzarle cuando flaquea, á sostenerle y no dejarle desmayar cuando lleva ventaja, no abandonándole hasta los momentos en que se ve que los medios de persuasión expresados en la escena son de notoria ineficacia. Pues bien: nuestros censores no responden siempre al deber profesional y fraternal de formar al lado de la obra, combatiendo con ella hasta donde se pueda. Salvo los casos en que por tratarse de un autor de la propia familia, ó que reúne los dos caracteres de poeta dramático y periodista, se ponen resueltamente á su lado y le protegen y le ayudan, los críticos padecen un lamentable olvido de los vínculos que por ley moral y literaria les unen al autor, y casos hay, bien lo ha visto todo el mundo, en que apoyan al público en su rutinario desvío de las ideas que vienen del escenario, debilitan las ventajas que el autor alcanza en tal ó cuál escena, refuerzan las desventajas, y obscureciendo las entendederas del auditorio en vez de aclararlas, ponen de bulto los errores del poeta con expresión hiperbólica, mientras con tímida y desdeñosa expresión marcan sus aciertos, si éstos son tan visibles que no pueden negarlos. Esto pasa, no digamos que todos los días, pero sí muchas veces, y no es bueno para el arte dra-

mático. Explican su conducta los críticos con la evasiva de que mucho debe exigirse para que los autores afinen su entendimiento y aspiren á lo más acertado y perfecto; pero no vienen las perfecciones por ese camino. Si en las demás artes el ideal nace, crece y vive en medio de la injusticia, y una atmósfera de desdenes y olvido no puede asfixiarle, en el teatro, arte de persuación inmediata y directa, la crítica no podrá obtener buenos frutos si no es pródiga de verdad en la distribución de alabanzas y censuras. Mejor explicación de esta parcialidad nos da la desordenada simpatía que los jueces de estrenos suelen sentir por un teatro, empresa, ó grupo de comediantes, teniendo en poco á los demás. No debe verse en esto más que la facilidad nativa de nuestra raza para la formación de bandos ó camarillas, producto del temperamento confianzudo y de la movilidad de nuestros afectos. Ninguna corrupción hay en ello, y la honradez más pura preside á estas manifestaciones chicas del pandillaje nacional. Resulta, pues, que los principales periódicos se encuentran, sin saberlo, ministeriales de un teatro, y en sistemática enemistad con el otro, ó con el de más allá.

Aunque bien quisiera no hablar más de ALMA Y VIDA, no puedo eximirme de decir á mis censores que ni en lentitudes que no existen, ni en lo melodramático, que tengo por broma, debieron buscar las razones de su displicencia; y respecto á la tan manoseada obscuridad del símbolo, ten-

go que distinguir, dándoles y quitándoles la razón según como miremos el asunto. No es condición del arte la claridad, sobre todo esta claridad de clave de acertijo que algunos quieren. La transparencia no es siempre un elemento de belleza, y á veces ésta se pierde por causa de la completa diafanidad del vaso en que se la quiere encerrar. En el teatro es más difícil contener la belleza en recipiente que no nos permita ver su interior; pero también puede lograrse el ideal dejando ver formas vagas, bastante sugestivas para producir una emoción que no se fraccione, sino que se totalice en la masa de espectadores y unifique el sentimiento de todos. Llegar á esto es difícil; sin llegar se puede producir la obra de arte digna de estimación. Si sólo al éxito se mira, es acertado pedir claridad; pero el autor está en su derecho negándola, ó haciendo ver la incubación lírica de su obra, estado de espíritu que se sobrepone á su voluntad, y le induce á presentar las ideas é imágenes envueltas en el mismo celaje con que se ofrecieron á su mente.

No hay manera de cambiar la fisonomía inicial de las ideas, aquel vago rostro de facciones claras ó nebulosas, no menos bellas cuando son indefinidas: defectuosa es la elaboración artística si las desfigura ó les acentúa el contorno. Todo crítico debe saber esto, y colocarse en el punto de vista de donde pueda apreciar no sólo la obra de arte, sino el camino que ha traído y su abolengo mental. No miren una composición ensoñadora, de sangre poemática, con los mismos ojos con que miran una reproducción de la vida más próxima á la nuestra; ni metan en estas carnes el

mismo hierro con que rasgaron el tejido de las piececitas por horas. Nació ALMA Y VIDA del pensamiento melancólico de nuestro ocaso nacional, y éste es un asunto que dejaría de serlo si fuese claro. Obscuro puede interesar; transparente, no. Llevarlo á la escena no era empresa fácil; convencer con él á un público, menos fácil aún. Creo en conciencia que el drama, tal como se ha representado, no peca por largo, sino por corto: le falta un acto.

Terminado el actual acto III con el mutis de la Duquesa Laura, debió seguirle un acto IV, presentando en pleno campo la cacería de Cienfuegos y las asonadas caciquiles de Ruydíaz, con reñido choque de muchedumbres, y una solución parcial de que se derivara más lógicamente el acto último, tal como ahora está. No me arredró la extensión de cinco jornadas, sino las dificultades del empleo de masas corales en el teatro hablado. En cuanto al artificio teatral, ó composición de escenario, hice propósito de poner en práctica el consejo que á los pintores daba el celebrado artista belga Stevens: «Cuando sintáis que habéis adquirido destreza para pintar con la mano derecha, pintad con la izquierda.»

Si autores y críticos procuramos huir del amaneramiento, ó sea el funestísimo empleo de los recursos fáciles que llegan á ser mecánicos, ¿qué no daríamos por corregir la manera del público, el cual difícilmente ríe un chiste que no ha reído antes, se resiste á la emoción si ésta no viene por los resortes y combinaciones que antes le conmovieron, y en caracteres y asuntos rara vez los admite como no tengan precedente? ¡Y

qué amor tan grande tienen nuestros críticos á los precedentes! Lo que á ellos les gustó hace veinte años, debe entusiasmar á los que andan ahora en lo más temprano de la admiración. ¿Por qué no procuran curar al público de sus muletillas de pensamiento, más insufribles que las de dicción? ¿Por qué no le ayudan cuando le ven dispuesto á entregar su voluntad ante una forma que se separa de las formas comunes? Si no lo llevan á mal, el que esto escribe, honrado con la amistad de los críticos ó periciales de estrenos, se permitirá aconsejarles (valga consejo por consejo) que á los fines de su tarea examinadora vayan con más criterio que intención, atentos á discernir errores y aciertos, antes que á dar diploma de éxitos ó fracasos; que para escribir se ayuden de la conciencia y del tiempo, consejeros seguros, infalibles; que no se empeñen en amolar con dos filos el famoso escalpelo... Pero no sigo; que me voy volviendo melodramático, ó temo que me lo digan por este inesperado empleo del arma blanca.



La vitalidad del arte teatral en España la comprueba y testifica el hecho de que aún vive, á pesar de los golpes que le asestan los que, debiendo ser sus amigos, son inconscientes enemigos. La Prensa no hace nada por él, pues el cantón crítico para la *actualidad* de los estrenos más bien le daña que le favorece; cierto que las clases superiores le dan una protección material con el abono á determinados días de la semana; pero la

presencia del público aristocrático en los teatros españoles de comedia y drama no lleva calor, sino frialdad; no entusiasmo, sino indiferencia. Es un personal florido y brillante que entra en la casa de Lope como en visita desigual ó de circunstancias, mirando con poca estimación al dueño de la casa y á sus sucesores ó tataranietos, cuando no les acaricia con mano de gato (salvo el guante) y en sus barbas se ríe. Ni las obras clásicas ni las modernas despiertan grandemente su interés. Otra cosa sería si en esfera superior vieran mejores demostraciones de afecto hacia un arte que merece ser tenido en mucho, aun en su decadencia, admitiendo que el estado actual lo sea. Que el Teatro español ha sido manantial con que nutrieron su corriente todos los teatros del mundo; que el francés, que se tiene por tan suyo, ha bebido del nuestro, y con aguas españolas da vida á famosas obras contemporáneas; que Lope y Tirso son universales maestros; que en el pasado siglo los españoles continuaron la tradición de este glorioso arte, una de las ramas más robustas del árbol de la patria; que los modernos y modernísimos hacemos cuanto podemos por prolongar su existencia y lustre, es cosa que sólo está en libros y papeles, no en la mente del Estado ni de quien lo dirige. Lo que sabe todo el mundo, el Estado lo ignora, y bien lo prueba que ninguna protección concede al Teatro, y que aun le escatima la de su presencia personal, que sería grande y honroso acatamiento de las glorias pasadas y estímulo de los esfuerzos presentes.

Todos los soberanos europeos se ponen en con-

tacto con su pueblo por medio del teatro, admirable terreno común, donde los sentimientos y las ideas dominantes pueden ser gozados de grandes y pequeños en armoniosa concordancia. El Emperador de Alemania, autócrata y artista, frecuenta los teatros de Berlín y de otras ciudades alemanas, y no aparece obra nueva que él no vea y que no se digne juzgar con censura ó aplauso. Festeja á los extranjeros que van á sus estados con arte de otros países; pero festeja más y alienta y estimula á los nacionales. En Italia y Bélgica, en Baviera y en Portugal, los teatros ven de continuo al Jefe del Estado, que en esto cumple un deber no consignado en la Constitución, mas no por eso menos imperioso. Entre tantas etiquetas que constituyen la pesada obligación de los soberanos, no merece preterición la que ordena el debido homenaje á las artes gloriosas del país que rigen, porque enalteciéndolas, á sí propios se enaltecen. Aquí, y en esta cuestión concreta del arte teatral, estamos dejados de la mano de Dios. Siendo, como es, tan delicado y penoso formular protesta contra los desdenes de las personas más altas de la Nación, y no queriendo incurrir en irreverencia, hemos de conceder que nuestro teatro moderno, ó refundido del antiguo, es por su forma y su fondo indigno de las personas cultas, que nada escriben nuestros contemporáneos digno de admiración ni aun de estima, y que merecen más aprecio las farsas representadas por las compañías italianas ó francesas, como *Il Paradiso de Maometto* ó *Le controleur des wagons-lits.* Pero aunque tengamos que declarar esto, no hay desaca-

to en pedir que no se menosprecie tanto á los teatros españoles, porque el honrarlos por quien debe hacerlo, es etiqueta que por su importancia casi debe estar incluída entre las funciones de gobierno, y al Gobierno va esta queja contra un abandono que ningún país del mundo toleraría. Pero el nuestro ¡ay! ha venido á ser tan manso y sufrido, que ni él mismo se conoce cuando se mira en el espejo de sus catástrofes; está, no ya distraído, no ya insensible, sino lelo, como el paralítico progresivo, que ríe entre ataque y ataque, esperando el que ha de ser mortal.

A las causas destructoras del Teatro en Madrid, añadamos las de Provincias, donde cada vez se restringe más la libertad de las compañías, marcándose el alejamiento de las clases que por su posición y cultura debían sostenerlo. Hace un año ó dos, se ponía el veto á cualquier obra en que se vislumbraran ideas contrarias al delicioso convencionalismo en que vivimos: no hay para qué recordar las airadas campañas contra *Juan José* ó contra *Electra*, obras cuyos títulos han merecido el honor de resonar en todos los púlpitos y de amenizar los *Boletines Eclesiásticos* de todas las diócesis. Pase esta campaña como signo de los tiempos. Pero de tal modo la extreman ya, que el Teatro entero se ve amenazado de ruína por la zapa del cleriguicio imperante. Mientras disfruta de *exequatur* el género chico, contra el grande se emplean toda clase de armas, así las más contundentes como las más sutiles. En poblaciones que comunmente son emporio de la honrada alegría, funciona un cónclave de señoras muy respetables, que en cuanto llegan có-

micos, piden los *libretos* para examinarlos y designar los vitandos y pecaminosos. No hay defensa contra esta insidiosa aplicación de la previa censura, porque si las empresas teatrales no se someten al femenil expurgo, se les niega el abono, y se ven precisadas, ó á salir de la población, ó á trabajar para la galería, agregando al espectáculo, por vía de venganza, toques de Himno de Riego y Marsellesa. No tienen la culpa de esto las buenas señoras, que así proceden por ganar el cielo sin reparar en que ya lo tienen bien ganado con sus virtudes, ni los dignos sacerdotes que las aconsejan, pues éstos ven en dramas y comedias un vivero de pecados, y justo es que miren por la moral, según ellos la entienden. Culpables son los maridos, padres ó hermanos de las señoras, que después de condenar *libretos* van en bandadas de casa en casa incitando á todas las damas á huir del teatro como de un foco de pestilencia. Los maridos ó padres, los hombres que fueron en las grandezas nervio y músculo poderoso de la Nación, son en las decadencias el órgano lesionado y el tejido descompuesto. Ved en ellos la paralisis patria; ved cómo se tuerce el rostro y se desfigura la boca de nuestra enferma clase directiva, y cómo tiemblan sus manos y se arrastran sus pies. Los maridos ó padres que en el caso relativamente baladí del teatro ocasionan la muerte, son los mismos cabezas de familia que en órdenes más altos toleran el desgobierno, la burla política, y todo lo demás que vemos y lloramos, sin que les saquen de su enervación el presagio de nuevas catástrofes.

Seguro estoy de que mis amigos de la Prensa,

críticos inclusive, de Madrid y Provincias, abominan de la ruína del Teatro por los procedimientos conocidos de todo el mundo; pero no se atreverán, no, ni aun siendo muy radicales, á combatir la campaña en que aparecen como visibles soldados las damas pudientes, porque éstas saben ponerse la mantilla ó el sombrero y correr de casa en casa quitándole suscripciones al periódico que á protestar se atreva, de donde resulta que también apunta en nuestra Prensa la paralisis, probablemente por *embolia*. Sin quererlo, se me viene á la mano el tan rebuscado simbolismo de ALMA Y VIDA; y al pensar en él, me acuerdo de que algún crítico me ha vituperado por terminar la obra con una invitación al llanto. Creo, con perdón, que no hay un final de drama más apropiado á la psicología nacional de estos tiempos. Imposible terminar el acto con boda, pues ¿cómo habíamos de casar á Juan Pablo con una muerta? Harto simbolismo es dejarle vivo, con la particularidad, muy clara en toda la obra, de que representa la porción del país que no padece paralisis ni caquexia.



Relatando las calamidades del Teatro en España no se encuentra el término de las lamentaciones; y por lo que se refiere al Teatro Español, á quien llamamos *Casa de Lope*, á tantos motivos de descomposición debemos añadir la inseguridad de las compañías, que allí entran de aluvión en Octubre y se dispersan en Abril huyendo por diferentes rumbos. Donde debiera existir co-

mo base del estudio artístico la quietud y la permanencia, tenemos un mareante ir y venir de artistas, de innegable mérito, pero que no lucen lo que debieran por la falta de ajuste en el conjunto. La famosa vivienda de Lope no es casa ni hogar en que tenga su asiento la mejor familia de actrices y actores que pudiéramos reunir; es más bien, durante medio año, como una fonda en que buscan algunos pasajero alojamiento, y en los meses restantes, hospedería para viajeros con papeles en los balcones. Las discordias y continuas desavenencias entre unos y otros, la falta de una cabeza superior que á todos les dirija, achaque de donde proceden tanta indisciplina y desconcierto, agravan el mal. Aún no se ha explicado por qué se prescindió del director artístico que en la temporada anterior quiso y logró encauzar los trabajos de aquella casa, luchando con las prácticas viciosas y las rutinas petrificadas. Pero ni con director ni sin él, será el Teatro Nacional lo que debe ser, mientras la mano del Estado no lo tome de su cuenta y le dé complexión robusta, asociando á este organismo con fuertes lazos lo más selecto de nuestros actores y actrices, regulando las emigraciones á América de modo que la casa no quede nunca desmantelada, estableciendo un severo régimen para la admisión de obras, y reuniendo en ella todos los elementos de las artes accesorias que contribuyen á la propiedad y esplendor del arte dramático.

Y ya que hablo de artes auxiliares del Teatro, déjenme contar á mis lectores la fatiga de mis investigaciones para dar á la escena de ALMA Y

VIDA todo el brillo de belleza plástica y todo el ambiente de verdad que su asunto requería. Construída ya la obra, y escrita en gran parte, comprendí cuán difícil era reproducir con fidelidad las ideas culminantes del siglo XVIII en los años precursores de la Revolución francesa. Encariñado entonces, y de ello no me pesa, con la reconstrucción de una parte de la sociedad elegante de aquel tiempo y de sus afectados gustos literarios que anunciaban el ocaso de un mundo, pensé en la Pastorela, y en ella insistí, sin que me arredraran las dificultades para darle forma. Ausente á la sazón de Madrid, un amigo mío muy querido me proporcionó los antecedentes de esta clase de funciones señoriles, de una elegancia entre académica y suntuaria, que convertía en rosas el estiércol de las cabañas pastoriles, y en encajes las telarañas de los establos, signo del tiempo y de los delirios de una civilización refinada, que próxima á morir, suspiraba con los balidos de las blancas ovejitas. A la vista tuve distintas Pastorelas, alguna traducida del propio Gesner por D. Ramón de la Cruz; otra de Metastasio, refundida por mano desconocida, y en todas hallé tanta vulgaridad y forma tan pedestre, que hube de rechazarlas, sin más provecho que tomar de una la selvática independencia de Tesimandro, de otra las anémicas melancolías de Alcimna.

Aunque estas composiciones frías y pálidas transcienden á tomillo elegante, y en ellas se ve el césped de la Granja ó las alamedas del Retiro bastoneados por la *houlette* de princesas borbónicas, preferí buscar el musgo poético en la fuente

española, en Calderón y Lope, que expresaron el sentimiento bucólico de su siglo y del siguiente, y fueron maestros de este género hasta que las conmociones revolucionarias arrasaron la mentirosa Arcadia. A Lope y á Calderón pedí el lenguaje de mis pastoras; mas no pudiendo adaptar los versos rimados á la situación que yo había preparado, y siéndome tan difícil construir redondillas como levantar la bóveda de una catedral, recurrí á mi amigo Estrañi, que con ayuda del *Eco y Narciso*, me compuso las cinco cuartetas de Alcimna, dos de las cuales tuve yo que modificar, para acoplarlas al asunto, trabajo en que consumí no poco tiempo y paciencia; y luego saqué de mi caletre, con tirones que todavía me duelen, las que dice Liriope. En romance ya podía permitirme algún vuelo atrevido por encima de la prosa en que ordinariamente rastreo, y mío es el trozo en romance, con retoques y enmiendas de Estrañi. Publícase íntegramente aquí lo que en el teatro se redujo á razonables límites de tiempo, y lo único que se imprime con abreviaturas es el razonamiento en silva que precede á la evocación del madrigal platónico de Lope, declamado por Juan Pablo, y que está, como sabe todo el mundo, en la *Dorotea*.

Rematado al fin por zancas y barrancas el artificio de la Pastorela, quedábame su ornato y escenificación adecuada, y para esto sí que no era fácil encontrar aquí datos ó precedentes. Aprovechando para el caso una excursión á París, busqué y encontré cuanto necesitaba en el archivo de la Opera, inmenso y ordenado depósito de las artes y ciencias auxiliares del Teatro.

Materiales y documentos hay allí para resolver todas las dudas, y además un personal inteligentísimo hecho á suministrar á empresas, autores é intérpretes cuantos elementos indumentarios y decorativos pudieran necesitar. El director de aquella dependencia (que aquí llamaríamos *Centro administrativo* y estaría poblada de vagos), M. Malherbe, me franqueó sus tesoros, y viendo mi confusión ante la muchedumbre de estampas y documentos, se apropió mi asunto por las explicaciones que le dí, y me resolvió todas las dificultades con ayuda del dibujante que allí asiste de modelos y figurines á los teatros parisienses. Tanto el acuarelista M. J. Larpin como el director M. Malherbe, insistieron en marcar el convencionalismo de las damas de *bergerie*, que habían de ajustarse á determinados, invariables cánones en el corte y colores de los vestidos. Todo fué perfectamente señalado en las láminas que me dieron y que yo traje á España, bien persuadido de traer un progreso del arte teatral.

No necesito encarecer el afán con que, una vez la obra en ensayo, traté de llevar á la realidad este difícil pensamiento escenográfico, obra de romanos aquí donde la fuerza de la tradición rutinaria, y de los *palitos* y *tronchitos*, es incontrastable roca ante la cual se estrella comunmente la más firme voluntad. Pero las dificultades cedieron esta vez ante mi deseo, porque desde las primeras tentativas tuve en Emilio Thuillier el auxiliar más cariñoso y el colaborador más entusiasta. Además de autorizarme para que yo lo dispusiese y ordenase todo á mi gusto, me asis-

tió sin fatiga en mis desvelos, no escatimó esfuerzo de la empresa, apartó todos los estorbos, y aun me superó en el interés y anhelo de que ALMA Y VIDA fuese, como ha sido, un modelo de verdad y hermosura escénicas. El decorado de Amalio fué complemento de este esfuerzo común, y en el acto de la Pastorela, el espléndido jardín ofreció el marco y fondo más apropiados á la movible acción. Mayor cuidado que en esto puse en la regia compostura de las figuras principales; tanto Matilde Moreno como Ana Ferri son testigos de la insistencia fastidiosa con que les recomendaba un día y otro que se ajustaran estrictamente á lo dispuesto en formas y colores por los peritos de la Opera de París; y en honor de ambas, puedo decir que atendieron cumplidamente mis amonestaciones, realizando el prodigio de elegancia que buena parte de Madrid ha podido apreciar, y si no lo ha visto el todo Madrid, él se lo ha perdido. Culpen á los críticos.

No tratándose aquí de encomiar la labor literaria, sino de un esfuerzo de voluntad, de un derroche de paciencia, y de trabajos de pura erudición, bien puedo tomarme la libertad de elogiar sin tasa, asegurando, como aseguro con plena conciencia, que jamás ha visto el público en Madrid maravilla de *mise en scene* comparable al segundo acto de ALMA Y VIDA. Recaigan estas alabanzas en Emilio Thuillier, como director de escena; en los actores y actrices que secundaron nuestro pensamiento con toda su alma; en Amalio Fernández, que nos compuso y armó el admirable fondo. Y dicho esto, aseguro también, con no poco sentimiento, que los señores críticos ó pe-

riciales de estrenos no anduvieron ni muy avisados ni muy generosos en la estimación de este acto como pintura de una época, y sólo hablaron de él con fría y regateada indulgencia, que contrastaba con los campanudos encomios tributados en otras ocasiones á verdaderos mamarrachos. Por esto, y para que sean norma constante de la crítica la justicia y proporción en plácemes y censuras, se pide á la Prensa que sustituya el tribunal de estrenos y su enjuiciamiento sumarísimo por otro régimen más conforme con los respetos que se deben al arte literario. Contra el cantón y sus eclesiásticos breves, que dan el pase ó niegan con melosas palabras el agua y el fuego, es forzoso pronunciar los anatemas de *Electra.* Previo el salvamento de las dignas personas que en dicho reducto trabajan, obligadas á una función imposible, *hay que quemarlo...* y luego no vendrá mal dar al viento sus cenizas. No constituídos en cantón jurídico inquisitorial, los actuales *sacerdotes,* á quienes nadie niega dotes de entendimiento y pericia, darán vida al teatro en vez de ser sus matadores.



A los intérpretes de dramas y comedias consagro el final de mi plática dándoles toda la importancia que les corresponde, pues sin ellos no habría Teatro. Ellos son la presencia y rostro de las ideas, y el verbo de los sentimientos que queremos expresar. Por ellos nos conoce y nos entiende el público; su arte es la vida visible y sonora del nuestro, razón que basta para que les

estimemos grandemente. Público y crítica les alaba en ocasiones con extremado calor, en ocasiones les vitupera con descarnada injusticia, naciendo de estos contrastes el que ellos sean más desordenados en sus afectos, y desiguales no sólo en su trabajo artístico, sino en las ordinarias relaciones con autores, público y prensa. La vida ruda que llevan; la obsesión del aplauso, inherente á una profesión que del aplauso vive; el ansia ardiente del éxito; el temor del fracaso; el continuo estudio de obras, que no dejándoles tiempo á ningún solaz, les agría el carácter, dividiendo su azarosa existencia entre el ardor de la representación y la monotonía tenebrosa del ensayo; la injusta saña con que á veces se les trata, sin que tengan espacio ni aun derecho á la defensa, son otros tantos motivos para prodigarles indulgencia y disculpar sus errores, los cuales no son más feos ni más extendidos que los de fuera del teatro. Si, como dijo Shakespeare, *all the world a stage;* si todo el mundo es escenario, y en éste debemos ver abreviado compendio de la vida humana, las pasiones y yerros de los cómicos no son más que la malicia total reproducida y compendiada entre los pintados telones que representan nuestras casas ó palacios, los campos, aldeas ó ciudades en que todos vivimos. La enconada emulación, envidia, celos del oficio, ó como quiera llamarse á eso, no son allí peores que en los demás órdenes de la vida, y otras pasiones y desórdenes afectivos reproducen sumariamente en aquel pequeño mundo la maldad de fuera, con la viveza de expresión que es propia del sentimiento histriónico. Y no hablemos de virtudes,

que también allí las hay, dominando la paciencia, por lo que en cristiandad pocos seres igualan á los cómicos. Con todos sus defectos, con toda su indisciplina, á la que pondría remedio en nuestro primer teatro la intervención discreta del poder público, organizando la concordia de los dos estamentos, autores y comediantes, éstos son los que con más fe y constancia cumplen su deber en el batallar continuo de la escena, entre ideales sublimes de una parte y de otra materialidades penosas. Siempre en la brecha; saliendo á veces triunfantes, á veces con el rostro ensangrentado, ganada ó perdida una batalla plantean otra, y tan pronto escuchan la lisonja como el vituperio. Sus querellas, su movilidad de teatro en teatro y de pueblo en pueblo, no son más que accidentes episódicos de este vivir vertiginoso, confundiendo sus pasiones propias con las que les hacemos representar, y expresando con una sola fisonomía los afectos del vivir real y los del figurado. Se separan y vuelven á juntarse, entre sí riñen y luego se asocian, hallándose dispuestos en toda ocasión á interpretar lo que se les dé, dóciles y entusiastas vivificadores del pensamiento escrito.

Debo manifestar aquí mi agradecimiento á los intérpretes de ALMA Y VIDA, declarando que, desde el primero al último, todos mostraron aplicación y valentía para ganar la batalla que ellos y yo dábamos juntamente. Mayor respeto á una obra ni más viva adhesión á su autor no he visto nunca. Siento de veras que la inseguridad de las compañías y la dispersión y mudanzas consiguientes no me permitan llevar á un

combate próximo á estos mismos guerreros que tan bien se han portado. ¿Pero quién puede asegurar hoy en qué campo hemos de luchar, y cuál será el contingente de los futuros cuerpos de ejército?

A las alabanzas con que amigos y enemigos celebran el notorio avance de Matilde Moreno en su carrera artística, sólo debo añadir que con el paso tardo de la dama de Ruydíaz, ha recorrido la joven actriz mayor espacio que con el andar vivo de *Electra*, por las dificultades del camino de ALMA Y VIDA y la pesadumbre del tipo que ahora tenía que representar. Profundizar un carácter, desentrañarlo en toda la extensión de su doble naturaleza moral y física, para encarnarlo en la propia persona, aplicando á este acto de la vida figurada la voz, el gesto, la expresión, la fisonomía, el sentimiento y gracia naturales, es el camino más seguro para llegar á las cumbres del arte histriónico. Esto ha hecho la inspirada y linda comedianta del Teatro Español, y esto debe hacer siempre. Antes que á la recitación pura, que sólo reproduce la palabra, atienda cada día más á la sutil asimilación del alma del personaje, y cuídese de esto sin olvidar lo otro, perseverando en el sistema que le ha sido tan eficaz en la interpretación de Laura: vivir bien el personaje, hacerlo suyo, y después dejarle que hable. No cabe mayor ternura en los trances dolorosos, ni gracia más triste en los aleteos de aquel sér apasionado y marchito, ni más poética serenidad en la dulce extinción de la estrella de Ruydíaz.

Debo también gratitud y plácemes á la señora

Ferri, que ha desempeñado el secundario papel de la Marquesita de Clavijo, expresando con tanta distinción como gracia el carácter de la dama escéptica del siglo XVIII, en los años precursores de la Revolución. Viudita un tanto desenvuelta y supersticiosa; ninfa comedida conforme al decoro versallesco y mitológico, ha creado una figura que difícilmente tendrá imitación. Luisa Rodríguez ha dado la más feliz interpretación al carácter bondadoso y á los humos pedantescos de Doña Teresa de Argote, dominando como actriz de talento las dificultades de un papel de escaso brillo, y Josefina Alvarez dió gran relieve á la lucida figura de Tora, encarnándola con gracia, voz, espíritu y materia incomparables. Prodigio de asimilación ha sido Josefinita Blanco en la morisca Zafrana, y bien ha mostrado que es una legítima esperanza de la escena española. María Anaya completó con ella la graciosa pareja de brujas y merece alabanza, como la otra pareja de servidoras de Ruydíaz, Vicenta Mata y Teresa Gil.

A lo que ya dije de Emilio Thuillier como director de escena, añado que no sólo se desvivía por la concertada ordenación de las figuras y por allegar y disponer los accesorios con que habíamos de obtener un conjunto interesante y pintoresco, sino que me asesoró, poniendo en ello toda su práctica, en la penosa tarea de *atajar* los pasajes extensos de la obra, revelándome un pulso tan sutil como el del inolvidable maestro Emilio Mario para apreciar *a priori* la viveza ó depresión del pensamiento teatral expresado por la palabra. En la forma con que dió vida al tipo de

Cienfuegos veo yo uno de los más felices aciertos dé su brillante carrera artística, por ser este papel, fuera de los cortos momentos de bravura, notoriamente difícil, carácter de medias tintas y más grave que heróico, tocado de la melancolía que informa toda la obra. Con arte admirable, sereno, realizando la perfecta armonía de los conceptos con las entonaciones, ha sabido expresar la tristeza de un espíritu superior, sin cultura, enamorado del ideal, ávido del bien, é impotente para realizarlo. ¿De Donato Jiménez qué he de decir sino que en su talento y sagaz estudio de los detalles tienen acabada personificación las dotes complejas del parásito D. Guillén de Berlanga? Pocas veces he visto tan consumada asimilación de un carácter, sin olvidar ninguno de sus diferentes aspectos humanos, la nobleza unída con la travesura y el donaire urbano con la astucia intrigante. Gran satisfacción es para un autor hallar artistas que tan fácilmente y sin ninguna advertencia entienden y se apropian los variados matices del alma y persona de un sér imaginario. En Rausell tuvo excelente interpretación la figura del adusto y malvado Monegro, y Lagos reprodujo con fidelidad el Turpín; Manso, por consideración al autor, aplicó sus singulares dotes á un papel cortísimo; en otros modestos trabajaron discretamente Guillot, Torner, Parera y Cobeña, y en otros modestísimos Villagómez, Rivero y Serrano, resultando del estudio y buena voluntad de todos, grandes y pequeños, un conjunto hermoso, que sólo muy de tarde en tarde vemos en estos desconcertados teatros de Madrid.

Otros interesantes puntos de arte y vida teatrales quería yo tratar ahora; pero como la materia es abundante, y este escrito ha superado en dimensiones á las que le asignó mi primer propósito, dejo para el prólogo que pronto he de poner á la nueva edición de *La de San Quintín* lo que no ha cabido en éste, y allá irá también lo que tenga que añadir como rectificación, aclaración ó defensa de las presentes páginas.

B. Pérez Galdós.

Madrid, Abril de 1902.

ALMA Y VIDA

PERSONAJES

Laura de la Cerda y Guzmán, Duquesa de Ruydíaz.	Matilde Moreno.
La Marquesa de Clavijo.	Ana Ferri.
Doña Teresa de Argote, dueña, aya de la Duquesa.	Luisa Rodríguez.
Toribia, vaquera, nodriza que fué de la Duquesa....	Josefina Alvarez.
Irene, doncella de la Duquesa..................	Vicenta Mata.
Rosaura, idem id.........	Teresa Gil.
Zafrana, bruja...........	Josefina Blanco.
Perogila, idem...........	María Anaya.
Juan Pablo Cienfuegos, hidalgo	Emilio Thuillier.
Don Guillén de Berlanga, caballero noble.	Donato Jiménez.
Don Dámaso Monegro, administrador de los estados de Ruydíaz.........	José Rausell.
Turpín, Corregidor de Ruydíaz...................	Antonio Lagos.
Belardo, pastor...........	Ricardo Manso.
Vallejo, escribano........	Genaro Guillot.
Chacón, guarda mayor de Ruydíaz...............	Antonio Torner.
Láinez, montero..	Arturo Parera.
Calixto, paje............	Rafael Cobeña.
Reginaldo..............	Francisco Villagómez.
Andrés, maestresala......	José Rivero.
Blas, criado y sobrino de Toribia.	Manuel Serrano.
Criado 1.º.............	Antonio Caraso.
Criado 2.º.............	Manrique Gil.
Pastor 1.º.............	Rogelio López.
Pastor 2.º.............	Antonio Caraso.
Pastor 3.º.............	Oscar Artigas.
Pastor 4.º.............	Eugenio Peral.

Guardas, criados, alguaciles, pastores, monteros, etc., etc.

La acción se desarrolla en el castillo de Ruydíaz, centro y solar de los estados del mismo nombre, que ocupan considerable extensión de terreno en una de las más feraces regiones de Castilla. En el territorio que abraza el señorío radican varias villas designadas aquí con los nombres de Ruydíaz, Briluenga, Peñalba, Medranda, etc., y muchos lugares ó aldeas. Hay en los estados tierras de labrantío, una gran extensión de montes, con abundantes pastos y cabañas de una parte, de otra espesas arboledas y mucha caza.

El castillo, que se supone edificado en una eminencia á cuyo pie está la villa de Ruydíaz, es una antigua construcción feudal, de la cual se conserva una parte en su primitiva arquitectura, con torres y adarves. La otra parte, reformada y adicionada para vivienda por los Duques de Ruydíaz, es un palacio aristocrático con todo el arreglo de estancias y todo el ornato propios de la época.

El tiempo de la acción es Junio de 1780.

Los trozos comprendidos entre los signos ☞ y ☜ se han suprimido en la representación.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

EL JUICIO

ACTO PRIMERO

Sala baja en el castillo-palacio de Ruydíaz.

En el testero del fondo, hacia la izquierda, casi junto al ángulo, una puerta de gran tamaño y altura, de arquitectura del Renacimiento, cerrada por batientes practicables, en uno de los cuales hay un postigo también practicable. Al comenzar la escena VII los criados abren la puerta en toda su anchura.

En la pared de la derecha, segundo término, puerta que conduce á una galería ó claustro bajo: en primer término, otra pequeña. Entre ambas, lujosos muebles de la época, y un canapé de corto tamaño, portátil. En la pared, retratos de Duque ó Duquesa de Ruydíaz (siglo XVI ó XVII).

En la pared de la izquierda, primer término, una puerta de estilo gótico, con montante alto practicable, conduce á la sacristía del oratorio del palacio.

Junto al portalón del fondo, una alacena; frente á la entrada de la sacristía, una mesa y dos sillas. Arcones ó bancos de nogal en los sitios no ocupados por los muebles que se indican.

Es de noche. Comienza el acto en completa obscuridad.

Derecha é izquierda se entienden del espectador.

ESCENA PRIMERA

JUAN PABLO y REGINALDO, que entran furtivamente por el montante de la puerta de la sacristía; descienden apoyando pies y manos en los relieves escultóricos de la jamba y en un mueble próximo. Avanzan luego hacia la derecha hasta que son sorprendidos por MONEGRO, CHACÓN, ANDRÉS, dos CRIADOS y dos GUARDAS.

REGINALDO

(Asoma el primero por el montante.) Por aquí vamos bien... ¿Qué dices?

JUAN PABLO

Yo nada. Tú diriges, Reginaldo. Esta aventura peligrosa no es cosa mía. Vengo por ayudarte.

REGINALDO

Aunque así sea, tú mandas siempre.

JUAN PABLO

(Habla con algunos que vienen tras él.) No paséis vosotros. Volved al patio y esperad... (A Reginaldo.) ¿Dónde estamos?

REGINALDO

En la sala que antes llamaban de Linajes y ahora de Audiencias. (Descienden al escenario.)

JUAN PABLO

Sigamos. Temo que hagan ruido los compañeros que nos guardan la retirada en el patio.

REGINALDO

No hay cuidado. (Guiándole en la obscuridad hacia la derecha.) No necesito luz, ni siquiera ojos, para revolverme por todos los aposentos y escondrijos de este grandísimo caserón de Ruydíaz. (Próximo á la puerta grande de la derecha.) Ahora por esta puerta... (Oye de improviso rumor de gente que avanza, y distingue claridad. Detiénese aterrado.) ¡Fuego de Dios!... Viene gente con luces... ¡Atrás!

JUAN PABLO

(Furioso.) ¡Bestia, me has traído por el peor sitio!

VOCES DENTRO

(Por la derecha.) ¡Ladrones!... ¡Por aquí!

JUAN PABLO

(Con rabia.) ¡Oh, Monegro y su ronda! (Aturdidos en la obscuridad no aciertan con la salida. Juan Pablo trata de abrir el postigo de la puerta del foro.) Por aquí saldremos al patio.

REGINALDO

¡Estará cerrado!

JUAN PABLO

(Forcejeando por abrir el postigo.) ¡Fatalidad!

VOCES DENTRO

(Por el fondo.) ¡Por la capilla, por el patio!

REGINALDO

(Con pánico, encaramándose al montante por donde entraron.) ¡Por aquí, Juan Pablo!

JUAN PABLO

(Confuso.) ¡Por dónde... rayo! (Sin ver á su compañero.) ¡Reginaldo!

REGINALDO

(Desde arriba.) ¡Salta, vuela! (Se escabulle, desaparece. Las voces suenan en la derecha muy próximas.)

JUAN PABLO

(Requiere la espada arrostrando la situación.) Ya es tarde. Sea lo que Dios quiera. (Entran por la derecha Andrés y dos Criados con palos.)

ANDRÉS

¡Alto, bellacos!

CRIADO 1.°

¡Alto la cuadrilla!

CRIADO 2.°

(Reconociendo la estancia.) ¡Nadie!

ANDRÉS

(Viendo á Juan Pablo.) ¡Uno!

CRIADO 1.°

(Con asombro, reconociéndole.) ¡Oh!... ¡Juan Pablo!

CRIADO 2.°

Daos preso.

JUAN PABLO

(Sacando la espada.) Ganapanes, atreveos conmigo.

MONEGRO

(Entra, por el postigo del fondo, seguido de Chacón y dos Guardas; éstos con escopeta. Uno trae un farol.) Aquí están. (Reconociéndole.) ¡Oh, visión odiosa!... tú... ¡Juan Pablo Cienfuegos...!

JUAN PABLO

Yo sòy.

ANDRÉS

Entró en la ratonerà y no acertaba con la salida.

CHACÓN

Los demás de la cuadrilla huyeron saltando las tapias de ese patio. Alguno caerá.

MONEGRO

(A Juan Pablo.) Tu perversidad no se detiene ante ningún respeto. Te atreves á profanar la mansión de nuestra muy amada y bendita señora. Eres brutal y grosero en demasía.

JUAN PABLO

Ya se verá lo que soy. En tanto, señor Monegro, sed vos comedido; sed prudente...

MONEGRO

(Con violenta ira.) ¡Entrégate ó mueres ahora mismo, loco!

JUAN PABLO

Sí que lo soy. Nada puedo contra tantos. (Arroja la espada, que recoge Chacón.) Mis compañeros saben huir; yo no.

MONEGRO

No me importa que ellos escapen, si he cogido al ladrón principal. (**Juan Pablo, cruzado de brazos y mirando al suelo, no contesta á la injuria.**)

CHACÓN

(**A Monegro, oficiosamente.**) Si me dais licencia, os diré que no ha entrado aquí Juan Pablo por móvil de robo, sino por incitativo de amores.

MONEGRO

Ladrón he dicho... ladrón de honras.

CHACÓN

Preguntad del caso á vuestra hermosa hija Irene.

MONEGRO

¿Has venido á robarme á mi hija, infame?

JUAN PABLO

(**Friamente.**) No os diré que sí: no os diré que no.

MONEGRO

¡Ah! Tu insolencia es más injuriosa por no hablar con claridad. Responde á mi pregunta... pronto.

JUAN PABLO

(Pausa. Desdeñoso le mira fijamente.) ¡Claridad!... ¿Para qué la queréis, si no la usáis nunca en el gobierno y administración de los estados de Ruydíaz?

MONEGRO.

¡Villano!

JUAN PABLO

¡Villano yo!

MONEGRO

Por la conducta, ya que no por el nacimiento. Deshonras tu nombre, deshonras tu origen hidalgo. No espere piedad el desalmado aventurero, sin ley ni conciencia, el burlador de todos los respetos divinos y humanos.

CHACÓN

Sus endiabladas aventuras han quitado la paz á estos pueblos.

MONEGRO

Él es quien ha soliviantado á los pastores del Toral para que se rebelen contra mí.

ANDRÉS

Y quien asaltó el convento para robar á la novicia Doña Leonor de Andueza.

JUAN PABLO

Y más, más; seguid la cuenta.

CHACÓN

Él mató al hijo de Don Lope.

JUAN PABLO

Sí, sí... y á Bonifacio Cortés.

MONEGRO

Ya veis qué cinismo.

CHACÓN

(Aparte á Monegro.) Interrogadle con malicia, señor. Su silencio quizás significa que ha traído intención más alta que enamoriscar á las doncellas de la señora.

MONEGRO

(Alto.) Dime: ¿ignorabas que la Duquesa nuestra señora y su amiga la Marquesa de Clavijo han ido al monte á coger la verbena por ser ésta la milagrosa noche de San Juan?

JUAN PABLO

Lo ignoraba.

MONEGRO

¿Creíste, pues, que las señoras estaban aquí?

JUAN PABLO

Así lo pensaba.

CHACÓN

(Aparte á Monegro.) Ya veis... Bien pudo ser que el gavilán entrase por alguna paloma de alto nacimiento.

MONEGRO

¡Ah, vil! ¿y no pensaste en el susto y sobresalto de la Duquesa nuestra señora?

JUAN PABLO

Creí poder entrar y salir sin turbar su descanso.

MONEGRO

(Airado.) Menguado, debiste considerar que la señora, por causa de su natural desmedrado y mísero, tiene la vida pendiente de un cabello... vida infeliz, que más bien parece muerte disimulada... (Juan Pablo oye esta admonición, inmóvil, fija la vista en el suelo.) ¿No sabes que cualquier emoción, cualquier dis-

gusto grave, miedo repentino, ó sorpresa fuerte, pueden quitarle la vida y privarnos de una señora tan buena? ¿No sabes...? **(Entra Don Guillén por la derecha, segundo término, presuroso, abrochándose la chupa y acomodándose la peluca.)**

ESCENA II

Los mismos, DON GUILLÉN

DON GUILLÉN

(Con ira muy bien fingida.) ¿Dónde está, dónde está ese bergante?... ¿Hay mayor desvergüenza?...

MONEGRO

Aquí le tenéis.

ANDRÉS

Aquí le hemos cogido.

CHACÓN

Yo le recogí la espada.

DON GUILLÉN

(Quitándosela á Chacón.) Y con ella misma, con su propio acero, que ciñe indignamente

y contra toda ley de caballería (Apuntándole al pecho), yo le daría muerte aquí mismo, si no pensara que es mejor dejarle al castigo lento de la justicia. ¿Pero qué hacéis que no llamáis al instante al señor Corregidor?

MONEGRO

Antes quiero yo interrogar á personas que están en el castillo. Hablaré con mi hija.

DON GUILLÉN

(Con fingida premura.) Pero no vaciléis... ¡Vaya que tenéis cachaza!

MONEGRO

He de disponer que quede bien custodiado.

DON GUILLÉN

De eso me encargo yo. (Blandiendo la espada.) Ya verá cómo las gasto. Idos pronto y llevaos á toda esta gente.

MONEGRO

(Dudando.) Pero...

DON GUILLÉN

Dejadme solo con él. (Con misterio.) Yo sabré sonsacarle la verdad.

MONEGRO

Andad con tiento, que es astuto, temerario, de mucha malicia...

DON GUILLÉN

Que me busque el genio y verá... Marchad sin recelo. Con mi cabeza respondo de su seguridad.

MONEGRO

(Distribuye la fuerza para la custodia de la estancia. Manda salir á los dos Guardas por el fondo.) Vosotros guardáis esta entrada por el vestíbulo. **(Salen los dos Guardas.)**

DON GUILLÉN

Colocadme á los demás en la galería.

MONEGRO

(Á los dos Criados.) Vosotros custodiáis la galería. **(Salen los dos Criados.)**

DON GUILLÉN

(Por Chacón y Andrés.) ¿Y éstos?

MONEGRO

Quedan aquí como centinelas de vista.

DON GUILLÉN

No es necesario. **(Aparentando indiferencia.)** Pero quédense... Apartarse á las puertas, que de otro modo no podría yo hacerle cantar...

MONEGRO

(Señalando á Andrés la puerta de la derecha y á Chacón la del fondo.) Tú aquí... Aquí tú. **(A Don Guillén.)** A vuestro cuidado lo dejo.

DON GUILLÉN

Estad bien seguro de que sabré sondearle.

MONEGRO

(Aparte á Chacón en la puerta derecha.) Vigílame bien al preso... y á su guardián, que de éste no me fío.

CHACÓN

Ya... **(Vase Monegro por la derecha.)**

DON GUILLEN

(Observa á Monegro desde la puerta hasta perderle de vista. Vuélvese luego imperiosamente á Chacón y á Andrés.) Tú, Chacón, y tú, Andrés, despejad pronto. **(Les señala la puerta del fondo.)**

CHACÓN

El señor Don Dámaso nos ordenó...

DON GUILLÉN

(Colérico, accionando con la espada.) Que montéis fuera la güardia os mando... y no me obliguéis á repetirlo.

CHACÓN

Centinelas de vista dijo. (Obedeciendo de mala gana.)

DON GUILLÉN

De vista, pero no de oído. ¡Fuera! (Salen Chacón y el Criado por el postigo. Don Guillén corre el cerrojo.)

ESCENA III

JUAN PABLO, DON GUILLÉN

DON GUILLÉN

(Apoyándose en la espada, como en un bastón, cambia de fisonomía, poniéndola risueña.) Ya estamos solos. Dí la verdad: ¿cuando me viste llegar tan fiero, y ponerte al pecho la espada, creíste que venía de veras?

JUAN PABLO

Tan bien habéis hecho vuestro papel que lo creí, señor Don Guillén,

DON GUILLÉN

Pero ¿no me tenías por amigo después de haber cazado juntos en esos montes?

JUAN PABLO

Sí; pero pensé que el señor Don Guillén estaba enojado conmigo por... ¿ya no se acuerda?... La última vez que nos vimos, cuando del monte bajamos á refrescar en la alquería...

DON GUILLÉN

(Recordando.) Ya, ya...

JUAN PABLO

Charlando y bebiendo me desmandé un poco... y sin saber lo que decía, os llamé... borracho. (Don Guillén ríe.) Creí que no me habíais perdonado.

DON GUILLÉN

¡Tonto! No me ofendió el feo nombre. Me tengo, sí, por el más bravo bebedor del mundo; pero jamás pierdo el sentido ni la dignidad.

JUAN PABLO

No olvido lo que me contásteis aquel día. Tan imperiosa es en vuestras entrañas la

sed, mañana y tarde, que para remediaros habéis prevenido un depósito del tostadillo de la tierra en los distintos lugares que frecuentáis. Una de estas bodegüelas tenéis en la alquería de Tora, otra en el molino, la tercera en la guardería, la cuarta en Tordelepe...

DON GUILLÉN

(Dirigiéndose á la alacena, que abre con llave.) Y la primera de todas, la bodega matriz, aquí, donde paso mis primas noches... (Saca botella y vasos.) Ya ves qué á punto... (Lo pone en la mesa y escancia en dos vasos.) Después de tal derroche de coraje, viene bien un refresquillo...

JUAN PABLO

Lo agradezco. (Se sienta y bebe. Don Guillén reconoce las puertas.)

DON GUILLÉN

(Volviendo á la mesa.) Y ahora... paréceme que merezco tu sinceridad. (Bebe.)

JUAN PABLO

Cierto.

DON GUILLÉN

Señor gavilán: la paloma es Irene.

JUAN PABLO

Irene es la paloma, y yo el gavilán... aparente: el real es otro.

DON GUILLÉN

¿Cómo?

JUAN PABLO

Ved de qué manera tan tonta me encuentro en este grave compromiso. La hija de Monegro tiene amores con Reginaldo, que ya sabéis es mi mejor amigo; amores que ahogados en el secreto han crecido hasta la exaltación. Hace una hora me encontraba yo tan tranquilo en mi casa, cuando entra Reginaldo: "¿Quieres ayudarme en una broma muy pesada?..„ "¿Contra quién?„ le pregunto... "Contra Monegro.„ Al oir yo "contra Monegro„ se me encendió la sangre. "Voy á robar á Irene,„ me dijo Reginaldo mostrándome una carta de ella. No necesité saber más, y ciego me lancé á la partida. Todo fué muy mal dispuesto. Entramos por la muralla de abajo, saltamos á ese patio, luego á la capilla... Aquí fuimos sorprendidos. Reginaldo pudo escapar: yo no dí con la salida, y aquí me tenéis cautivo, acusado...

DON GUILLÉN

Pues ya te ha caído que hacer.

JUAN PABLO

¡Desdichas de la amistad!

DON GUILLÉN

Le alabo el gusto á Reginaldo. Irene es linda... un poquillo pizpireta... Yo empecé á cortejarla; pero su coquetismo prolongó las resistencias más de lo que tolera mi carácter vivo, y me dediqué á Rosaura, que es más ingenua, más...

JUAN PABLO

¿Y ya la tenéis rendida?

DON GUILLÉN

Casi, casi. En suma, que te has metido en la boca del lobo, por aborrecimiento al lobo mismo. ¡Duro en él!

JUAN PABLO

Con rabia y furor odiamos á Monegro todos los habitantes del señorío.

DON GUILLÉN

Tirano es de vosotros y de la propia Duquesa Laura, mi sobrina. De tal modo le ab-

sorbe la voluntad, que el verdadero señor de Ruydíaz es ese insolente leguleyo.

JUAN PABLO

Monstruo de crueldad, de sordidez, de grosería...

DON GUILLÉN

(Con tristeza.) ¡A quién se lo cuentas, hijo! Si tu compasión busca la víctima más lastimosa de ese renegado, aquí tienes al noble Don Guillén de Berlanga, segundón de la casa de Guzmán, el cual de los favores más altos de la fortuna ha descendido á pobreza denigrante. No sabe el ilustre señor si culpar de su desgracia al Destino, ó á su propia liberalidad, grandeza y descuido...

JUAN PABLO

Culpe á todo y acertará.

DON GUILLÉN

Pues el prócer caído se vió precisado á pedir un techo y un pedazo de pan á su excelsa sobrina, la poderosa dueña de estos estados, Laura de La Cerda y Guzmán, Duquesa de Ruydíaz...

JUAN PABLO

Y aquí le sale al prócer el castigo de sus pecados, le sale Monegro...

DON GUILLÉN

Que de esta noble residencia hace mi Purgatorio. ¡Ay, hijo! para un hombre de alto nacimiento no hay pena más dolorosa que la humillación... Ese bárbaro satisface sus rencores plebeyos escarneciendo mi nobleza y cubriéndome de ignominia. Figúrate que ha limitado el socorro al plato diario en la mesa, y á una muda de ropa cada año, agregando para mi esparcimiento el tener bien surtidas mis cinco tabernillas, y dándome raciones muy tasadas de tabaco de segunda. (Saca la tabaquera y toma un polvo: después suspira.)

JUAN PABLO

¡Villano!

DON GUILLÉN

Y que no empleo yo pocos artificios para ganar su confianza y ablandar su dureza. Soy un consumado histrión para revestirme de apariencias semejantes á las suyas... y me finjo cruel, hipócrita, avariento, despó-

tico con los débiles, lisonjero con los poderosos... En fin, ya viste cómo entré aquí esta noche...

JUAN PABLO

A la perfección le imitábais. Parecíais él mismo...

DON GUILLÉN

(Recobrando su buen humor.) En fin, hijo... para adormecer estas penas, llenémonos de filosofía. (Llena los vasos.) Bebamos á la salud... (Vacilando.)

JUAN PABLO

¿De quién?

DON GUILLÉN

De nuestro augusto Monarca el gran Carlos III, Rey magnánimo... y filosófico...

JUAN PABLO

Por el Rey. (Beben.) ¿Y cómo la señora Duquesa, imagen del poder real, permite que viváis en tal humillación?

DON GUILLÉN

¿Qué puede hacer la pobrecita Laura, afligida de tan acerbos achaques en lo mejor de su edad, ¡veinticinco años! Todo su espí-

ritu lo necesita para consolarse á sí propia; todas sus voces para quejarse de sus complicadas desdichas naturales. Y ahora está desconocida, pues de los quince á los veintitrés años daba lástima verla... enteramente baldadita... Por eso no se ha casado... Ni se casará ya.

JUAN PABLO

¡Infeliz señora!... Sólo dos veces la he visto: una tarde en el baile campestre que dimos en Briluenga; otra en la procesión de San Quirico... ¡Oh! aquella figura lastimosa, que no parece tener vida más que en los ojos, me llenó el alma de amargura.

DON GUILLÉN

¿No te parece que debemos brindar por ella?

JUAN PABLO

Sí, sí.

DON GUILLÉN

(Sobresaltado porque ha oído algún ruido en las habitaciones de la derecha.) ¡Silencio!... **(Guarda rápidamente en la alacena botella y vasos.)**

JUAN PABLO

¿Qué?

DON GUILLÉN

Nos oyen.

JUAN PABLO

Sí; creí sentir pasos.

DON GUILLÉN

El taimado Monegro es de los que acechan tras de las puertas...

JUAN PABLO

Disimulemos.

DON GUILLÉN.

(En voz baja.) Tú haces como que te rebelas contra mí... Yo fingiré que quiero atravesarte el corazón.

JUAN PABLO

(Con figurada ira y descompuesta voz.) ¡No me guardaréis, no, señor Don Guillén de Berlanga, para que cebe en mí su crueldad ese tigre carnicero!

DON GUILLÉN

(Blandiendo la espada, gritando desaforadamente.) ¡Repórtate, canalla!

JUAN PABLO

¡Borracho! (En voz baja.) ¿Borracho os ofende?

DON GUILLÉN

(En voz baja.) Dí bebedor.

JUAN PABLO

¡Bebedor, tonel viviente!... Desarmado sabré yo desgarrar con mis uñas y mis dientes tu panza, y beberé todo el vino que corre por tus venas.

DON GUILLÉN

(Advirtiendo que se mueve la hoja de la puerta, redobla su furor.) Yo desprecio tus ridículas bravatas, miserable ratón campesino. (Ve á Doña Teresa que ha entrado lentamente.) ¡Ah... no nos habéis dado flojo susto!

ESCENA IV

JUAN PABLO, DON GUILLÉN, DOÑA TERESA, que entra por la derecha, primer término. Viste de negro, con escofieta elegante, también negra. Trae ridícule, pendiente de la cintura.

DOÑA TERESA

¿Pero estos gritos son furia de los corazones ó simulacro de los ingenios?

DON GUILLÉN

Figuración ha sido. (A Juan Pablo.) No temas á esta ilustrísima dueña. También le odia cordialmente. Es de mi partido.

DOÑA TERESA

(Benévola.) Ya, ya me han enterado de este escándalo y de la captura del escandalizador. (Mirando con anteojos á Juan Pablo.) ¡Ah! Juan Pablo Cienfuegos, el que trae revueltos los estados de Ruydíaz...

DON GUILLÉN

(Presentándola.) Doña Teresa de Argote, aya y camarera mayor de Laura, filósofa y poetisa, autora de la Pastorela de *Alcimna y*

Tesimandro, que ahora estamos ensayando para representarla en el jardín.

DOÑA TERESA

(Con modestia.) ¡Oh!...

DON GUILLÉN

Y además mi aliada. Has de saber que aquí, con actividad sigilosa, conspiramos.

DOÑA TERESA

¿Tiene relación la presente aventura de este mozo con las algaradas de algunos pueblos, que á todo trance quieren sacudir la tiranía del maldito Don Dámaso?

JUAN PABLO

¡Oh! no: ninguna relación.

DON GUILLÉN

La relación luego vendrá... Y le tendremos á nuestro lado si conseguimos sacarle de este atolladero.

DOÑA TERESA

(Con misterio á Don Guillén.) En carta que hoy

he recibido de Peñalba, me dicen que andan allí muy alborotados.

DON GUILLÉN

Chitón.

JUAN PABLO

Hablad si queréis, que yo no he de venderos.

DOÑA TERESA

En puridad, que vuestros fines al venir aquí, son...

JUAN PABLO

Ya podéis imaginarlos.

DON GUILLÉN

El mujerío eterno...

DOÑA TERESA

¡Oh, loca juventud!... Las apariencias, como la pública voz en la casa, acusan á Irene...

JUAN PABLO

Vos, señora, que andáis por ahí dentro, ¿sabéis si Monegro ha interrogado á su hija?

DOÑA TERESA

Desde mi estancia escuchaba yo los alaridos de ese sacripante reprendiendo á su hija, y el sollozar lastimero de Irene. La curiosidad, contra quien nada podemos las mujeres, me llevó por el corredor adelante, y sin pensarlo ni sentirlo acercáronse mis pies á la puerta blandamente, y esta oreja á una rendijilla, por donde tuve conocimiento de que la mozuela escurre lindamente el bulto... ¡Y con qué gracia se sacude para que el baldón recaiga en personas más altas!

DON GUILLÉN

¡Comprendido!

JUAN PABLO

La pobre defiende su honor como puede.

DOÑA TERESA

Ahora una advertencia de amiga... de aliada, si queréis.

DON GUILLÉN

Venga.

DOÑA TERESA

De Monegro no debéis esperar nada bueno.

JUAN PABLO

Me ahorcará si le dejan.

DOÑA TERESA

Vayan vuestros tiros arriba ó abajo, esperad de las damás la salvación.

DON GUILLÉN

Muy bien discurrido.

DOÑA TERESA

(A Don Guillén.) Que le vea mi señora y también la Marquesita que la acompaña, la viudita, mujer muy vaporosa de cascos, novelesca y archifantástica. (A Juan Pablo.) Con eso y con mucha sutileza en lo que declaréis, quizás os suelten esta misma noche.

DON GUILLÉN

Admirable juicio.

JUAN PABLO

No seré yo tan feliz.

DON GUILLÉN

Celebremos el talento de esta sapientísima dueña (Saca de nuevo la botella y llena tres vasos) tributando un homenaje respetuoso á la filosofía. Bebamos á la salud de los reyes filósofos. (Juan Pablo ofrece un vaso á Doña Teresa.)

DOÑA TERESA

(Haciéndose de rogar.) Gracias: no acostumbro...

DON GUILLÉN

(Brindando.) Por la memoria de Don José I, Rey de Portugal y de los Algarbes.

DOÑA TERESA

(Decidiéndose á beber.) Lo acepto como reparo del estómago. (Impaciente por retirarse.) Ea, no me entretengo más...

DON GUILLÉN

Sí, debéis retiraros.

DOÑA TERESA

Nos veremos luego, cuando vuelva la Duquesa. (A Juan Pablo.) ¡Buena suerte!

JUAN PABLO

Gracias, noble señora.

DOÑA TERESA

(Retirándose.) Adiós... y cuidado con mis advertencias... (Vase por la derecha, primer término.)

JUAN PABLO

Sí, sí.

ESCENA V

DON GUILLÉN, JUAN PABLO

DON GUILLÉN

La dueña filósofa, nuestra Aristóteles con tocas, está en lo cierto.

JUAN PABLO

¿Pero me salvarán las damas? ☞ Ahora que recuerdo: á esa Marquesa de Clavijo la he visto yo.

DON GUILLÉN

¿Sí?

JUAN PABLO

Y he tenido el honor de hablar con ella. Fué en Otero, la tarde de la procesión...

DON GUILLÉN

Es despierta, erudita en poesía y novelas, en modas y elegancias. Ha vivido largas temporadas en París, y allí frecuentaba, como yo, el salón de Madame de L'Espinasse, centro de reunión de los grandes filósofos.

JUAN PABLO

¿Y la dichosa filosofía servirá para que esa dama se interese por mí?

DON GUILLÉN

¡Qué sé yo! Si las damas han de salvarte, pon toda tu esperanza en mi sobrina, la señora y dueña de cuanto aquí existe, la divina Laura, alma grande en cuerpo mezquino, toda nobleza, dulzura y generosidad.

JUAN PABLO

Válgame, después de Dios, mi señora la Duquesa.

DON GUILLÉN

(Que ha puesto atención á ruidos cercanos.) Calla.

JUAN PABLO

¿Viene Monegro?

DON GUILLÉN

Siento pasos por ese patio... Guardaremos esto. **(Rápidamente lleva á la alacena botella y vasos. Antes de guardarlos, llena dos de éstos, preparándose á beber.)**

JUAN PABLO

(Rechazando el vaso que le ofrece su amigo.) Perdonadme. No bebo más.

DON GUILLÉN

¿Me desairas cuando te propongo beber por el hombre más grande del siglo? Habíamos olvidado el mejor brindis.

JUAN PABLO

(Cogiendo el vaso.) ¿Cuál?

DON GUILLÉN

(Brindando con gran solemnidad.) Por el gran Federico de Prusia, el primer filósofo entre los reyes y el primer soberano entre los filósofos.

JUAN PABLO

Por el gran Federico. (Beben.)

DON GUILLÉN

(Sintiendo rumor de gente por el fondo, cierra la alacena.) Ya vienen.

JUAN PABLO

¿Será la Duquesa y su comitiva?

DON GUILLÉN

¿Es la bendita Laura? (Descorre el cerrojo del postigo.)

JUAN PABLO

(Con desaliento.) No: es la curia maldita.

ESCENA VI

JUAN PABLO, DON GUILLÉN, CHACÓN, TURPÍN, VALLEJO, Alguaciles, Criados, Guardas, por el fondo.

CHACÓN

(Anunciando.) El señor Corregidor de Ruy-d'az. (A Turpín que tras él entra.) El señor Mone-o ha dispuesto que si creíais conveniente .ipezar la indagatoria en el castillo...

TURPÍN

(Displicente le interrumpe.) ¿Cómo conveniente? Indispensable.

VALLEJO

¿Pues á qué hemos venido?

CHACÓN

(A un criado que trae manojo de llaves.) Abre la sacristía, que es pieza muy reservada. (A otro criado.) Traed luces. (Abre el criado la sacristía. Quedan Chacón y Vallejo hablando á la izquierda. Turpín, después de hacer reverencia á Don Guillén que se aparta á la derecha, dirígese á Juan Pablo.)

TURPÍN

Diablillo bandolero, ¿dónde estás?

JUAN PABLO

(Avanzando hacia él.) Aquí, señor Turpín, esperando vuestra visita para daros un poco de guerra.

TURPÍN

¡Ah, tunante, al fin caíste...!

JUAN PABLO

En trampa, por mi descuido.

TURPÍN

Alabado sea el Señor.

JUAN PABLO

A Dios invoco para que me sean blandas vuestras uñas.

TURPÍN

Blandas no serán, así Dios me asista, sino de acero y muy afiladas. Vamos allá... El reo por delante.

JUAN PABLO

(A los guardias que le custodian.) Vosotros, fieles sayones, custodiadme bien, que al menor descuido, vuelo. (Precedido por criados con luces entra en la sacristía.)

TURPÍN

¡Como no vueles al otro mundo!... (Entra en la saeristía. Tras él la curia y críados.)

ESCENA VII

DON GUILLÉN, MONEGRO, por la derecha segundo término DOÑA TERESA, IRENE, por la derecha primer término.

MONEGRO

(A los criados.) Traed luces. Abrid. (A Don Guillén.) Ya tenéis aquí á la señora. (Abren los criados la gran puerta del fondo.)

DON GUILLÉN

(Viéndole dirigirse á la sacristía.) Y yo ¿puedo pasar?

MONEGRO

Mejor será que recibáis á vuestra sobrina. Persuadidla de que debe recogerse á sus habitaciones. (Entra en la sacristía.)

DON GUILLÉN

Bien pensado. (Dirígese á la puerta del fondo, donde aparecen lacayos y criados con faroles. Otros vienen por la derecha, segundo término, con candelabros, que dejan sobre los muebles. Entran por la derecha primer término Irene y Doña Teresa.)

IRENE

Aquí no está... (Ansiosa.) ¿Le han llevado á la cárcel?

DOÑA TERESA

Creo que no. Ten calma, Irenita, y acógete á la divina Providencia, protectora siempre de las almas sensibles.

IRENE

¡Ay de mí! Me muero de ansiedad, de vergüenza...

DOÑA TERESA

No te mueras de nada y espera. (Colocando cojines en el estrado.)

IRENE

Y el caso es rarísimo. Ni Juan Pablo ni yo somos culpables...

DOÑA TERESA

Ya se verá niña, ya se verá...

(Óyese por el fondo rumor de gente; se ve resplandor de hachas y faroles. Acude Don Guillén al encuentro de la señora; también Doña Teresa. Cargada por lacayos con librea á los que preceden otros alumbrando, llega á la puerta la primera litera, de la que

sale la Marquesa de Clavijo. Retirada la primera litera, viene la segunda, de la cual sale penosamente, ayudada por la Marquesa y Don Guillén, la Duquesa Laura. Su figura pequeña y desmedrada, su andar inseguro, revelan una constitución física en extremo débil, escasa soltura de miembros, respiración difícil. Muy delgada de cuerpo, es el rostro diminuto y gracioso, con gran viveza de ojos y expresión de sufrimiento. Se cubre con un magnífico abrigo de seda bordado de colores y oro, con capuchón. Trae en la mano un manojo de verbena. La Marquesa, mujer bonita y airosa, lleva un abrigo semejante, de igual lujo y riqueza, y también ramo. Avanza Laura por la escena, apoyada en la de Clavijo y Don Guillén. La preceden lacayos y palafreneros con faroles de lujo formando en dos alas. La siguen Calixto, Rosaura y Doña Teresa. Calixto é Irene aproximan el canapé al sitio en que ha de sentarse la Duquesa hasta el fin del acto.)

ESCENA VIII

LA DUQUESA LAURA, LA MARQUESA DE CLAVIJO, DON GUILLÉN, DOÑA TERESA, IRENE, ROSAURA, CALIXTO Pajes, Mayordomos, Criados; después MONEGRO.

LA MARQUESA

Descansarás aquí un ratito.

LAURA

Descansar, sí... esa es mi vida. Descan-

sando siempre, y siempre cansada. De veras os digo que me cansa el vivir muriendo.

LA MARQUESA

No te quejes, que has estado muy bien.

DOÑA TERESA

(**A Laura, muy cariñosa.**) ¿Y tú sola has cogido toda esa verbena?

LA MARQUESA

Ella solita. Nunca la ví tan ágil, ni tan alegre. (**Recoge el manojo de verbena y lo entrega á Calixto.**)

LAURA

Sí: me sentía muy bien. ¡Qué sosiego, qué tibieza en aquel ambiente!

LA MARQUESA

¡Y qué lindísimo, qué gracioso el juego de los rayos de luna enredando entre las hojas!...

LAURA

Despertando los aromas dormidos...

LA MARQUESA

¡Y qué rumor de vidas ocultas en el silencio de la selva!...

LAURA

¡Incomparable! Cogía yo la verbena con tanto afán, como si en cada plantita le quitara á la Naturaleza un pedazo de vida para ponérmelo á mí. **(Se sienta.)**

MONEGRO

(Por la izquierda con gran reverencia.) Señora, es mi parecer que Vuecencia se retire á los aposentos altos y procure conciliar el sueño.

LAURA

Apenas duermo de noche: ya lo sabes. Engaño mis insomnios con la conversación amena y la compañía de mi buena gente y de mi amiga.

MONEGRO

Arriba estaréis mejor. Puede la señora dar un nuevo ensayo á la Pastorela que ha compuesta Doña Teresa, y que pensáis representar el domingo.

LAURA

Ensayamos de día y en el jardín.

LA MARQUESA

¿Pastorelas ahora? No, por Dios... Si tenemos en casa la novedad de un ladrón, ó caballero de la tuna, que habéis cogido y queréis castigar, ¿por qué no se le juzga y sentencia delante de nosotras?

LAURA

Dice bien mi prima. Ya que nos ha caído esa diversión, aprovechémosla.

MONEGRO

(Contrariado.) Como guste la señora... Pero yo creo...

LA MARQUESA

(Imperiosamente.) Basta. Traednos inmediatamente á ese reo, y con él á los alcaldes y ministriles.

LAURA

Traedle, sí. Es ese mala cabeza que con s locuras ha revuelto todo el señorío. ¿Su ımbre...?

DOÑA TERESA

Juan Pablo Cienfuegos.

LAURA

(Haciendo memoria.) Ya... sí...

MONEGRO

Yo me atrevo á recomendar á la señora que violente su piedad...

LAURA

No... si no siento en mí la clemencia, ni la piedad, ni la compasión, ni nada de eso.

LA MARQUESA

Que salga el reo, que salga.

LAURA

(Jovial.) Que salga... Sacadle pronto. (Monegro hace reverencia y se va por la izquierda.)

LA MARQUESA

(Que se aproxima á la puerta de la sacristía, vuelve al lado de la Duquesa.) Ya le traen.

IRENE

¡Oh, angustia mía!

ESCENA IX

Los mismos; MONEGRO, TURPIN, VALLEJO, JUAN PABLO que entran por este orden; CHACÓN, Alguaciles, Guardas.

(Al aparecer Juan Pablo, todas las miradas se fijan en él. A izquierda y derecha de Laura, en una banqueta baja, se sientan Irene y Rosaura, al cuidado de su señora; detrás Doña Teresa y Don Guillén en pie. A la derecha de Laura, la Marquesa en pie. La situación de los demás personajes ajústase al diálogo. La servidumbre que ya estaba en escena y otros criados, pajes y doncellas que acuden por curiosidad, se agrupan en el fondo.)

DOÑA TERESA

(A Laura, designando al reo.) ¿Qué te parece?

LAURA

Orgulloso.

LA MARQUESA

(A Laura.) Arrogante.

LAURA

Más le quisiera arrepentido.

TURPÍN

(Con profunda reverencia.) Alta y poderosa se-

ñora, el Corregidor de Ruydíaz, criado humilde de Vuestra Grandeza, os besa las manos y os pide la venia para...

LAURA

Sí, sí. Comenzad pronto.

MONEGRO

Señora, la fama de los delitos de Cienfuegos ha llegado hasta vos.

LAURA

Seguramente.—Y vos, señor Turpín, ¿pensáis que el reo es muy malo?

TURPÍN

En ningún tiempo, gran señora, ha caído sobre Ruydíaz un aventurero tan revoltoso y dañino.

LAURA

¿Y mi tío el señor Don Guillén opina lo mismo de este hombre?

DON GUILLÉN

(Con hábil fingimiento y afectación para engañar á Monegro.) Criminal es... y no de estos vulgares que andan al bajo merodeo...

LAURA

(Admirada.) ¿Es ambicioso?

DON GUILLÉN

Tan altivo en sus pensamientos como perverso en sus actos. (Aparte.) Átenme esa mosca...

LAURA

¡Hola... hola!

LA MARQUESA

Bandido... en verso, como quien dice.

LAURA

Y endecasílabo.

TURPÍN

(Que ha recibido de Vallejo un largo papel arrollado.) Ved, gran señora, el apuntamiento que hemos formado estos días...

VALLEJO

Relatando todas las demasías, atropellos y crímenes de Cienfuegos. (Entrega á Laura el papel.)

LAURA

¡Pues no habéis escrito poco!

LA MARQUESA

Dame acá. (Recoge el papel que le da Laura.)

LAURA

Sí: ve leyendo tú.

MONEGRO

Ante todo, que explique este infame asalto al castillo.

LAURA

No. Quédese eso para lo último.

LA MARQUESA

(Recorriendo con la vista el papel.) Sigamos el orden de este relato.

LAURA

Conteste el reo á los cargos gravísimos que la voz pública hace contra él...

MONEGRO

Hasta aquí ha sido mudo.

TURPÍN

Esfinge del silencio, y oráculo de la negación.

LA MARQUESA

Oigan. Se le acusa de haber incitado á la desobediencia y al desacato á los pastores de las cabañas del Toral, despedidos por el señor Monegro.

JUAN PABLO

Ante todo debo decir... (Monegro y Turpín le interrumpen á un tiempo.)

MONEGRO

No, no... Responda sin preámbulos.

TURPÍN

No, no: que se concrete.

LAURA

Dejadle. Decís que es mudo, y le tapáis la boca. (A Juan Pablo.) Yo te mando que hables y que digas la verdad.

JUAN PABLO

(Con gran rendimiento y gravedad.) Y mi primera palabra, noble, altísima señora, será para rendir ante Vuestra Grandeza toda mi voluntad, pidiéndole humildemente perdón por todo acto en que sin intención haya podido ofenderla.

DON GUILLÉN

(Aparte, satisfecho.) Muy bien.

LA MARQUESA.

(A Laura.) Despejo no le falta.

MONEGRO

(Airado.) Responda y diga claramente la parte que tuvo en la sedición de los pastores.

JUAN PABLO

Respondo que no creo sedicioso hacerles comprender que la casa ducal, al despedirles, procedió contra fuero y contra el uso inmemorial...

TURPÍN

(Interrumpiéndole.) ¡Lindo argumento!

JUAN PABLO

Yo les prediqué y repetí mil veces que no cedieran, que no se resignaran á ser tratados como bestias...

LAURA

¿Por mí?

JUAN PABLO

Por el señor Monegro.

DON GUILLÉN

(Aparte, regocijado.) ¡Soberbio, magistral!

MONEGRO

¡Ya veis, señora, qué audacia!

DON GUILLÉN

(Respondiendo á Monegro que le mira.) ¡Insolencia igual!

LAURA

Que se explique mejor.

LA MARQUESA

Dejadme á mí. ¿Y quién sois vos, hombre ignorante, para definir lo que es fuero y lo que no lo es?

LAURA

(Burlándose.) ¿Has estudiado en Salamanca? Tu Universidad, según entiendo, es el libre viento por donde sin freno corren tus salvajes ideas; tus libros, la ancha tierra de mis estados, por donde á caballo vuelas más que corres noche y día, llevando el terror y el escándalo contigo.

JUAN PABLO

Salvaje es mi entendimiento, sí señora; in-

quieta y desordenada mi vida. No cursé en Universidades. He tragado pocos libros y papeles, y así tengo desalquilado mi entendimiento, para que en él pueda entrar cuando quiera y aposentarse la verdad.

LA MARQUESA

(Aparte á Laura.) ¿Y esa...?

DON GUILLÉN

Filósofo en bruto.

DOÑA TERESA

¿Ves qué sutil conceptista?

LAURA

Dí más bien... bandido poético.

MONEGRO

¿Es cierto, sí ó no, que cuando los pastores apedrearon la casa del corregimiento estaba con ellos Juan Pablo?

JUAN PABLO

Con ellos estuve; mas yo no apedreaba.

LAURA

Les alcanzarías las piedras.

JUAN PABLO

Tampoco, señora: no hacía más que alegrarme de que apedrearan.

LAURA

¿Les disculpas?

JUAN PABLO

Sí, señora: hoy les disculpo, como antes les compadecía. Tenían hambre. Si la señora hubiera estado presente, ya se yo lo que habría hecho: darles de comer.

LAURA

Cierto.

JUAN PABLO

Pues el señor Monegro mandó... darles azotes. Entonces un grupo de ellos, y yo á la cabeza, apaleamos á los criados del señor Monegro.

MONEGRO

(Irritado.) ¡Y esto se tolera!

TURPÍN

¡Y esto se oye!

DON GUILLÉN

¡Delicioso, incomparable!

MONEGRO

¿Qué decís?

DON GUILLÉN

(Vivamente, fingiendo.) Digo: "ahorcarle, ahorcarle.„

MONEGRO

(A Laura.) Esto, señora, es poner á prueba vuestra bondad, vuestra paciencia.

LAURA

(Respirando con dificultad.) No, no. **(A sus criadas.)** Dadme aire.

LA MARQUESA

¿Te sientes mal?

LAURA

Ya pasa... No es nada. Seguid, seguid. Esto me divierte.

LA MARQUESA

(Después de leer.) Aquí hay un punto negro, muy negro.

VALLEJO

Todos son negros puntos.

LA MARQUESA

A ver cómo se disculpa Juan Pablo de haber tomado lo ajeno.

TURPÍN

De las eras de Aranzaque sustrajo catorce fanegas de trigo...

MONEGRO

Diez de algarroba...

LA MARQUESA

(Leyendo.) Y luego fué con su mesnada á los lagares de Valdeflores y se llevó veintiocho cántaras de vino.

LAURA

Veamos, Cienfuegos: ¿también esto es por estímulo de tu salvajismo caballeresco ó de tu natural filosofía?

MONEGRO

Que responda concretamente.

JUAN PABLO

Perdóneme Vuestra Grandeza. Yo no tomé lo ajeno: no hice más que recobrar lo mío. (A Turpín y Monegro.) ¿Lo queréis más concreto? (A Laura.) Lo mío recobré, que Vuestra Grandeza, no por sí, líbreme Dios de pensarlo, sino por mano del señor Monegro, me había quitado, valiéndose de servidores desleales, alquiladizos, que hacen inicuas trampas en la medición de frutos.

LAURA

En mis estados hay jueces, alcaldes, el señor Corregidor, á quien el Rey y yo pagamos para que administren justicia.

JUAN PABLO

El Corregidor y los Alcaldes hechura son de la casa ducal y dóciles instrumentos del señor Don Dámaso. Habríanme abrumado con costas y multas, además de no restituirme nada. Y de añadidura, habrían mandado apalearme, según su costumbre, por desacato á la autoridad.

DON GUILLÉN

(Aparte.) ¡Sublime!

LA MARQUESA

De modo que vos, si no os dan la justicia...

JUAN PABLO

La tomo. No hay otro remedio. Dios no nos ha puesto en el mundo para que nos dejemos sacrificar estúpidamente. Perezcamos defendiendo nuestro derecho, siendo jueces donde no los hay.

MONEGRO

¡Horror!

TURPÍN

¡Locura!

(Simultáneamente. Vuélvense asombrados los dos y encáranse con Don Guillén, que se ve precisado á fingir.)

DON GUILLÉN

¡Ahorcarle es poco... quemarle vivo!

DOÑA TERESA

(A Laura que habla con la Marquesa.) ¿Qué tal?

LAURA

Estoy encantada.

LA MARQUESA

Este salvajismo te divierte, ¿verdad?

LAURA

Por la novedad y la desenvoltura gallarda.

ROSAURA

(A Laura.) ¡Con qué gracia se defiende! ¿Verdad, señora?

IRENE

¡Qué donaire, qué agudeza!

VALLEJO

A sofisterías y enredos nadie le gana.

MONEGRO

Pero sus torpes defensas le condenan más. Vean ahora las señoras el capítulo de los mayores escándalos.

LAURA

Lee, Clarita.

TURPÍN

La profanación de lugares sagrados.

LAURA

¡Jesús!... ¡eso sí que es tremendo!

LA MARQUESA

(Leyendo.) Penetró á viva fuerza con su cuadrilla en el convento de Medranda, y robó á la novicia Doña Leonor de Andueza. ¡Ay, qué horrible sacrilegio!

VALLEJO

¡Horrible, señora!

MONEGRO

¡Que diga, que explique...!

LAURA

(A sus doncellas.) Oid, oid: este cargo es el más interesante.

JUAN PABLO

No niego el hecho. Asalté una noche el convento con dos amigos que me ayudaron á romper puertas y escalar tapias. Llegué al claustro, alboroté á las monjas, busqué á Leonor, cargué con ella entre chillidos de unas y protestas de otras. La saqué fuera: una vez en la calle, montamos á caballo y salimos al campo con la novicia...

LAURA

¿La llevabas tú?

JUAN PABLO

En la grupa... abrazadita á mí para no caerse.

LA MARQUESA

¡Qué garboso atrevimiento!

LAURA

Rasgo de locura caballeresca.

DOÑA TERESA

¿Qué nombre das á esto?

LAURA

(Aparte á Doña Teresa.) La fuerza, la pasión, la vida... (Alto, afectando severidad.) ¿Y ese acto lo tienes por bueno?... Mira lo que dices.

JUAN PABLO

Con perdón de la señora, lo tengo por excelente. Leonor había sido encerrada en el convento contra su voluntad, pues no tenía vocación. Su padrastro la puso forzadamente en religión para impedir sus amores honestísimos con mi primo Luciano. Se amaban y querían casarse. Mi primo carecía de arranque para enmendar aquel desafuero y traer las cosas á su término natural, y yo lo

tuve. Saqué á la moza del convento y la entregué á su novio. Partieron juntos para otras tierras, y lejos de aquí, ya marido y mujer, viven felices, olvidados de sus penas pasadas.

LA MARQUESA

(A Monegro y Turpín.) No negaréis que es discreta la explicación.

MONEGRO

Ingeniosa, evasiva...

LAURA

Declaro que me ha sorprendido. Nunca ví caso igual.

MONEGRO

Cualquiera que sea la explicación, el delito queda en pie.

DOÑA TERESA

¡Ah! según se mire...

TURPÍN

Sí, porque...

LAURA

Perdónenme los señores Turpín y Mone-

gro: hasta ahora no veo en el reo tanta maldad como suponen.

TURPÍN

¿Y lo que falta?

LAURA

Sí, sí... No explicará tan fácilmente el vivir de continuo enredado en duelos, camorras y lamentables querellas.

MONEGRO

En las que más de una vez corre la sangre.

JUAN PABLO

Reconozco, señora, que soy algo pendenciero.

DON GUILLÉN

(Por agradar á Monegro.) Y aun algos.

JUAN PABLO

¿Por qué es esto? Porque es uno joven, porque tiene la sangre fogosa, el pensamiento repentino, quebradiza la prudencia, entero el amor propio. Sin quererlo, sin buscarlo, se encuentra uno en ajenas trifulcas, donde fuertes y débiles se pelean.

MONEGRO

(Vivamente.) Miserable, ¿sostendrás que, sin quererlo, mataste á Bonifacio Cortés el de Tordehita?

JUAN PABLO

Diré...

TURPÍN

¿Y al hijo de Don Lope le mataste por juego?

LAURA

A ver... Explicación de esas muertes...

JUAN PABLO

(Con brío.) El hijo de Don Lope de Acuña, desairado en un baile por Celedonia Cienfuegos, tomó la cobarde venganza de desdorar el nombre de ella con mentirosas, con inmundas historias... Pues á ese monstruo, á ese sapo indecente le reté yo para darle muerte, y se la dí. Cien veces haría lo mismo.

LAURA

(Con espontáneo movimiento del ánimo.) Muy bien. (Corrigiéndose.) No, no... quiero decir... Se verá si es cierto lo que dice...

LA MARQUESA

¡Valiente y generoso!

MONEGRO

¿Pero dais crédito, señora, á las fábulas que cuenta?

LAURA

Dejadle seguir.

JUAN PABLO

A Bonifacio Cortés le maté en defensa propia, á consecuencia de un altercado que tuvimos en Valterra, por cuestiones... por cosas nuestras... cosas...

LAURA

Dilo más claro.

VALLEJO

¿A que no lo dice?

DON GUILLÉN

Cosas nuestras quiere decir: bebida, juego, mujeres... ¡Qué abominación! (Se persigna.)

LAURA

Se te castigará... ¡Ay! el origen de estos

desmanes es lo peor, Juan Pablo... Vino, juego, mozas... (A sus doncellas.) ¿Qué pensáis?

IRENE

¡Qué horror!

ROSAURA

¡Qué espanto!

DON GUILLÉN

Del vino no hay que decir nada malo. El juego es deplorable afición.

LA MARQUESA

Veo yo en este Cienfuegos un exceso, un sobrante de vida... No pudiendo emplearla en cosas grandes, la emplea en vulgares querellas, en juegos de azar, en amoríos pasajeros...

LAURA

(Dando vueltas á una idea.) ¡Vida exuberante!

DOÑA TERESA

Creo lo mismo.

LAURA

(Aparte á Doña Teresa y la Marquesa.) Mal reartida está en el mundo la riqueza vital.. La ue á éste le sobra, ¿por qué no se la quita

Dios para darla á los pobrecitos que tan poco tienen?

DOÑA TERESA

Porque el mundo, con ese bien medido reparto, tendría muy poca gracia.

LA MARQUESA

(Alto, con gracejo.) Resulta que no tiene el diablo por dónde desecharos, señor Cienfuegos.

MONEGRO

Es un disoluto sin ley. (Incitando á Don Guillén con la mirada á dar su opinión.)

DON GUILLÉN

(Con afectación de moralidad.) Un vicioso, un burlador de oficio, que se pasa la vida cortejando mujeres, sin reparar si son casadas ó doncellas.

LAURA

(Vivamente, sin darse cuenta de lo que dice.) Hace bien.

MONEGRO

(Pasmado.) ¡Pero la señora le disculpa!

LAURA

¿Para qué se dejan ellas engañar tan á lo bobo?

IRENE

(A Laura.) Pero los hombres no deben querer más que á una sola.

ROSAURA

A una sola, ¿verdad, señora?

LAURA

No, no: á muchas, á todas. (Alto.) Atención: ha llegado el momento de tratar el punto más grave.

TURPÍN

El atentado más inicuo...

IRENE

(Aparte, angustiada.) ¡Ay, Jesús! ahora van conmigo.

LAURA

El asalto de mi casa. Díganos qué honra quería robarnos esta noche el paladín salvaje... ¿Me dirás la verdad?

JUAN PABLO

La verdad pura. En este delito que me ha traído á vuestra presencia...

LAURA

(Con febril impaciencia, interrumpiéndole.) El objeto, la persona... la mujer.

JUAN PABLO

Irene, vuestra doncella, hija del señor Monegro.

LAURA

(Con gran pena y enojo.) ¡Oh, qué infamia!

IRENE

(Aterrada y en la mayor turbación.) ¡Perdón, señora!...

MONEGRO

(Consternado.) ¡Oh, qué oprobio!

LAURA

¡Quita, desleal! (Se incorpora. Su enojo le da una energía momentánea.) ¡Y tú, loco, profanar mi casa, robarme á la doncella que más amo!...

JUAN PABLO

Señora, no me habéis dejado concluir. En este delito no soy más que cómplice. Vine como aliado, como auxiliar de un amigo para mí muy querido, Reginaldo Díaz, que es el

que verdaderamente pena por esa linda moza; y de su grande amor, como del imprudente rigor del señor Monegro, nació la idea de arrebatarla...

LAURA

Reginaldo... (**Recordando.**) Hijo de un mayordomo antiguo de mi casa... (**Consolando á Irene que llora.**) Vaya, mujer, no llores. Confórmate con tu suerte. Tu padre ha determinado casarte con el mayorazgo de Valterra... Pero yo intentaré...

ROSAURA

(**A Irene.**) Pobrecilla, sosiégate... Todavía quién sabe si...

DOÑA TERESA

(**Aparte á Laura.**) ¿Qué me dices de esa historia?

LAURA

(**Aparte á Doña Teresa.**) Paréceme que no sabemos toda la verdad.

DOÑA TERESA

Lo mismo pienso yo. Pudo éste venir como aliado del otro; pero al propio tiempo, algún fin particularmente suyo traería.

LAURA

(Con grande aflicción, aparte, observando á la Marquesa, que se adelanta hacia Juan Pablo y habla con él.) ¡Oh, Dios mío, qué sospecha!...

LA MARQUESA

(Volviendo junto á Laura.) Prima, después de lo que hemos oído, la indulgencia se impone.

LAURA

(Severa.) Me sorprende que hables así. Tu indulgencia revela un juicio muy ligero.

LA MARQUESA

¿Pero no está bien claro?

LAURA

No. (A Juan Pablo.) Dime tú: ¿cómo es que te expusiste á peligro tan grande por el interés amoroso de un amigo? Aceptando como verdadero lo que cuentas de Irene y Reginaldo, queda la presunción de que además te han traído á mi casa otros móviles, otro sentimiento...

JUAN PABLO

¿Otro sentimiento, á más de la amistad?

Sí, señora, y bien claramente lo he manifestado.

MONEGRO

(Vivamente.) El odio, señora, el menosprecio de mi autoridad.

JUAN PABLO

Sólo digo á la señora que todos los aborrecimientos, todas las antipatías de sus vasallos contra el señor Monegro se condensan en una sola persona, en un solo corazón.

LAURA

En tí.

JUAN PABLO

(Con firmeza.) Sí, señora...

MONEGRO

(Descompuesto.) ¿Y aún vacila Vuestra Grandeza en castigar á este desalmado, insolente, azote del país?...

LAURA

(Con autoridad.) No vacilo, no. Sea el castigo ejemplar y pronto.

LA MARQUESA

Mira lo que haces...

DOÑA TERESA

Clemencia.

LAURA

No hay clemencia.

MONEGRO

Se proseguirá la causa, y sustanciados todos los cargos, se le aplicará la mayor pena.

LAURA

Sí, sí... Ahorcadle.

LA MARQUESA

¡Por Dios, Laura!...

VALLEJO

(A los guardas.) Aseguradle bien.

MONEGRO

A la cárcel, á la cárcel pronto.

LAURA

(Volviéndose rápidamente.) ¿A la cárcel decís?

MONEGRO

Naturalmente.

TURPÍN

Necesitamos tenerle bien seguro.

LAURA

Sois unos necios, y por vuestro descuido y vuestra imprevisión, la justicia es letra muerta en mis estados.

MONEGRO

¡Señora!

TURPÍN

¡Señora! **(Los dos simultáneamente.)**

LAURA

¿Pero no sabéis mejor que yo que la cárcel de mi corregimiento es de tal modo insegura que de ella se escapan todos los criminales?

DON GUILLÉN

(Aprobando.) Y ello es bien claro. **(A Juan Pablo.)** Dí tú: ¿cuántas veces te has escapado de la cárcel de Ruydíaz?

JUAN PABLO

Infinitas veces.

LAURA

¿Lo veis? (A Monegro.) Y á tí que eres la misma previsión ¿no se te ha ocurrido encerrarle en la torre vieja de éste mi castillo? (Señalando al fondo.)

MONEGRO

Cierto. En el aposento alto de la torre no hay evasión posible.

TURPÍN

Ni aunque fuera pájaro.

LAURA

No hay memoria de que burlara prisión tan estrecha ninguno de los traidores guardados en ella por los Condes de Ruydíaz.

MONEGRO

Es un sepulcro suspendido en los aires, sin respiro ni salida por parte alguna.

JUAN PABLO

(Fatigado.) Llevadme pronto á ese sepulcro del cielo.

MONEGRO

Llevadle... Voy también. Yo guardaré las llaves. (Los guardas rodean á Juan Pablo.)

TURPÍN

Allí estará el reo hasta que le saquemos para consumar la sentencia.

LA MARQUESA

Ya veis, caballero salvaje y diabólico, cómo se castigan vuestros desafueros. ¿Odiáis también á vuestra señora?

JUAN PABLO

No. Bendigo la mano que me hiere. (A Laura desde lejos.) Al morir, pediré á Dios que dé á Vuestra Grandeza días largos y felices.

LAURA

(Con profunda tristeza, disponiéndose á salir.) No me los dará. Dios me ha dejado de su mano, y á muerte me condena, como yo te condeno á tí... Pero mi muerte es peor que la tuya, porque tú has vivido, y yo... ¡ay! yo no sé lo que es vida.

MONEGRO

(A los guardas.) Llevadle ya.

DON GUILLÉN

(Aparte, mirando á Juan Pablo que también le mira.) Es hombre salvado. (La servidumbre que ha presenciado el juicio, va saliendo por la puerta grande de la derecha. Pónense en movimiento hacia el fondo los que conducen á Juan Pablo.)

MONEGRO

Esperad á que salga la señora. (Deteniénense. Doña Teresa pone el abrigo á Laura. Asístenla también sus doncellas, Irene sin dejar de llorar.)

LA MARQUESA

(Sosteniéndola.) Vamos... ¿Dormirás ahora? ¿Tienes sueño?

LAURA

No: esperaré el alba en mi ventana, leyendo en las estrellas.

DOÑA TERESA

(Acudiendo á sostenerla por el otro lado.) ¿Estás bien, niña querida?

LAURA

Sí: me siento muy bien. (Suéltase de las que la sostienen.) ¿No veis? Puedo andar sola. El interesante juicio me ha reanimado....

DON GUILLÉN

¡Feliz noche de San Juan! (Pasa al lado de Laura.)

LAURA

(Respirando fuerte.) Ha entrado en mí por los ojos, por el oído, por el aliento, mucha vida, mucha vida. (Toma la vuelta para dirigirse con su séquito á la puerta grande, derecha. Los del otro grupo se inclinan respetuosamente.)

TURPÍN

(Inclinándose al frente de la curia.) La justicia os saluda, gran señora.

JUAN PABLO

(Inclinándose.) Y el reo... también el reo.

LAURA

(Con reverencia de gran ceremonia, sostenida por la Marquesa.) Justicia y reo... buenas noches.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

LA PASTORELA

ACTO SEGUNDO

Jardín ante el palacio de Ruydíaz: la fachada de éste, grande, irregular, aparece al fondo; una de sus alas se extiende á la izquierda.

Componen el jardín en sus primeros términos setos ó *taillis* recortados, en dos tamaños: el de ciprés, de altura como de dos metros, y el de boj, de medio metro formando *parterre*, en cuyos compartimientos crecen arbustos y plantas diversas.

A izquierda y derecha dos pabellones de cortado ciprés, cuya entrada es invisible para el público. Dichos pabellones, abiertos por arriba, figuran en la representación de la Pastorela la *cabaña de Alcimna* y la *gruta de Liriope*. El seto ó *taillis* debe ser de la altura conveniente para que las señoras que están dentro puedan asomarse, subidas á una silla, mostrando el busto.

En cada uno de estos pabellones de arquitectura jardinera, un banco angular, de piedra, componiendo la decoración.

En el fondo amplia escalinata con artísticos jarrones y grupos de escultura. El foro derecha, en el arranque de la escalinata, ofrece paso franco para todas las salidas y entradas del parque y jardín. El foro izquierda conduce á las dependencias del palacio.

Corpulentos árboles extienden por lo alto sus ramas cubriendo toda la escena. Por entre el follaje se filtra la viva luz de un día sereno de Junio. Gran profusión de flores en platabandas, arbustos y enredaderas.

Una ó dos sillas rústicas, ligeras, para el servicio de la escena.

ESCENA PRIMERA

DOÑA TERESA, ROSAURA y CALIXTO, que vienen del palacio, trayendo objetos de tocador, y ropas de la Duquesa; DON GUILLÉN y LAINEZ hablando en el fondo.

DOÑA TERESA

(Señalando al pabellón de la derecha.) Ponedlo todo ahí, en esa rústica entrada del laberinto, que será la cabaña de Alcimna. Hoy quiere la señora que hagamos ensayo general de la Pastorela, y será en el propio escenario de este jardín, para que la imitación de la Naturaleza resulte perfectísima.

CALIXTO

(Orgulloso.) Y representamos con trajes.

DOÑA TERESA

Así lo dispuso Laura; y yo como autora lo apruebo. Juntaremos las dos poesías, el verso sonoro y la elegante ropa.

ROSAURA

¡Extraño capricho de la señora!

CALIXTO

¡Manía de lujo...!

ROSAURA

Presunción... Mas no entiendo...

DOÑA TERESA

(Maliciosa.) Yo, sí... ¿Sabéis por qué quiere la señora engalanarse?

ROSAURA

¿A ver? (Aproxímanse los dos con gran curiosidad.)

CALIXTO

¿A ver?

DOÑA TERESA

(Riendo.) Bobalicones: no puedo decíroslo.

ROSAURA

(Apartando ropas.) Esto es de mi señora. ¿A ónde va lo de la señora Marquesa?

DOÑA TERESA

(Señalando al pabellón de la izquierda.) Allí, que aquélla es la supuesta gruta de la ninfa Liriope. Irene puede salir vestida del palacio, ó vestirse aquí con Laura.

ROSAURA

Quiere la señora que en sus cabañas ó cuevas se vistan las pastoras. Todo ha de hacerse lo mismito que en el *Trajinon*...

DOÑA TERESA

Trianon, mujer. Habla con finura.

CALIXTO

(Que vuelve de llevar ropas al otro lado.) Que es al modo de una aldea de juguete para los señores Reyes de Francia.

DOÑA TERESA

Despachad pronto. Y tú, Calixto, ¿sabes ya tu papel?

CALIXTO

Como las propias rosas. Verá su merced (Recitando de carretilla): "Envídianme los mortales—de tu amor la inmensa dicha—¡Oh, Clori!..."

DOÑA TERESA

Más calor, hijo. Considera que estás locamente enamorado de la zagala Clori. Al nombrarla, debes hacerlo con cierto éxtasis, como si estuvieras comiendo una cosa muy dulce.

CALIXTO

(Con arrobamiento.) ¡Oh, Clori...!

LAINEZ

(Avanzando con Don Guillén.) Según eso, señor, á los comisionados de Peñalba les digo... (Secreteando.)

DON GUILLÉN

Que nos reuniremos esta tarde, y quedaremos de acuerdo.

LAINEZ

¿Punto de reunión?... Ello ha de ser con gran sigilo.

DON GUILLÉN

Déjame que lo piense. (Reflexiona.) En la Alquería... No, no: en el Monte. Nos haremos los encontradizos...

LAINEZ

Como si fuéramos de caza... Bien.

DOÑA TERESA

¿Y ese papel, Láinez, se domina ya?

LAINEZ

(Mostrando el papel.) Mascándolo estoy. Pero á fe que es durillo.

DOÑA TERESA

Dura es tu boca, que mis versos blandos son como la manteca.

DON GUILLÉN

Lo hará muy bien. Hace poco me dijo el monólogo...

DOÑA TERESA

Aprovecha, hijo, el rato que queda...

DON GUILLÉN

Anda, vete á estudiar.

LAINEZ

Estudiaré en la noria, que aquel llorar de los canjilones, con golpe de música ó verso, parece que ayuda; já... já... (Vase por el fondo.)

ESCENA II

Los mismos; TORIBIA, mujer de gran corpulencia, frescachona, vestida de aldeana.

TORIBIA

(Presurosa, por el fondo derecha, con dos cántaros de leche.) Aparten... hagan lugar.

CALIXTO

Ven aquí, cuerpo del cielo.

DOÑA TERESA

Tora, gracias á Dios.

ROSAURA

Vaya unas horas de traer la leche...

TORIBIA

(Á Doña Teresa.) Muesama perdone... yo sola ordeñando...

CALIXTO

Dame acá, que es tarde. (Le quita los cacharros y entra en el palacio.)

TORIBIA

¿Y mi ángel, se ha levantado?

ROSAURA

Sí; y espera su desayuno. (Don Guillén la lleva aparte requebrándola.)

DOÑA TERESA

(A Toribia.) Durmióse al amanecer, y con cuatro horitas de sueño tranquilo se nos ha despertado muy alegre.

TORIBIA

¡Cuerpo de San Antón! El alegría es la melecina mejor. ¡Pobre ternera de mi alma! Criéla á estos pechos, y con mi salud sacarla hube de la muerte... ¡Que no pudiera ogaño criarla otra vez, y darle toda esta enjundia que me sobra!

DOÑA TERESA

¡Ah, si pudieras!... ¡Pobre niña! Tú y yo somos las personas á quien más ama: á tí, porque le diste el néctar de la vida material; á mí, porque le dí la leche del conocimiento instructivo, de que se nutre el intelecto. (Reparando en las galanterías de Don Guillén.) Pero, Don Guillén, deje en paz á la doncella...

TORIBIA

Ea, voy á ver á mi ángel. (**Dirígese al palacio por la izquierda. Detiénela Monegro, que sale á punto.**)

ROSAURA

¡Está más empalagoso!...

DON GUILLÉN

¡Y tú más agria!... (**Vuelve Rosaura á su faena. Don Guillén y Doña Teresa hablan de la Pastorela.**)

ESCENA III

DON GUILLÉN, DOÑA TERESA, ROSAURA, TORIBIA, MONEGRO

MONEGRO

(**Aparte á Toribia, á la izquierda.**) La señora no va hoy á la alquería.

TORIBIA

¿Y vuesa merced?

MONEGRO

Tampoco. Tengo que visitar al mayorazgo de Valterra.

TORIBIA

¡Ah! Me han dicho... ¿Casáis á Irenita? (Siguen en voz baja.)

DON GUILLÉN

(Á Doña Teresa.) A todo atendéis, autora ilustre. Pero todavía no me habéis dicho cómo he de vestirme yo, intérprete del Sileno.

DOÑA TERESA

Aún se encontrará en la trastera un lindo casquete con cuernos de ganado cabrío, que se puso el señor Marqués de Tarfe en la función de *Semele Burlada*, que dimos aquí veinte años há.

DON GUILLÉN

(Indignado.) Yo me pondré todo lo que encuentre, menos ese tocado de cornamenta.

DOÑA TERESA

Os advierto que es dorada.

DON GUILLÉN

¿Dorada?... Ni aunque sea de oro puro con diamantes.

MONEGRO

(Aparte á Toribia.) Te encargo que observes bien á la gente que vaya hoy por la alquería. De fijo no faltará este bergante de Don Guillén.

TORIBIA

Irá: que allí tiene uno de sus puestos de bebida.

MONEGRO

Fíjate en lo que hablen... Vigílame también á las brujas.

TORIBIA

Bueno, señor. (Entra en el palacio.)

ESCENA IV

DON GUILLÉN, DOÑA TERESA, MONEGRO, ROSAURA; después CALIXTO

MONEGRO

(Á Don Guillén y á Doña Teresa.) No me cansaré de recomendaros que dispongáis todo este trajín de la Pastorela del modo más conforme al gusto de la señora...

DOÑA TERESA

Sí; que no hay farmacopea para su pobre alma como los esparcimientos que disipan la tristeza.

DON GUILLÉN

Ciertísimo.

MONEGRO

Así nos lo ha dicho el médico. Ya que no puede ser zagala, imite en lo posible la descansada y sabrosa vida pastoril, al aire libre. Creo yo que con exquisitos cuidados, podremos alargar sus días y hacerlos menos tristes... **(Examinando la parte del jardín que ha de ser escenario.)** ¿De modo que aquí...?

DON GUILLÉN

Esta es la cabaña de Alcimna; aquélla la gruta de Liriope... y al fondo... se divisa el templo de Venus. **(Continúa explicándole.)**

DOÑA TERESA

(A Rosaura.) ¿Y Laura se habrá desayunado ya? El tiempo vuela. Vete á ver...

CALIXTO

(En la escalinata.) La señora Marquesa quie-

re que su merced vea los figurines y escoja el peinado...

DOÑA TERESA

¡Ah! ya no me acordaba... Tengo que estar en todo... Vamos. (Vanse los tres al palacio.)

ESCENA V

DON GUILLÉN, MONEGRO

MONEGRO

(Con malicia.) Por de contado sabéis ya vuestro papel á maravilla.

DON GUILLÉN

Aún estoy algo inseguro.

MONEGRO

¡Inseguro un histrión tan perfecto!

DON GUILLÉN

Tengo buena memoria, cierta facilidad para expresar los afectos...

MONEGRO

(Con intención.) Ya lo sé: ya lo he visto; ya he podido enterarme de vuestra maestría.

DON GUILLÉN

Maestro vos... ¿Quién os iguala, magnífico señor de Monegro, en representar papeles de autoridad, opulencia y poderío?

MONEGRO

Tenéis razón... Maestro soy, aunque no en histrionismo. Obligado por mi cargo á imponer la ley, puedo ver y apreciar mejor que nadie la maldad de los hombres, sentir el acecho constante de la deslealtad y la traición. Esa es mi ciencia.

DON GUILLÉN

(Severo.) ¿Traición decís?

MONEGRO

En las alturas y en las profundidades de mi gobierno he aprendido á ver bajo las caretas de amigos, caras de desleales.

DON GUILLÉN

(Vivamente, con dignidad.) ¿Lo decís por mí? Hablad claro, y responderé como debo.

MONEGRO

(Conteniéndose.) Basta por hoy. Sea lo que fuere, ha de saber el señor Don Guillén que

mis descubrimientos no me quitan el sueño Y aquí me tenéis cada día más severo, más escrupuloso, exigiendo á plebeyos y nobles sumisión incondicional, disciplina, obediencia. (Con gesto de altanero despotismo.) Oidlo y entendedlo, señor Don Guillén de Berlanga. (Vase por el foro derecha.)

DON GUILLÉN

Oigo y entiendo, señor Don Soberbio, señor Don Hipócrita y señor Don Fatuo. ¿Quién más traidor que tú? ¿quién más refinado comediante?... Estatua de barro, tú caerás en tierra ó ya no hay vergüenza en el mundo.

ESCENA VI

DON GUILLÉN, ROSAURA, LAURA, IRENE, TORIBIA

ROSAURA

(Trae más objetos de tocador. Ve al entrar las gesticulaciones de Don Guillén y se ríe.) ¡Ay, señor Sileno, qué poseído está de su papel!

DON GUILLÉN

¡Oh, divina Rosaura!... estaba imploran- á los dioses inmortales... para que te ha- .n piadosa.

ROSAURA

Piadosa soy.

DON GUILLÉN

Pero no conmigo, que muero por tus hechizos... (Intentando abrazarla.)

ROSAURA

Suélteme, señor... disimule, que ya vienen... (Sale del palacio Toribia, trayendo á Laura abrazada; descienden la escalinata paso á paso, sostenida la Duquesa por la que fué su nodriza; detrás Irene, que trae los cacharros de leche vacíos. Vase Don Guillén por la izquierda.)

LAURA

(Riendo con infantil gozo.) ¡Ja, ja, ja!... Tora mía... Parece que no pasan años...

TORIBIA

Y que todavía eres mi adorada becerrita. (La conduce á una silla próxima al pabellón de la derecha.) Aquí te pongo.

LAURA

(Gozosa de verse al aire libre.) ¡Oh alegría de la mañana, oh hermosura de la vegetación, tibieza de ambiente, armonía de pájaros!...

Naturaleza, á tí me encomiendo. Sálvame, déjame vivir.

IRENE

Toma tus cacharros. **(Se los da á Toribia.)**

LAURA

(Contemplando el pabellón que figura su cabaña.) ¡Oh, mi linda cabaña! Mira, Tora, mira.

TORIBIA

¿Para el comiquicio de pastores? No trocara yo por esto mi alquería. Sol mío, ve pronto allá.

LAURA

Sí: otro día.

TORIBIA

Te hartarás de beber rica leche, dormirás tu siestecita en el establo, y luego retozarás con el ternero y los cabritillos.

LAURA

(Con infantil gozo.) Sí, sí.

TORIBIA

(Fijándose en los objetos de tocador, ropas, etc.) ¡Ay, ay, qué primores! ¿Y te pondrás todo eso?

LAURA

Sí que sí.

TORIBIA

Y estarás tan maja como aquellas princesas pintadas en tu comedor... que pastorean borregos blancos como la nieve.

LAURA

(Palmoteando.) Sí que sí. Otro día me verás.

TORIBIA

Sí que vendré. Adiós, mi gloria. **(La besa.)**

LAURA

(Besándola.) Este para tí; éste para el ternerillo.

TORIBIA.

Mi reina salada, adiós. Otro beso.

LAURA

Otro.

TORIBIA

Ya no más. ¡Hala que es tarde! **(Vase por el foro derecha.)**

LAURA

¿Y mi prima? ¿Sale ó no sale?

ROSAURA

Allá está con Doña Teresa revisando figurines y escogiendo adornos.

LAURA

Por Dios, que no se entretengan. Es media mañana.

ROSAURA

Voy... (Vase corriendo por el foro izquierda.)

ESCENA VII

LAURA, IRENE; Laura se sienta en una silla baja frente á la puerta de la gruta. Irene procede á peinarla.

LAURA

Para que todo sea en perfecta confianza con la Naturaleza, me peino en un rayo de sol.

IRENE

Como las gitanas.

LAURA

Y como las diosas, mujer. ¡Cuánto más bello es esto que las tapicerías de Gobelinos ó de Santa Bárbara!

IRENE

Y á este techo de ramaje fresco ¿qué artesonado se le compara?

LAURA

(Continuando un coloquio interrumpido.) Bueno: sigamos. Pues te decía que ya no puedo hacer nada por tí. Tu padre no cede: ha decidido casarte con el mayorazguito de Valterra, que, según dicen, es un poquitín cargado de espaldas, sin duda por el peso de las talegas.

IRENE

Con ellas se ahogue...

LAURA

Resígnate, mujer... Haz el gusto á tu padre...

IRENE

(Suspirando.) ¡Ay de mí triste!

LAURA

¡Pobrecilla! Llévalo con paciencia... ¡Y qué chasco nos dió á todos anoche Juan Pablo!... Creímos que era tu novio. (**Comienza Irene á arreglar el pelo de Laura. Esta se mira en un espejito de mano.**)

IRENE

¿Preparamos peinado á *la herisson* para sombrero?

LAURA

Sí: es el que usan las damas del Trianón en las representaciones pastoriles.

IRENE

Crea la señora como el Evangelio lo que Cienfuegos dijo de su amigo y de mí... Y en cuanto á él, en cuanto á Juan Pablo...

LAURA

(**Complacida, mirándose.**) Oh, muy bien... Sigue lo que estabas diciendo... que Juan Pablo...

IRENE

Que Juan Pablo, arriesgándose á entrar

en el castillo por cuenta de Reginaldo, venía también con algún negocio suyo... Ahora... el joyel...

LAURA

Tonta, otra vez pones delante de mí la idea de que mi prima... El joyel más arriba... ahí...

IRENE

Crea la señora que Juan Pablo es ambicioso en amores... Yo no lo invento: lo dice la fama de sus conquistas.

LAURA

¿Sabes que me atormenta lo indecible...? Esa idea... el suponer que mi prima... Es por el decoro de la familia... Por lo demás, ¿qué puede importarme?... Dime, ¿conocías tú á Juan Pablo?

IRENE

Una tarde, en la fiesta de Briluenga, le ví representar en una función que dieron allí. ¡Ay qué función, y qué galanamente la parlaba el hombre! No me acuerdo del título. Era cosa del Eco. **(Procede á pintarle las mejillas con una muñequilla.)**

LAURA

Eco y Narciso tal vez.

IRENE

Eso. Y Juan Pablo hacía el Don Narciso.

LAURA

(Mirándose al espejo.) ¡Ay, no me arreboles tanto! Parece que me pongo colorada, que me avergüenzo...

IRENE

(Empleando otra muñeca, limpia.) Bajaré un poquito...

LAURA

¿Dices que representaba bien?

IRENE

Anda, anda. Por Reginaldo sé que no hay otro más entendido en églogas y pastorales. Y sabe de memoria versos preciosísimos de Autos y Comedias. Oyéndole aquella tarde no teníamos manos para aplaudirle. **(Preparándose á ponerle lunares.)**

LAURA

Bien se le conoce que es listo... y también

poeta... Mira, no me llenes la cara de lunares. Ponme uno solo, uno y chiquito: pero que esté colocado con mucha gracia.

IRENE

(Poniendo el lunar.) Uno solo... Pues si la señora quiere...

LAURA

(Mirándose.) Está bien: te has lucido.

IRENE

... Si la señora quiere convencerse, mande que le pongan en libertad...

LAURA

(Aparentando severidad.) ¡En libertad! **(Con espontánea sonrisa descubre su pensamiento.)** ¡Tonta, qué cosas tienes!

IRENE

(Dando la última mano al arreglo de la cabeza.) Y que venga á representar con nosotras, sustituyendo á Láinez, que recita como un ceporro.

LAURA

(Picaresca.) Pues sí que tendría gracia.

IRENE

No se quedará poco asombrado cuando oiga declamar á la señora, cuando vea los ricos trajes...

LAURA

(Con vivo interés.) Dime la verdad. ¿Crees tú que estaré bien?

IRENE

¡Oh, admirable, divina!

LAURA

(Sonriendo.) ¿Sí...? (Con fingida severidad.) Pero no podrá vernos... He dispuesto castigarle severamente.

IRENE

Se le castiga después del ensayo. Y cuando represente, puede la señora observarle próximo á la señora Marquesa, y ver si en efecto...

LAURA

¿Y cómo he de tener yo valor, cuitada de mí, para una prueba semejante? (Levántase.) ¡Oh, Dios mío, qué turbación! La curiosidad

me quema, el temor me abrasa... ¡Oh, triste destino! (Llora.)

IRENE

¿Qué tiene la señora?

LAURA

Nada... cosas, tristezas mías, que yo sola entiendo. Privada de los goces de la vida real, procuro alegrarme con la fingida y mentirosa... Pero ¡ay! ni en la realidad ni en la ficción quiere Dios que mi pobre alma tenga paz... Me cambiaría por tí, ¿qué digo por tí? por la última de mis criadas, por cualquiera pastora de esas que andan descalzas, y comen un mendrugo de pan ablandado en el agua de los arroyos.

IRENE

Fuera de sus males, nada tiene la señora que sentir. ¿Qué le importa de nada ni de nadie?

LAURA

(Serenándose.) Tienes razón. Nada me importa... Procuremos divertirnos... nunca pensar, siempre reir. (Se sienta.)

ESCENA VIII

LAURA, IRENE, MONEGRO, TURPÍN por el foro.

LAURA

(**Con jovialidad algo triste.**) Adelante, ancianos de la Arcadia. Perdonad á esta pastorcilla que os reciba en la puerta de su cabaña humilde.

TURPÍN

Beso á Vuecencia las manos, celebrando verla tan gozosa.

MONEGRO

Es cuanto podemos desear.

LAURA

Señor sacerdote de Temis, desde que me he metido en estos trotes rústicos, y ando con mis ovejas de pradera en collado y de otero en monte, lo paso muy bien. Sentaos en esos troncos. (**Les señala el banco de piedra.**)

MONEGRO

Ya sabe la señora que marcho á Valterra...

IRENE

(Aparte.) ¡Jesús me valga!

LAURA

Bien.

MONEGRO

(Severo, mirando á Irene.) De hoy no pasa que dejemos arreglado un asuntillo...

LAURA

Ya...

MONEGRO

Y el amigo Turpín viene á deciros algo referente al prisionero...

TURPÍN

Hemos arreglado la cárcel tapando huecos y reforzando rejas. Está ahora que da gusto... Será conveniente que nos llevemos á Juan Pablo.

LAURA

¿No estará más seguro en la torre?

MONEGRO

Pero es prisión demasiado estrecha, tenebrosa...

LAURA

Disponlo tú. Yo no deseo más que ayudar á la justicia.

TURPÍN

¿Me le llevo?

MONEGRO

Opino que sí. Pero la traslación me impone cuidado. Esperad á mi regreso. (A Laura.) ¿No os parece bien?

LAURA

¡Oh, muy bien!

TURPÍN

En tanto, yo le tomaré declaración. Hemos descubierto esta mañana nuevos crímenes...

LAURA

¿Más crímenes? ¡Qué horror!

ESCENA IX

Los mismos; LA MARQUESA, DOÑA TERESA, que bajan por la escalinata, disputando, Doña Teresa trae figurines; la Marquesa su papel de la Pastorela.

LA MARQUESA

No, no; digo que no.

DOÑA TERESA

Tened presente, señora, que no sois pastora; sois ninfa.

LA MARQUESA

Soy Liriope, ninfa Oceánide, y por coquetear con Céfiro revoloteo día y noche en bosques y praderas... Pues quiere esta señora que me vista yo de tonelete hasta aquí, borceguíes... ¿y en la cabeza qué?

DOÑA TERESA

Un airoso morrión formado con rosas y plumas.

LA MARQUESA

¡Magnífico adefesio!

DOÑA TERESA

Pues, hija, es el traje de ninfa, propiamente de ninfa, según el uso elegante...

MONEGRO

(Zumbón.) De ritual.

LA MARQUESA

No, no: yo he visto en Versalles representaciones de comedias pastoriles y mitológicas. Usaban, sí, tonelete las ninfas que eran parte de mímica ó danza. Pero las damas que hacían papel declamado en prosa ó verso, vestían traje real de tragedia; y si eran diosas, llevaban por emblema de divinidad unas alitas de gasa engomada, puestas así...

LAURA

Estás en lo cierto. (A Irene.) Tráele el vestido de diosa, azul y oro.

DOÑA TERESA

Sea como gustéis. (A Irene.) Trae las alas, que también las hay. (Vase Irene. Pasa la Marquesa junto á Laura. Ésta le habla de que tratan de llevar á Juan Pablo á la cárcel.)

ESCENA X

Los mismos; DON GUILLÉN; después CHACÓN.

DON GUILLÉN

(Viene del palacio vestido con jubón de piel de tigre, calzón amarillo de seda, medias del mismo color. En la mano trae pámpanos.) Ea, ¿qué tal me va esta vestimenta?

LA MARQUESA

¡Oh, amigo Sileno, muy bien!

LAURA

¡Qué guapo, tío!

DOÑA TERESA

Con dudosa propiedad.

TURPÍN

Le faltan los pámpanos.

MONEGRO

Y el jarro de vino, que es el atributo...

DON GUILLÉN

En la escena de las bodas, caminito del templo de Venus, tengo que brindar con vino de Cerynnia.

MONEGRO

(Aparte á Turpín.) Se emborrachará en griego tan fácilmente como en castellano. (Pasa Don Guillén á la derecha de Doña Teresa, que tráta de adornarle con pámpanos. Él se opone.)

TURPÍN

(A Laura.) ¿Al fin decidimos...?

LAURA

Que permanezca en la torre.

MONEGRO

Hasta que yo vuelva... Si me dais licencia...

LAURA

¿Ya?

CHACÓN

(Por el foro derecha.) Señor, la jaca está ›nta.

MONEGRO

(Besando la mano á Laura.) Señora... **(Despídese de los demás con ademán urbano. Habla aparte con Chacón.)**

CHACÓN

Las llaves de la torre... ¿las doy al señor Turpín?

MONEGRO

Sí... No pierdas de vista á esta gente. Date unas vueltas por aquí de rato en rato. Y si ves que las señoras disponen algo que no te parezca bien, procura impedirlo. Yo vuelvo pronto.

CHACÓN

Descuide, señor. **(Vase Monegro por el foro derecha. Chacón permanece un rato en la puerta del palacio, observando. Después se retira.)**

ESCENA XI

LAURA, LA MARQUESA, DOÑA TERESA, TURPÍN, DON GUILLÉN; IRENE y ROSAURA con ropas y adornos para la Marquesa; después CHACÓN.

LA MARQUESA

Y yo ¿dónde me visto? ¿Cuál es la gruta de Liriope?

ROSAURA

Aquí, señora. (Condúcela al pabellón de la derecha y entran las dos en él.)

DON GUILLÉN

Voy por Láinez.

LAURA

(Deteniéndole.) Tío, aguarde un momento.

TURPÍN

(Queriendo retirarse.) Con vuestra licencia voy á tomar declaración al preso. (Hablan aparte Turpín y Don Guillén: éste interroga.)

LAURA

(Aparte á Irene.) Corre á ver si ha partido ya tu padre. (Vase Irene corriendo por el foro.)

DON GUILLÉN

(Colérico.) ¡Qué absurdo, qué crueldad!... ¿Pero sois capaz...? (A Laura.) Dice que si no confiesa los nuevos crímenes descubiertos hoy, se le dará tormento.

LAURA

Será preciso, sí...

DON GUILLÉN

¿Pero tú permites...?

IRENE

(Vuelve corriendo. Aparte á Laura.) Se ha ido... Ya está lejos.

LAURA

Pues sabed, señor Corregidor, señor tío, que noto en mí una cosa extraña...

LOS DOS

¿Qué?

LAURA

He observado que la crueldad y el rigor me prueban muy bien. (Irene corre al pabellón de la derecha á enterar á la Marquesa de lo que trama Laura.)

TURPÍN

¿De modo que Vuestra Grandeza aprueba el tormento?

LAURA

Sí; pero no seréis vos el encargado de aplicarlo.

TURPÍN

¿Pues...?

LAURA

El tormento se lo daremos... nosotras. (Gritando.) Clara, ven, apóyame...

LA MARQUESA

(Desde dentro.) Ya me ha enterado Irene. Estoy conforme. Para dar tormento ¿quién como las mujeres... nosotras? (Criados de ambos sexos se asoman por lo alto de la escalinata, junto al palacio.)

DON GUILLÉN

Nada más razonable.

TURPÍN

(Alarmadísimo.) Señoras, no hay bromas con la justicia.

LAURA

¿Que no? (Con suprema autoridad expresada con dulzura, conforme á su carácter.) Al instante, señor Corregidor Turpín, poned en libertad á Juan Pablo, y ordenadle que venga aquí.

TURPÍN

(Con un nudo en la garganta.) Tengo el sentiiento de manifestar á Vuecencia que no uede ser.

LAURA

Pues yo os digo que... puede ser... y será.

CHACÓN

(Acercándose respetuoso, pero decidido á no complacer á la señora.) Humildemente digo á Vuecencia que no podemos...

LAURA

¡Calla tú!... ¿Quién te ha llamado?

CHACÓN

Con perdón... yo... Pues... el señor Don Dámaso...

DON GUILLÉN

(Empujándole hacia el palacio.) ¡Fuera de aquí, mentecato!

LAURA

(A Turpín.) Por segunda vez os ordeno que ahora mismo franqueéis á Juan Pablo la salida de la torre.

LA MARQUESA

(Gritando en el interior de su pabellón.) Muy bien, Laura, muy bien.

LAURA

(Desfallecida del esfuerzo.) Venid todos en mi

ayuda. (A Turpín.) Necesitamos al señor de Cienfuegos para que nos haga el papel de Tesimandro...

DON GUILLÉN

Ya veis qué movil tan inocente.

DOÑA TERESA

Y que lo hará muy bien, á poquito que estudie.

LA MARQUESA

(Asomando por encima del seto cortado que forma el pabellón, cubiertos los hombros con un manto.) Pero, mujer, ¿así toleras que ese fantasmón te desobedezca? Yo lo arreglaría fácilmente.

LAURA

¿Cómo?

LA MARQUESA

Disponiendo que le mantearan ahora mismo. (A los criados que curiosean junto al palacio.) ¡Hola, coged al Corregidor y manteadle...!

TURPÍN

(Indignado.) ¡Mantearme á mí! ¡al representante de la justicia!

LAURA

No permito, señor Turpín, que os burléis de mí más tiempo...

TURPÍN

Cúmplase, señora, vuestro deseo, y entended que el Corregidor Turpín declina toda responsabilidad. Voy á obedeceros. **(Vase por el foro derecha.)**

LAURA

(A Don Guillén.) Tío, corred allá... no nos engañen...

DON GUILLÉN

No faltaría más. **(Vase corriendo tras de Turpín.)**

LA MARQUESA

(Asomada en lo alto, alza los brazos desnudos.) ¡Bien, Laura, bravísimo!... ¡Vítor por la mujer valiente y generosa!

DOÑA TERESA.

¡Viva... vivaaá! **(Repiten la exclamación los criados.)**

ESCENA XII

LAURA, LA MARQUESA, DOÑA TERESA, IRENE, ROSAURA; después CALIXTO

IRENE

(A Laura, notándola meditabunda y triste.) ¿Por qué tan triste ahora?

LAURA

¡Ay! porque no he podido ver la cara de Clarita cuando se convenció de que dábamos libertad á Cienfuegos.

IRENE

Pues yo la ví.

LAURA

(Con ansioso interés.) ¿Y qué expresaba?... ¿Qué leíste en sus ojos?

IRENE

Antes que hablaran sus ojos, habló su boca.

LAURA

¿Y te dijo...?

IRENE

Me dijo... así con satisfacción que le salía del alma: "¡Cuánto me alegro! Laura resucita."

LAURA

(Confusa.) ¡Que yo resucito!

IRENE

Y después: "Como la quiero tanto, estoy contentísima de verla vivir."

LAURA

¡Eso dijo...! Pues resucitemos, vivamos. (Entra Calixto vestido de pastor, muy elegante.)

DOÑA TERESA

Chiquillo, estás muy guapo. Tu vestido es el más propio.

CALIXTO

(Dándose tono.) Como dirigido por su merced. (Pónese á estudiar.)

IRENE

(Mirando al fondo.) Ya está libre, señora. Por allí viene con Don Guillén.

LAURA

(Asustada.) ¡Ay!... A vestirnos. (Entra rápidamente en la cabaña. Llama.) ¡Teresita! (Dirígese Irene al palacio. Aparecen por el fondo Juan Pablo y Don Guillén hablando.)

DOÑA TERESA

Voy. (A Calixto.) Repasa, repasa, hijo. Luego traerás para nosotros refrescos y vino blanco. (Entra en la cabaña.)

ESCENA XIII

Los mismos; JUAN PABLO, DON GUILLÉN

JUAN PABLO

¡Bendita sea mil veces la deidad magnánima!... Quiero decirle... (Ignorando la situación de las damas, dirígese al pabellón de la derecha.) Gran señora, creed que mi gratitud durará tanto como mi vida...

LAURA

(Asomada por encima del cortado ciprés.) ¡Si es aquí... tonto!... Tesimandro: aquí estoy...

DON GUILLÉN

Allí, hombre. (Calixto se retira al fondo, estudiando.)

JUAN PABLO

Perdonadme, señora: no sabía... Mi gratitud será eterna. Vuestra grande alma es como el sol que todo lo ilumina.

LAURA

¡Oh, qué galán!... No cantes victoria. Te he dado libertad por corto tiempo... Y has de prometerme que no te escaparás... ¡Cuidado!

JUAN PABLO

No temáis, señora, que yo sea indigno de vuestra generosidad.

LAURA

Bien, Tesimandro. Darás una pasadita á tu papel.

DON GUILLÉN

(Llevándole al centro de la escena.) De eso me encargo.

LAURA

Sigo vistiéndome. (Desaparece. Pasa Rosaura del pabellón de la izquierda al de la derecha.)

JUAN PABLO

(Aparte con Don Guillén.) Estoy en ascuas.

DON GUILLÉN

No temas. Láinez es de toda mi confianza.

JUAN PABLO

¿Respondéis de que el mensaje que lleva á los pastores del Toral será entregado puntualmente?

DON GUILLÉN

Respondo.

JUAN PABLO

Mirad que se trata de una jugarreta que mortificará horriblemente al enemigo.

DON GUILLÉN

Más le hará rabiar la que le preparan los vasallos de Ruydíaz, decididos á sacudir el yugo monegrista.

JUAN PABLO

Y que no se pararán en barras.

DON GUILLÉN

Pero aún no sabes que la Duquesa de Carmona, tía de Laura, favorece la insurrección.

JUAN PABLO.

Esa señora Duquesa ¿no es la forzosa heredera de los estados de Ruydíaz?

DON GUILLÉN

Cierto... y detesta á Monegro tanto como nosotros.

JUAN PABLO

¿Y ofrece su apoyo á los vasallos descontentos?

DON GUILLÉN

Ofrece y da cuanto se necesite, dinero inclusive. Si al fin recobras tu libertad, como creo, ayudarás...

JUAN PABLO

No se cuente conmigo. No pretenden los de Peñalba más que quitar un tirano para poner otro.

LAURA

(Asomándose por lo alto del pabellón.) ¿Pero estudiáis de verdad, ó estáis hablando de lo que á nadie importa? ¿De qué habláis?...

JUAN PABLO

(Mostrando el papel.) ¡Si estudio...!

DON GUILLÉN

Le entero del argumento.

LAURA

Bueno. Prontito salgo. (Desaparece.)

LA MARQUESA

(Asomándose por detrás de la gruta, cubierto el seno con el crespón.) Señor Don Guillén, señor caballero selvático y diabólico...

JUAN PABLO

¿Qué?

DON GUILLÉN

¿Qué manda la ninfa? (Los dos simultáneamente.)

LA MARQUESA

Me tienen aquí abandonadita. Hace un siglo que fué Rosaura á la cabaña de Alcimna por un poco de follaje de adorno...

DON GUILLÉN

¿Os sirve el pámpano? (Dirígese á la gruta. Juan Pablo se pone á leer su papel. Calixto entra en el palacio.)

LA MARQUESA

(Sacando el brazo.) Dádmelo. (Rechazando á Don Guillén, que quiere colarse adentro.) Pero no entréis, no...

DON GUILLÉN

Seré vuestra doncella...

LA MARQUESA

(Chillando.) Atrás, caballero impúdico. Respetad á una ninfa que no ha concluído de vestirse. (Sale Laura completamente vestida. Tras ella, Doña Teresa arreglándole los pliegues del vestido. Sale Rosaura y pasa al pabellón de la izquierda. Detiénela Don Guillén en la puerta, requebrándola.)

JUAN PABLO

(Acercándose á Laura con respetuosa galantería.) Si antes saludé á Vuecencia agradecido, ahora la saludo deslumbrado.

LAURA

No adules. (Don Guillén, luego que ha entrado Rosaura en el pabellón, se sube al banco, y por encima del seto bromea con la Marquesa y con Rosaura.)

DOÑA TERESA

(Por Laura.) ¿Verdad que está preciosa?

JUAN PABLO

Nunca humanos ojos vieron pastora tan elegante.

LAURA

No te burles de mí. (Con tristeza.) Bien sé yo que en este cañamazo de mi pobre naturaleza no hay arte que pueda bordar la hermosura. (Doña Teresa entra en el pabellón en busca del sombrero y cayado.)

JUAN PABLO

La bordan los ojos que os miran.

LAURA

¡Tonto! Te deslumbra esta carne de trapo con que visto mi pobre esqueleto. (Afligida.) ¡Oh, no valgo para nada, no soy nadie! (Se siente desfallecida y cierra los ojos.)

DOÑA TERESA

(Que ha salido con el sombrero y cayado.) ¿Estás mal?

JUAN PABLO

(Acercándose condolido.) Señora... (Vuelve Calixto con refrescos y licores.)

DOÑA TERESA

Te habrás apretado mucho la cotilla?

LAURA

No, no. (Rehaciéndose.) No es nada. Mi voluntad podrá más que esta legión de diablillos que han hecho su nido en mis entrañas.

DON GUILLÉN

Trae aquí, Calixto. (Bebe vino Don Guillén y luego ofrece una copa á la Marquesa por encima del muro verde.)

LAURA

Pues sí: no hay en el mundo criatura más digna de lástima.

JUAN PABLO

Permitid á los que nada son ante vos que conviertan esa lástima en admiración.

LAURA

Admiración ¿de qué? (Risueña.)

JUAN PABLO

De un conjunto de nobleza, de dulzura y espiritual donaire que más encanta cuanto más se mira.

LAURA

(Riendo.) ¡Embustero! Si no merecieras la prisión por escandalizar en mis estados, la

merecerías por farsante, adulador. **(Oprimiéndose el costado izquierdo.)** ¿Ves, ves? Por hacerme reir, ya me duele.

DOÑA TERESA

(Acudiendo solícita.) ¿Dónde?

LAURA

Aquí... en el corazón. Una punzadita...

DOÑA TERESA

No es nada. Ya pasó. **(La besa.)**

LAURA

Ya estoy bien... Ahora, el sombrero...

DOÑA TERESA

Vamos allá. **(Se lo pone.)**

LAURA

Así... muy bien. Dame el espejo. **(A Juan Pablo.)** ¿Qué tal?

JUAN PABLO

(Con sincero encomio.) Si preguntáis al espejo, dejad que calle mi admiración.

LAURA

(Rechazando el espejo.) No lo necesito. (Gozosa.) Ahora, señor conceptista, tened la dignación de adornár mi cayado. (Se lo da.)

JUAN PABLO

(Tomando el lazo que le da Doña Teresa.) El lazo aquí... ¿Cuántas rosas le pongo?

LAURA

Tú sabrás... Si eres lego en adornos, ¿para qué te encargas...?

DOÑA TERESA

Ponle dos... ó tres si es tu gusto.

JUAN PABLO

(Cogiendo las rosas.) Veamos. (Sale de su pabellón la Marquesa elegantemente vestida. En la mano, las alas. En el tocado, adorno de plumas. El cayado termina también en plumas muy sutiles.)

LA MARQUESA

Paso á la ninfa Liriope, hija de Júpiter.

LAURA

(A Juan Pablo.) Ahí tienes la verdadera hermosura.

JUAN PABLO

(Sin atender más que al adorno del cayado que pone en manos de Laura.) Tomad vuestro cayado, reina incomparable de la fiesta.

LA MARQUESA

¿Y quién me pone á mí estas alas?

DOÑA TERESA

Yo... Ayúdeme el buen Sileno. (Colocan las alas á la ninfa asegurándolas con alfileres. Sale Irene vestida con traje semejante al de Laura, pero menos lujoso.)

DON GUILLÉN

Manos á la obra.

LAURA

Bien, Irene. ¡Ay, si te viera el jorobadito de Valterra!

DON GUILLÉN

(A la Marquesa, aseguradas las alas.) Ea, ya podéis volar.

DOÑA TERESA

¿Están tòdos? A empezar.

LAURA

(A la Marquesa.) Vaya, que no estamos mal.

LA MARQUESA

(Con admiración sincera.) Tú como ninguna. No cabe mayor elegancia, ni gusto más exquisito.

DOÑA TERESA

Cada cual á su sitio. (A la Marquesa.) Se supone que vos aparecéis volando.

LA MARQUESA

Ya estoy en ello, ya.

DOÑA TERESA

(A Laura.) Tú sales de la cabaña con tu ganado.

LAURA

(Imitando el balido de las ovejas.) ¡Me...! ¡me...!

DOÑA TERESA

(A Irene y Calixto.) Vosotros entráis en escena por un bosquecillo... por allí. (Les indica el segundo término, derecha.)

JUAN PABLO

¿Y yo por dónde aparezco?

LAURA

Tú, que también aquí eres un poco sal-

vaje, aunque no caballero, bajas de un monte en el cual has dejado tus ovejas.

DON GUILLÉN

(Llevándole consigo.) Yo le indicaré... Mírame ya prevenido de copa y ánfora. (Le muestra estos objetos.)

DOÑA TERESA

(A Laura.) ¿Te sientes bien ahora?

LAURA

Tan bien, que por milagro de Dios han desaparecido todos mis males... Cuídate de apuntar á Tesimandro.

DOÑA TERESA

Descuida... Vamos: Laura y Clarita, prevenidas... A las tres palmadas. (Dándolas.) Una, dos, tres.

LAURA

(Se adelanta desde su cabaña, y declama con sentida entonación.) ¿Habrá sér más desgraciado—que esta mujer sin ventura?—¿Quién ha sentido tortura—mayor en su enamorado—corazón, que el espantoso—padecer de aqueste mío,—hoy de lágrimas un río—turbulento, caudaloso?—Corred, perlas de mis ojos,—

corred á contar mis penas—á los tigres y á las hienas—del monte entre los abrojos.—Auras, ríos, aves, flores—que mi dolor contempláis,—¿cómo ingratos no lloráis—de mi suerte los rigores?—Con roncos murmullos graves—ó con cantos de ternura—lamentad mi desventura,—ríos, auras, flores, aves.

LA MARQUESA

¿Por qué afán ó desconsuelo—de amor se entristece y llora—la más gallarda pastora—que vió la Arcadia en su suelo?

LAURA

¡Oh prodigio, oh visión pura!—Cruzáis el cielo anchuroso—volando...

LA MARQUESA

Y aquí me poso.

LAURA

Sois...

DOÑA TERESA

(**Interrumpiendo para corregirla.**) Más viva expresión de asombro al ver que ha venido por los aires.

LAURA

(Repitiendo, con énfasis.) Cruzáis el cielo anchuroso—volando...

LA MARQUESA

(Con gracioso ademán imitando á un ave que se posa.) Y aquí me poso. (Doña Teresa aprueba con un gesto.)

LAURA

Sois celestial criatura—nacida en la cima etérea—del Olimpo, en claro día.

LA MARQUESA

Soy Liriope...

LAURA

¡Oh, diosa mía!

LA MARQUESA

Ninfa terrenal y aérea.

DOÑA TERESA

(Elogiando el tonillo y gesto de la dama.) Muy bien.

LA MARQUESA

Hoy en mi gruta apacible,—luego en los aires, oí—tus quejas. Ansia sentí—de consolarte...

LAURA

Imposible.—Sabed que mi pecho irradia —fuego de potente amor—por... (**Se turba, se corta, no sabe seguir.**)

DOÑA TERESA

Sigue... ¿Qué te pasa...? Acaba el verso.

LAURA

(**Con infantil temor, bajando los ojos.**) Me da vergüenza.

DOÑA TERESA

¡Ay, qué mimo! Sigue. (**Apuntándole.**) "Por Tesimandro...„

LAURA

(**Rebelándose.**) Mira, Teresita: esta cuarteta es muy descarada. Además, no me gusta, ya te lo dije, eso de *mi pecho irradia.*

LA MARQUESA

Tontuela, es la rima... Dí otra vez el verso.

DOÑA TERESA

(**Sustituyendo á Laura, que enmudece.**) "Sabed que mi pecho irradia—fuego de potente amor—por Tesimandro...

LA MARQUESA

El pastor—más discreto de la Arcadia...
¿Ves qué bonito? *irradia* y *Arcadia*.

DOÑA TERESA

¡Linda y sonora música! Adelante.

LAURA

Sí, sí: seguid la escena.

LA MARQUESA

(Llevándola á la derecha.) Y nosotras nos vamos á tu cabaña.

LAURA

(Recordando.) Donde yo te convido á cuajada y requesón...

LA MARQUESA

Y á leche fresca. Se supone que ordeñas tus ovejitas...

DOÑA TERESA

(Dando la salida de los otros.) Irene, Calixto... Don Guillén.

IRENE

(Declamando.) Nuestra unión, ¡oh Nemoroso—gentil! los dioses bendigan.

CALIXTO

Envídianme los mortales—de tu amor la inmensa dicha,—¡oh Clori!...

DON GUILLÉN

(Llenando la copa.) Al templo, al altar.—Casaos más que de prisa—y de paso echad un trago;—que en esta existencia insípida—que nos dió mi padre Jove,—no hay más que dos cosas dignas—de ser gozadas: amor—y vino, y las más lucidas—plantas de la creación—son la mujer y la viña.—(En éxtasis.) Brazos de mujer amante,—pámpanos de vid fructífera,—enlazadme, dadme sombra,—dulce embriaguez infinita. (Bebe.)

IRENE

(Mirando á la cabaña.) Alcimna...

LAURA

(En actitud llorosa.) Dejadme...

DON GUILLÉN

¿Aún lloras—al zagalón?...

IRENE

☛ Dulce amiga—ven á compartir mi gozo.

LAURA

(Displicente.) Dejadme, os digo.

DON GUILLÉN

¡Ay, qué arisca—y qué dengosa se ha vuelto—la galana pastorcita!—Mis amores te ofrecí,—y menospreciaste esquiva—del noble y gentil Sileno—las regaladas caricias.

LAURA

Sigue, ¡oh borracho! á los novios,—y deja á la triste Alcimna—entregada á su dolor...

DON GUILLÉN

¡Ay qué remilgada niña!—Agur... Mira; éstos se casan,—y tú, al fin, muerta de envidia,—vestirás de Juno y Palas—las imágenes benditas.

IRENE

¡Al templo!...

CALIXTO

¡Al amor!... ¡al cielo!

DON GUILLÉN

¡Al mundo! ¡Viva la vida!

LAURA

(Imponiendo silencio.) Basta. Saltemos esto, y también la segunda aparición de Liriope en los aires.

LA MARQUESA

¿De modo que no aparezco?

DOÑA TERESA

(Contrariada.) Hija, es mucho saltar...

LA MARQUESA

(Comprendiendo.) Vamos, quiere llegar pronto á la salida de Tesimandro.

DOÑA TERESA

Pero...

LAURA

Sí, Teresita... Tengo vivísima curiosidad por oirle el parlamento de la declaración.

DOÑA TERESA

¡Ay, Dios mío...!

JUAN PABLO

¿De modo que ya salgo...? Apenas he leído mi papel...

LAURA

No importa. A ver, á ver. (A la Marquesa.) Me figuro que lo hará bastante mal. (Avanza Juan Pablo.)

DOÑA TERESA

(Cogiéndole por un brazo.) Llegas por allí muy respetuoso y te arrodillas...

JUAN PABLO

Me arrodillo... (Se arrodilla ante Laura. Doña Teresa le apunta. Él repite muy torpemente. Óyense las dos voces.) Recibe, Alcimna bella, el homenaje—de un tierno corazón. Airado, inquieto,—con esquivez insana,—tu trato rechacé—porque el secreto—conocí de tu estirpe soberana.—Yo ví, oh pastora, tu mortal belleza... (Vivamente, mandando á Doña Teresa que no le apunte.) Ya sé, ya sé: dejadme solo. "Miré, señora, la ideal belleza...„

DOÑA TERESA

(Apuntando.) "Tu mortal belleza.„

LAURA

Déjale.

JUAN PABLO

(Ante Laura, con inspirado y fogoso acento, y feliz memoria.) "Miré, señora, la ideal belleza,—

guiándome el amor por vagarosas—sendas de nueve cielos. (Laura le oye embelesada é impone silencio á los que le interrumpen.) Y absorto en su grandeza,—las ejemplares formas de las cosas—bajé á mirar en los humanos velos.—Y en la vuestra sensible—contemplé la divina inteligible;—y viendo que conforma—tanto el retrato á su divina forma, —amé vuestra hermosura,—imagen de la luz divina y pura,—haciendo cuando os veo—que pueda la razón más que el deseo; —que si por ella sola me gobierno,—amor que todo es alma, será eterno.„

LAURA

(Con grande admiración.) ¡Oh, qué hermosura! ¿Son tuyos esos versos?

JUAN PABLO

Demasiado bellos para ser míos.

LAURA

La adoración de la ideal belleza. ¿Qué dices, Teresita? (Repitiendo.) "Amor que todo es alma, será eterno.„

JUAN PABLO

Son versos de Lope. (Óyese rumor lejano de voces.)

DOÑA TERESA

De Lope son los versos; pero la idéa es del divino Platón.

LAURA

"Contemplé la divina inteligible...„

JUAN PABLO

"En la vuestra sensible...„ en vuestra humana forma.

LA MARQUESA

Pido que se agreguen á la obra estos versos.

LAURA

Se agregarán... ya están agregados.

DON GUILLÉN

Nuestra discreta poetisa no repugnará tener por colaboradores á Lope y á Platón.

DOÑA TERESA

(Protestando.) ¡Pero si no hay ninguna concordancia...!

LAURA

Hay más de la que tú crees, Teresita.
yese rumor más próximo.)

DON GUILLÉN

(Mirando hacia el foro.) ¿Qué es eso?

LAURA

(Recitando abstraída. Juan Pablo le apunta.) "Y viendo que conforma—tanto el retrato á su divina forma...„

LA MARQUESA

¿Pero qué ocurre? (Los rumores son tan intensos que apagan las voces de la escena.)

ANDRÉS (el Maestresala).

(Presuroso por el foro.) Señora, señora: los pastores del Toral en gran tumulto llegan al castillo... Quieren á todo trance ver á Vuecencia. (Movimiento y alarma de criados por derecha y foro.)

LA MARQUESA

(Á Andrés.) ¡Oh, ten cuidado...! No permitas...

LAURA

(Asustada.) ¿Pero qué gente es esa?

JUAN PABLO

Nada temáis, señora. Son los infelices

despedidos por Monegro. Vienen á implorar vuestra misericordia...

LAURA

¿Á mí?

JUAN PABLO

Á vos, que sois su soberana...

LAURA

¿Nos harán daño?

JUAN PABLO

¡Oh! no: estad tranquila. Tienen hambre. Dadles de comer y acogedles con piedad. (Invaden la escena por el fondo y por la derecha gran número de rústicos, de aspecto cerril, con zahones, pellizas, albarcas y peales. Delante vienen como cabezas de motín los más atrevidos. Al verse entre personas tan bien vestidas, quédanse como espantados. Entre ellos vienen dos niños.)

DON GUILLÉN

Nada temas.

ESCENA XIV

Los mismos; BELARDO, pastores y rústicos.

LAURA

¿Pero qué es esto?

IRENE

¡Jesús, qué fachas!

ROSAURA

Son como animales.

JUAN PABLO

Son, señora, los pastores de verdad, que ante los figurados vienen á pediros piedad y justicia. **(Laura ha pasado á la izquierda. Don Guillén le acerca una silla. Se sienta. Detrás Doña Teresa; la Marquesa más al fondo, cerca de los pastores. Belardo, viéndola tan maja, se arrodilla ante ella.)**

LA MARQUESA

No soy yo vuestra señora: es aquélla...

DON GUILLÉN

Ésta. No temas, Laura.

DOÑA TERESA

¡Desgraciados! Acógeles con benevolencia.

LAURA

Aquí estoy, pastores. ¿Qué queréis? (Belardo y los demás permanecen mudos de respeto.)

JUAN PABLO

Hablad sin miedo. La señora Duquesa, siempre magnánima, os permite llegar á su presencia y exponerle vuestras quejas. (Belardo y los más próximos se arrodillan.)

BELARDO

Pues uyid, gran señora. Venimos á tu majestad sacratisma pa decirvos que pues ende sois muestra madre... (Ríen los criados.)

LAURA

No riáis: su madre soy, y ellos mis queridos hijos, y obligada estoy á mirar por su bien.

BELARDO

(Besando el suelo.) Pues veinos aquí omildes, gran madre, y que mus perentendemos ante vuestra señoranza... por... Perdone su alteza, que deslumbrados por sus ojos lindos,

que cual los de la Virgen echan rayos de amor, se mus corta el respiro, y no puemos habrar...

JUAN PABLO

La turbación les impide explicarse. Decidle: "Señora: somos los que apacentaban los rebaños de Vuecencia en el Toral. De padres á hijos, venía perpetuándose en nuestra casta el pastoreo de Ruydíaz: nuestros padres y abuelos á los vuestros sirvieron lealmente. Somos los más fieles, los más sufridos vasallos del señorío. Como á Dios, amamos al señorío, y á vos que ahora le representáis, os adoramos como á nuestra divina reina.„

LAURA

(Con grande emoción.) Y yo á vosotros os quiero también, criados míos muy amados, y como á parte de mi familia os considero.

BELARDO

¡Oh, reina santisma!

JUAN PABLO

Acabad diciéndole: "El señor Monegro, por dar colocación á paniaguados y advenedizos, quiso despacharnos sin ruido, y al efecto nos mermó nuestra soldada, y las ho-

gazas que por costumbre antiquísima de la casa, nos correspondían. Era su objeto mortificarnos y aburrirnos para que nos despidiéramos, evitándole la mengua de arrojarnos. Pero viendo que nos resignábamos por querencia de la casa, nos lanzó inicuamente, y no hallando acomodo, hemos vivido en el monte, como fieras.„ Dicho esto, pedidle perdón por los desacatos que cometistéis, movidos de la desesperación y el hambre, y rogadle que ós vuelva á su gracia y al servicio de sus estados.

PASTORES

Sí, sí... eso pedimos.

LAURA

(Llorosa.) Vuestras desgracias me conmueven. Mi corazón no puede negaros lo que tan humildemente pedís. Deseo que nadie padezca en mis estados, y que los fieles servidores, hijos de los que sirvieron á mis padres, tengan en mi casa el pan de cada día para sí y para sus hijos.

PASTORES

(En coro, con inocente alborozo.) ¡Viva...! ¡Hurriallá!...

LAURA

¿Esos pastores pequeñitos son vuestros hijos? Traédmelos acá: quiero abrazarlos.

JUAN PABLO

(Conduciendo á los pastorcillos.) Id á besar la mano de vuestra bienhechora. (Laura acoge á los niños; los abraza y besa muy conmovida.)

BELARDO

¡Oh, divina señora y reina!

JUAN PABLO

Ya sabéis que la Duquesa os admite de nuevo á su servicio. Decidle que estáis muy agradecidos y que nada teméis ya del señor Monegro, el cual es tan criado como vosotros...

PASTORES

¡Viva...! ¡Hurriallá!

LAURA

¡Oh, Teresita de mi alma, qué bien me siento después de consolar á los tristes! (Belardo y los más próximos le besan la mano. Otros se fijan en la Marquesa, que habla con ellos.)

PASTOR 1.°

☛ Miá, miá... aquesta es la reina sigunda, dimpués de la reina muestra señora.

PASTOR 2.°

Ha vinío ancá de otro reino de la Francia.

PASTOR 3.°

Cátala por ditrás, que tié alas.

PASTOR 1.°

Vola, vola.

PASTOR 4.°

(En otro grupo, asombrados del estilo del jardín.) Miá el arbóle, con tijeras repelao...

BELARDO

Y quellotros como paderes mesmamente.

PASTOR 1.°

(Por Irene.) ¡Y estotra, qué maja!

PASTOR 2.°

Es la principesa canticadora.

PASTOR 3.°

No cantica, bruto, sino que hace comicación al auto.

PASTOR 4.°

¿Y aquel caballero tan polido con pelliza berrenda?

BELARDO

Mía fe, que es don *Gillén*, el cazaor...

PASTOR 1.°

Mía fe, que sí.

PASTOR 2.°

(Por Doña Teresa.) ¿Pos anquillotra de las tocas pretas que paiz Santi Mónica?

PASTOR 3.°

(Por Calixto.) ¡Hao!... miá éste. Así Dios me vala, que es Calixto, el de Mari-Minga.

CALIXTO

(Dejándose sobar la ropa.) Sí que soy Calixto, para servirles.

PASTOR 4.°

Gentil estás, mía fe.

BELARDO

¿Quién te conoce, hi de tal? 

LAURA

Bien, hijos míos. (A Don Guillén.) Dadles de comer... Que coman todo lo que quieran, y que llenen los zurrones para llevar cuanto puedan á sus mujeres y á sus hijos.

JUAN PABLO

Ya podéis retiraros. Vais á comer.

DON GUILLÉN

(Conduciéndoles.) Venid. (Van desfilando hacia el foro derecha. Va con ellos Calixto.)

ESCENA XV

Los mismos; MONEGRO, CHACÓN, que entran cuando salen los Pastores.

MONEGRO

(Con estupor y cólera.) Necesito verlo para ...erlo. ¡Tal gentuza en vuestra presencia, ...iora! ¡Y habéis dado libertad á ese hom- ...!

LAURA

(Con voz ahogada.) Sí... Yo...

JUAN PABLO

La señora Duquesa tuvo la dignación de concederme un rato libertad...

LA MARQUESA

Temporal no más.

MONEGRO

(A Laura.) Permitidme deciros que cuanto habéis dispuesto en mi ausencia, es contrario á la dignidad de la casa.

LAURA

(Recobrado el aliento.) Y yo te digo que cuanto he dispuesto en tu ausencia... (Aparte á la Marquesa.) ¡Por Dios, no te apartes de mí! Sola no puedo... (Alto.) Pues cuanto en tu ausencia dispuse... ha sido inmensamente favorable á mi salud.

MONEGRO

Lo celebro...

LAURA

(Llamando á sí á Doña Teresa y á la Marquesa para rodearse de amigos.) Aprueba sin vacilar todo

lo hecho por mí. Yo... lo quiero; yo... lo mando.

MONEGRO

☞ Señora, vuestro buen corazón es vuestro mayor enemigo.

LAURA

Déjame, déjame el único consuelo de mi alma solitaria: remediar todos los infortunios... que no veo, que no me dejáis ver, y que son, ¡ay! inferiores á los míos. Yo, la primer desdichada, quiero dar á los demás la felicidad... que no tengo. ☜

MONEGRO

Está bien, señora... Pero me veo precisado á quitaros una de vuestras actrices. (Reclamando á Irene.)

IRENE

(Desolada.) La Santísima Virgen me ampare.

MONEGRO

Irene debe trasladarse ahora mismo á casa de mi hermana, donde están el mayorazgo de Valterra y su heredero, que conmigo han venido.

LAURA

¡Ah, pobre Irene! (La besa.)

ROSAURA

(Besándola.) Amiga querida, resígnate.

DOÑA TERESA

Piénsalo, mujer, y verás que es buena boda.

MONEGRO

(Cogiendo á Irene de la mano.) Ven, hija mía. (Aparte á Chacón.) No te muevas de aquí, y observa... (Chacón se retira á la izquierda, y observa oculto tras el pabellón de Liriope. Monegro y su hija se alejan hacia el fondo, seguidos de Rosaura y otras criadas que consuelan y besuquean á Irene. Laura se retira á la derecha, con la Marquesa y Doña Teresa. Juan Pablo permanece en el centro.)

LA MARQUESA

Siéntate aquí, en la puertecita de tu gruta.

LAURA

(Se sienta.) Tesimandro, no vayas á creerte en libertad definitiva.

LA MARQUESA

¿Y por qué no, si tú así lo deseas?

LAURA

(A Juan Pablo.) La ideal belleza, como tú me llamas, ¡qué risa! la imagen de la luz divina y pura, se ve precisada ¡oh desdicha de las luces ideales! á volver á encerrarte. La primera luz del universo, y la más ideal cosa, es la justicia.

JUAN PABLO

Y ser vuestro prisionero, en la torre ó en la cárcel, mi mayor gloria.

ESCENA XVI

Los mismos; DON GUILLÉN

DON GUILLÉN

Comiendo están los pobres... Locos de alegría.

PASTORES

(Dentro.) ¡Hurriallá...!

DON GUILLÉN

(Aparte á Juan Pablo.) Prepárate para cualquier infamia de Monegro.

JUAN PABLO

Preparado estoy. (Siguen hablando en voz baja.)

LA MARQUESA

(A Laura.) Tu resurrección es mi mayor gozo. Bendígate Dios... y á él, á él también le bendiga.

LAURA

¡Hermoso consuelo! (Con emoción.) ¡Ay, Clarita, y yo tan necia que tuve celos de tí! Perdóname.

LA MARQUESA

Perdono y apruebo... Ayudaré todo lo que pueda... Pero ahora, disimula. Tu servidumbre te ha observado y...

LAURA

Verás qué bien disimulo... ¡Tesimandro! (Acuden Juan Pablo y Don Guillén. Se agrupan y hablan los cinco en voz baja, diciendo Laura que Juan Pablo debe volver á la torre, de donde le sacaran. Irene, despedida ya, se va con Rosaura y las criadas. Monegro vuelve al lugar del proscenio donde está oculto Chacón.)

MONEGRO

Ahora, enmendemos los desvaríos de estas locas.

CHACÓN

(**Aparte los dos, á la izquierda.**) Señor, por lo que ví antes y veo ahora, la presencia de Juan Pablo aquí es el mayor de los escándalos.

MONEGRO

Volverá á la torre.

CHACÓN

Es inútil: le soltarán de nuevo.

MONEGRO

A la cárcel.

CHACÓN

Tampoco. Prisionero, las damas no pararán hasta libertarle, y suelto, nuestros monteros darían muy pronto cuenta de él. (**Bajando más la voz.**) Sabed, señor, que prendadas de este hombre están... ó la Marquesa ó mi señora... Quizás las dos.

MONEGRO

¡Las dos!... ¡Qué ignominia! (**Avanza hacia la Duquesa, seguido de Chacón.**) Señora, ¿continuáis el ensayo?

LAURA

Hemos llegado á la escena última, en la cual dispongo que vuelva Juan Pablo á la torre.

MONEGRO

Oid, señora, el parecer mío después de bien meditado este caso singular. Pues teniendo en cuenta que los delitos de Cienfuegos no aparecen claros, y que la instrucción de la causa ofrece no pocas dificultades; sabedor además de que la madre del prisionero está en gran desazón por su ausencia; y considerando, al fin, que ha contribuído no poco al regocijo de Vuestra Grandeza desempeñando su papel con acierto, tengo el honor de proponeros que sea puesto en libertad... dejándole correr á su antojo por todo el país...

LAURA

(Confusa y apenada.) ¿Qué es esto?

JUAN PABLO

(Aparte á Don Guillén.) Para este vil, soy más temible preso que libre.

DON GUILLÉN

(Aparte.) Te suelta para cazarte... ¡Ya lo verás!

MONEGRO

Y ahora, Juan Pablo, si la señora se digna concederte la libertad, prométele que ya no serás el perturbador escandaloso de sus estados.

JUAN PABLO

(**Aparte.**) ¡Verdugo hipócrita! (**Pausa. Todos miran á Laura.**)

LA MARQUESA

(**Aparte.**) Sabe mucho este hombre.

MONEGRO

¿Qué decís, señora?

LAURA

(**Perturbada, sin saber qué responder.**) Yo... lo que él quiera... Si gusta de seguir prisionero...

MONEGRO

¿Cómo ha de querer la prisión?

LAURA

Es verdad... no sé lo que digo... Es muy extraño que habiendo sido tú su más fiero perseguidor, ahora...

MONEGRO

La solución que he dado al asunto de mí hija, ha calmado mi enojo.

LAURA

Es triste que yo, violentando mi inclinación á la piedad, tenga que ser ahora quien mire por la justicia.

LA MARQUESA

(Al oído de Laura.) Disimula...

LAURA

(Aparte.) ¡Ay de mí, qué turbación! (Mirando á Juan Pablo.) Y él... bien claro me dicen sus ojos que no quiere ser libre. (Alto.) Prisionero, ¿qué dices?

JUAN PABLO

Que no tengo más voluntad que la de Vuecencia.

LAURA

Estimando tu cortesía, creo que preferirás... esa preciosa libertad que tanto ansiáis los hombres y que...

LA MARQUESA

(Cortando la cuestión.) ¿No ha de preferirla? Juan Pablo, eres libre.

LAURA

(Aparte.) ¡Oh libertad, yo te llamaría tristeza! (Alto.) Sí: eres libre... ¿Cuándo partirás?

JUAN PABLO

Cuando la señora disponga.

MONEGRO

En la puerta del Homenaje, dos de tus hombres, enviados por tu madre, te esperan con caballos. Puedes partir cuando quieras.

JUAN PABLO

(Dudando.) ¿Ahora...?

LAURA

Ahora.

MONEGRO

(Aparte.) El imán de este acero no es Clara: es la Duquesa.

LAURA

(Aparte, volviéndose á la Marquesa.) ¡Ojos que le vieron ir, cuándo le verán volver!

JUAN PABLO

Señora, no hacéis más que alargar la cadena á vuestro esclavo.

LAURA

(Triste y benévola.) No alargo la cadena; la rompo...: debo romperla... consagro mi vida miserable á hacer el bien de los demás. (Le da á besar su mano.)

JUAN PABLO

Esclavo siempre, con cadena ó sin ella. (Besa la mano y hace gran reverencia. Sale. Con él va Monegro, y á distancia Don Guillén. Quedan junto á Laura la Marquesa y Doña Teresa.)

LAURA

Se va: huye... era un sueño...

LA MARQUESA

Juicio, prima querida, juicio y discreción. Volverá,

LAURA

¿Lo crees tú? ¡Oh! quiero verle partir. (Dirígese á la escalinata. Sube un peldaño; mira hacia la derecha por entre los árboles.) No, no: más alto; no veo. (Sube el segundo, el tercer peldaño, sostenida por las dos.) Ahora sí, ahora veo... Monta á caballo... sus amigos, á caballo también... El va delante... pica espuelas... Corren como el huracán... ¡Oh, qué lejos están ya! Llegan á la loma del Azor... ya, ya... Desaparecen... Se los traga la tierra... los arrebata el viento... (Queriendo subir más.) Nada, nada: sueño... sombra que pasa. (Se lleva la mano á los ojos. La recogen en brazos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

LA CACERÍA

ACTO TERCERO

Alquería instalada en los aposentos bajos de la parte del castillo de Ruydiaz que se ha preservado de la ruína. Las robustas bóvedas y alguna puerta medioeval revelan la antigüedad y primitivo carácter de la construcción, así como los aperos de ganadería y labranza indican un objeto muy distinto del de su origen.

Gruesos pilares y sólidos muros sostienen bóvedas de desigual tamaño: las de la izquierda forman un pasadizo estrecho; las de la derecha espaciosa crujía, en cuyo fondo hay una puerta que da al campo.

Á la izquierda, primer término, poterna antigua que da á un prado y al glasis de la antigua fortaleza. En el segundo término, un hueco por donde se va á la cocina y á las habitaciones de Toribia. A la derecha, paso á los establos y corrales. De la primera bóveda de la izquierda pende una cadena, donde se cuelga el candilón. Frente al primer pilar, un asiento rústico cubierto de pieles sirve para descanso de la señora Duquesa.

Á la derecha, no lejos de la puerta de los establos, una mesilla y dos banquetas, y en la pared próxima una alacena practicable. En el primer pilar y en los muros, algunas estampas piadosas, entre ellas un cuadro de las Animas.

Incipia la escena al caer de la tarde. Obscurece gradualmente.

ESCENA PRIMERA

TORIBIA, sentada á la derecha, cortando rebanadas para sopas de un medio pan grande: el otro medio está sobre la mesa; BLAS, que entra por el fondo; ZAFRANA, PEROGILA.

BLAS

¿Traigo la *Serrana?*

TORIBIA

No: traite la *Morisca*. Tengo que ordeñarla para dar leche á las señoras.

ZAFRANA

(Entreabre la puerta de la izquierda y se asoma.) Toribia, piazo de las mantecas de Dios, ¿estás acá?

TORIBIA

Condenadas, entrai. (Entran las dos.)

PEROGILA

Venimos por el centeno que mus ofrecistes.

BLAS

Ya iba yo á llevároslo. (Coge un saco medio lleno de grano.)

TORIBIA

Diablas, ¿de dónde venís?

PEROGILA

De los confines del mundo.

ZAFRANA

De rodar por toda la circunstancia del señorío.

TORIBIA

¿Y habedes visto...?

ZAFRANA

(Con misterio.) Trapisonda, hija... trapisonda contra Don Dámaso.

TORIBIA

Idvos á contárselo.

BLAS

(Señalando al fondo.) Por allí anda con el guarda mayor.

ZAFRANA

(Medrosa.) No, no: que agora vendrá el hombre con el genio muy fosco.

TORIBIA

¿Pero no vais á vuestras casas?

PEROGILA

Antes tenemos que dir al molino.

ZAFRANA

(Quitándole de la mano á Toribia una rebanada de pan.) ¿Pero este sustento de los ángeles lo has amasado tú? (Come.)

PEROGILA

(Lo mismo.) Déjame que lo cate. (Come.)

TORIBIA

Del candeal de mi cosecha, cosa rica.

ZAFRANA

Acuérdate de que cuando lo sembrastes, te lo santigué muy bien santiguao... (Coge el medio pan para olerlo.)

TORIBIA

Pero no más santiguaciones...

ZAFRANA

¡Huy, cómo trasciende á gloria! (Se lo pone

bajo el brazo como para llevárselo.) Dios te lo pague.

TORIBIA

¡Hao!... ¿sabes que eres fresca?

ZAFRANA

Fresca tú, que paices criadora y nodriza de los doce Apóstoles.

TORIBIA

(Se levanta.) Fuera, fuera, rapiñaoras.

PEROGILA

Zafémonos de aquí. Dame, Blasillo. **(Blas le pone el costal al hombro.)**

ZAFRANA

(Que da algunos pasos hacia la izquierda, vuelve.) ¡Ay! se me olvidaba. La *Serrana* se te ha soltado, y va por los prados alante.

TORIBIA

(Á Blas.) Corre, simple. **(Corre Blas por la izquierda. Tras él las brujas.)**

ZAFRANA

Adiós, cimborrio del firmamento. **(Salen por la izquierda.)**

TORIBIA

¡Ay qué familia! (Volviendo á su labor.) Todo me lo revuelven; en todo han de meter las uñas.

ESCENA II

TORIBIA, MONEGRO y CHACÓN, que entran por el fondo.

MONEGRO

(Hablando con Chacón á distancia de Toribia.) ¿Cuántos hombres hemos apostado en el paso de Peña Parda?

CHACÓN

Tres, y cuatro en la Torbisca.

MONEGRO

Pondrás otros cuatro en la Covachuela, frente al vado de Guadiján.

CHACÓN

Como no venga por los caminos de los topos, no se nos escapa. ¡Lástima no saber fijamente por dónde ha corrido estos días y la vuelta que trae!

MONEGRO

Las brujas me traerán informes seguros. Vigilantes y escurridizas, dotadas de un olfato maravilloso, ven como linces y rastrean como perros. ¿Has visto si han vuelto ya?

CHACÓN

No han vuelto, señor.

MONEGRO

Bueno. Vete á vigilar los puestos.

CHACÓN

¿Y vuelvo?

MONEGRO

Sí, para que me acompañes. No debo andar solo por esos caminos.

CHACÓN

Bien, señor. (Vase por el fondo.)

ESCENA III

MONEGRO, TORIBIA

MONEGRO

Oye, Tora: entre los que suelen venir por aquí, ¿has visto á los amigotes de Juan Pablo?

TORIBIA

(Displicente.) Pues no les ví, señor.

MONEGRO

(Desconfiado.) ¡Tora!

TORIBIA

Mía fe, que no les ví.

MONEGRO

¿Y el borracho de Don Guillén...? Ese no me negarás que viene.

TORIBIA

Cuasi todos los días... á diferentes horas.

MONEGRO

¿Solo?

TORIBIA

Ó con algún montero de los que van á cazar con él.

MONEGRO

¿Y no habla con otros... con algún extraño?

TORIBIA

No reparé... Nada uyí.

MONEGRO

(Desconfiado.) Paréceme que te vas volviendo ciega y sorda.

TORIBIA

Fuílo siempre para lo que no es de mi jurdición... ¿Qué más quié saber?

MONEGRO

Sé que la señora está aquí. Vino hace media hora con la Marquesa.

TORIBIA

(Señalando hacia la derecha, hacia un corral próximo.) Allí la tié Su Merced.

MONEGRO

(Mirando hacia el corral.) ¿Y en qué se entretiene?

TORIBIA

En jugar con el ternerillo.

MONEGRO

Y lo abraza... ¡Qué cariños le hace! Y ahora lo besa. (Volviendo al centro.) En fin, á lo que voy. (Imperioso.) Me tendrás al corriente de toda conversación que oigas entre la señora, Clarita, el aya, Don Guillén...

TORIBIA

(Indignada.) ¿Yo, yo?... No sirve Tora para pesquisar. Busque otros espías... ¡Tirte allá, tirte allá!

MONEGRO

(Conciliador.) No abuses de las consideraciones que se te guardan como á nodriza de nuestra excelsa señora... Por el servicio de lactancia, disfrutas hoy de esta alquería y de los prados que rodean la torre. Ten entendido que para conservarlos, necesitas estar absolutamente á mi devoción.

TORIBIA

¡Que no me hurgue...!

MONEGRO

Absolutamente á mi devoción...

TORIBIA

¡Jo que te estrego! ¡jo, jo!... Yo no soy devota más que del Justo Juez, de la Virgen y de los santirulicos; pero de Su Merced, devota de Su Merced, que está con un pie en los infiernos...!

MONEGRO

(Airado.) ¡Tora!

TORIBIA

(Colérica.) ¡Toro! Si Su Merced berrea, yo más, que soy muy brava, ¡cuerpo de San Blas! y por eso me llaman Tora.

MONEGRO

No desatines: escucha...

TORIBIA

¿Por quién me toma? ¡cuerpo de San

Lucas! Sepa que á nobleza y hombría de bien ni el Rey me gana.

MONEGRO

Ni á genio tampoco.

TORIBIA

¿Genio dice? ¡Agallas! (Disparándose.) Y hay agallas, porque hay concencia, y como estoy á buenas con mi concencia, con todos me atrevo; y con Su Merced, que es aquí el prepotente, me atrevo también, y le digo que tié el alma más perdida que los pájaros idos, si no se vuelve al divino Juez y se despercude el alma de tanta roña de pecaos.

MONEGRO

¡Estúpida! ¿Pero no hay aquí quien amarre á esta fiera?

/TORIBIA

Fiera soy que rugiendo escupe las verdades... Con la concencia más limpia que el sol, le digo que si quié quitarme la alquería y los prados, quítemelos, porque yo me fisgo en los prados y en la alquería, y en Su Merced, ¡ea!... Y si quiere echarme, me voy,

que á mudarme pronto de casa aprendí con los caracoles... Sábelo, sépalo; y si las sonajas oir no quiere, no las menee.

MONEGRO

¡Diantre, qué torbellino!... Déjame que te explique... (Entran por el foro Turpín y Vallejo.)

TORIBIA

Explíquelo á esos sayones... (Hace un gesto muy desgarrado y se va por la derecha.)

ESCENA IV

MONEGRO, TURPÍN, VALLEJO

TURPÍN

(Desde el fondo.) Alabado sea Dios.

VALLEJO

Dos horas hace que andamos tras el señor Monegro. Ya sabéis lo que ocurre...

TURPÍN

En diferentes lugares del señorío, los díscolos preparan un alzamiento en armas.

MONEGRO

Todo lo sé. A muchos conozco, á otros adivino; les descubro por los favores que me deben.

TURPÍN

Y favores de doble precio, como hechos atropellando la ley... ☛ ¿Y que pensáis? Será forzoso sentar la mano con dureza.

MONEGRO

Naturalmente. No basta ser fuerte: hay que parecerlo... Desdichado de mí si no me temieran... ¿Habéis hecho lo que os indiqué esta mañana?

TURPÍN

¿Prender al buen Hinestrosa y á sus primos los de Jáuregui?

MONEGRO

Sí.

TURPÍN

Considerad que los Jáuregui han sido siempre amigos vuestros.

MONEGRO

Decid protegidos. Ricos los he hecho con el suministro de aceite para el castillo.

TURPÍN

Pero ellos os sirvieron... á toda satisfacción, en el negocio de maderas para las cuadras que construísteis.

MONEGRO

(Ceñudo.) No importa. Prendedles esta noche con la figuración legal de que cortaron pinos en la Torbisca.

TURPÍN

Está bien. Pero fijaos en que tendrán el valimiento de la casa de Cardona...

MONEGRO

(Inquieto y receloso.) Sin duda...

TURPÍN

La casa de Cardona, en guerra descarada con vos, no lleva otro fin que arrebataros la administración de Ruydíaz para darla á uno de sus deudos.

VALLEJO

Heredera forzosa de nuestra Duquesa, quiere suplantarla en vida.

MONEGRO

No me decís nada que yo no sepa.

TURPÍN

☛ ¿Y estáis seguro de que la dueña de estos estados os mantendrá resueltamente en su gracia?

MONEGRO

Seguro estoy, mientras no se interponga entre ella y yo una influencia poderosa.

VALLEJO

La Marquesa de Clavijo, pongo por caso.

TURPÍN

No: no son las amigas tan de temer. (Malicioso.) Los influjos que os asustan son otros...

MONEGRO

Bien sabéis que sí. (Meditabundo.) Pero yo, si no he podido adelantarme á contenerlos

cuando brotaban, los suprimo de refilón cuando los veo crecidos.

VALLEJO

¡Bravo sistema! Es de los que no fallan.

TURPÍN

¿Y creéis, como yo, que las correrías de Juan Pablo no tienen otro fin que reclutar gente desalmada para ayudar á los revoltosos?

MONEGRO

Así debo creerlo... Y vos habéis procedido como si de ello tuviérais prueba plena.

TURPÍN

Ciertamente.

MONEGRO

Pero hay más.

VALLEJO

¿Más?

MONEGRO

Esta misma tarde comenzaréis á instruir ausa contra la madre de Cienfuegos... (Pausa. 'urpín y Vallejo se miran.) por haber permitido

que en su casa se reunieran los conjurados de Peñalba.

TURPÍN

(Asombrado.) Pero no es cierto...

MONEGRO

Que no pase el día de mañana sin que sea reducida á prisión.

VALLEJO

(Estupefacto.) ¡Qué brutalidad!

TURPÍN

(Inquieto.) Señor Don Dámaso, acosad á Cienfuegos, la mayor calamidad del señorío, y procurad su captura y su muerte por los medios naturales de la ley, de la guerra ó de la caza... Pero dejad en paz á su madre, que es una santa mujer.

MONEGRO

A buena hora las ternezas...

TURPÍN

Perdone el amigo Monegro; pero ello es de tal gravedad...

VALLEJO

De tal manera inhumano...

MONEGRO

Perdonad. Creí tratar con gerifaltes, no con palomas.

TURPÍN

Os he servido lealmente. Por vos, reconocedlo, Zacarías Turpín, en el Corregimiento y fuera de él, ha hecho atrocidades...

VALLEJO

Decid horrores...

TURPÍN

Y lo que ahora me pedís es una monstruosidad que pasa la medida...

MONEGRO

(**Malicioso y agresivo.**) Me parece haber penetrado la causa de vuestros escrúpulos.

TURPÍN

Mi conciencia...

VALLEJO

Nuestros sentimientos...

MONEGRO

¡Sentimientos, conciencia! (A Turpín con cruel ironía.) La vuestra es harto vidriosa, y ahora se os alborota excesivamente porque ayer os negué cuatrocientos escudos que me pedíais para la boda de vuestra hija.

TURPÍN

(Confuso.) No es eso, Monegro amigo, no es eso...

MONEGRO

Creedme, Turpín: vuestra conciencia y la mía unidas están por una cadena que ni vos ni yo podemos romper.

TURPÍN

Es verdad; pero... escuchad... permitidme que os diga...

MONEGRO

Si creéis en el Infierno, dejad el mundo y meteos en un claustro... ☛ Yo... quizás lo haga algún día. Hoy no puede ser.

TURPÍN

Sois poderoso. En diez años de administración habéis amasado un gran caudal, y

podéis permitiros el lujo de un lucido arrepentimiento. Yo soy pobre...

MONEGRO

Mayor motivo para que me sirváis con celo... No se hable más del asunto. Id al Corregimiento y preparaos para el trabajo rudo que se nos echa encima. (Entra Chacón por el fondo quedándose á distancia.)

TURPÍN

Trabajaremos; mas no debéis olvidar...

ESCENA V

Los mismos; CHACÓN, después TORIBIA.

MONEGRO

Chacón.

CHACÓN

(Adelantándose.) Señor.

MONEGRO

(A Turpín.) Quiero ser generoso con vos, y quitaros del magín las ideas... melancólicas. **(A Chacón.)** Entrégale cuatrocientos escudos.

TURPÍN

Gracias, amigo Monegro... Aún debíais alargaros á quinientos...

TORIBIA

(Por la derecha.) Señor: vea las damas, que ya tornan acá.

MONEGRO

(A Turpín y Vallejo.) Retiraos.

TURPÍN

¿Os veremos en el Corregimiento?

MONEGRO

(Empujándoles.) Sí, sí.

CHACÓN

(Aparte.) ¡Cuervos insaciables!

TURPÍN

(Aparte retirándose.) Duro es el hombre como una peña.

VALLEJO

Ya no tanto... Tiene miedo.

TURPÍN

Y el miedo ablanda, desmorona. (Vanse por el fondo.)

ESCENA VI

MONEGRO, CHACON, TORIBIA, LAURA, LA MARQUESA. Laura trae un ramito de rosas en el seno, la Marquesa un ramo en la mano. En los siete días transcurridos desde el segundo acto, la Duquesa se ha desmejorado notoriamente. Óyese sonido de cencerro en el interior del establo.

LAURA

(En la puerta, mirando hacia adentro.) Rico, gracioso, adiós. (Saluda como los niños.) Volveré, tontín. (A la Marquesa.) ¿Ves cómo me mira?

LA MARQUESA

Te quiere.

LAURA

¡Qué ojos! (Hablando con el ternero.) ¡Pobrecito mío, cómo quiere él á su ama!... ¡Y atado ahí con esa cuerda!... Adiós, bobo, pillo; adiós.

MONEGRO

¡Qué infantil candor!

LAURA

(Viendo á Monegro.) ¡Ah! ¿estabas aquí? (Avanza apoyada en el brazo de la Marquesa. Monegro le besa la mano.)

LA MARQUESA

Nada tan bueno para Laura como este ambiente, la alquería, los establos, la pradera... (Deja en la mesilla las rosas y el ridículo.)

MONEGRO

Cierto. Pero las señoras no deben entretenerse aquí. Está el día harto revuelto y tempestuoso. Mandaré las literas dentro de media hora.

LAURA

Bueno. (Se sienta en el canapé preparado para su descanso, delante del pilar primero.) ¡Ah! ¿no sabes, Dámaso? Mi prima quiere á todo trance hacer conocimiento con las brujas. ¡Qué honor para Zafrana y Perogila!

LA MARQUESA

¿Pero en qué pensábais que no me habíais enseñado la mayor curiosidad de Ruydíaz? ¡Brujas, sibilas, adivinadoras!... ¡Pues no me gusta poco á mí esa familia! Es mi debilidad.

MONEGRO

Estas son unas pobres moriscas granadinas que salen á mendigar por los pueblos...

TORIBIA

Y echan las cartas, sacan barruntos de amores, de tesoros escondidos...

MONEGRO

No creí yo que la señora Marquesa, tan ilustrada en puntos de filosofía, tuviera esas aficiones.

LA MARQUESA

Filosofía y superstición no son tan contrarias como suponéis. Nada: yo quiero ver á las sibilas.

MONEGRO

No han vuelto hoy á sus casas, según creo... (Mira á Chacón.)

CHACÓN

No señor, no han vuelto.

LA MARQUESA

¿Dónde viven?

CHACÓN

(Señalando por el foro izquierda.) En aquellas casitas blancas.

MONEGRO

(Aparte á Toribia.) Dales leche; que se vuelvan pronto al castillo

TORIBIA

Voy... (Vase por la derecha.)

MONEGRO

(Despidiéndose.) Señora... Pronto vendrán las literas.

LAURA

(Deseando que se marche.) Sí: que vengan, que vengan. (Monegro le besa la mano y se retira con Chacón.)

ESCENA VII

LAURA, LA MARQUESA; después TORIBIA.

LA MARQUESA

¡Gracias á Dios que nos deja solas! Sigue contándome...

LAURA

¡Si ya concluí! Ni sé cómo no te cansas de oir la cantinela insufrible de mis lamentaciones.

LA MARQUESA

Soñaste... todas soñamos...

LAURA

Pero vosotras despertáis en la vida y en la esperanza; yo... (Exhalando un hondo suspiro.) Infinitamente severo y terrible fué Dios cuando decretó que yo naciera.

LA MARQUESA

¿Y quién te dice que no ha decretado ahora tu salud?

LAURA

☛ ¡Ah! no hay salud para mí... ¡Malhadada Pastorela! Aunque desde la noche de San Juan... hoy hace ocho días... me sentí arrebatada, la Pastorela fué la que me encendió el alma con hoguera espantosa.

LA MARQUESA

Y tu fiel amiga, desde que vió saltar las primeras chispas, se interesó por tí, creyendo que la quemazón podría salvarte, que resucitarías de tus cenizas...

LAURA

Como el ave fénix... Pero yo, antes y después de quemada, ceniza soy. (Queda meditando, mirando al suelo.)

LA MARQUESA

¿Y si ahora resultara que tantos achaques y dolencias no son más que soledad del alma?... Ese mal tristísimo ¿quién sabe curarlo más que amor, el primero, el único médico? Yo he visto bien claro que al empezar tu incendio, entraba en tí como un rayo de vida... ¿Me negarás que el amor es vida?

LAURA

Eso dicen los que están sanos. Yo... no puedo decirlo. ¿No me ves?

LA MARQUESA

El amor es estímulo, fuerza... es savia, es... qué sé yo... todo lo bueno... lo que alienta á las criaturas y las hace dignas de Dios... No dirás que no filosofo á mis anchas.

LAURA

Por mucho que filosófes, no me harás creer que puedo yo, con amor ó sin él, mejorar de existencia.

LA MARQUESA

Sí puedes, sí podrás, y en tu pasada vida tienes un ejemplo. De los quince á los veinte

años, ¿no estuviste enteramente baldadita? Y luego, con la vida del campo, que también es vida de amor, ¿no se regeneró tu naturaleza y... ya ves... andas, vives? Pues aún te falta dar otro pasito... Y lo darás... yo respondo... Lo peor es que se nos ha escapado el galán, y sabe Dios cuándo volveremos á meterle en la jaula. (Entra Toribia con un jarro de leche y vasos.)

LAURA

(Con tristeza.) ¡Voló...! ¿Dónde está...? ¿Qué es de él?

LA MARQUESA

Volando se fué... volando volverá... Y cuando le tengamos bien cogidito...

LAURA

(Vivamente.) ¿Qué?

LA MARQUESA

Tú me has dicho que la diferencia de estirpe no te importa nada.

LAURA

¡Ay! poco valor tendría ese inconveniente si no hubiera otros.

TORIBIA

(Aparte.) ¡Ay cómo me la trastorna esta loquinaria! (Alto.) Beban, señoras mías, de esta gloria divina...

LA MARQUESA

¡Oh, qué rico néctar!

LAURA

(Cogiendo un vaso y empezando á beber.) ¡Oh, qué hermosura!

LA MARQUESA

Esto da la vida.

LAURA

Á mí me conforta y al propio tiempo me entristece, porque al prolongar mi vida, prolonga mis padecimientos.

TORIBIA

Tienen que beber más.

LAURA

(Alargando su vaso.) Más.

LA MARQUESA

Y á mí. (Toribia le llena el vaso.) La vida me sobra: rebosa en mí... Pero venga más vida, por lo que pudiera necesitar. (Bebe.)

BLAS

(Por el fondo.) Tía, las madres brujas llegan á su casa.

LA MARQUESA

(Levantándose.) ¡Qué á punto!... No me voy de aquí sin verlas. ¿Y tú?

LAURA

Pues charlar un poquito con ellas, la verdad, no me disgustaría.

LA MARQUESA

¡Y luego me llamas tú supersticiosa! Lo eres tú también, lo somos sin pensarlo. Aunque la religión nos prohibe toda patraña, es muy sabroso hacer una escapadita al mundo de las mentiras... Ello está en la Naturaleza humana. Con que ¿visitamos á las pitonisas?

LAURA

¡Ay! yo no puedo dar un paso... ¿Pero qué quieres que te adivinen?

LA MARQUESA

Cosas mías, cosas tuyas... ¿Quién es tan dueño de sí, que ve pasar la esfinge y no la interroga? (Impaciente.) No puedo contenerme... Un ratito de oráculo y acá me vuelvo. (Vase con Blas por el fondo.)

ESCENA VIII

LAURA y TORIBIA

TORIBIA

Cordera de Dios, no hagas caso de esa cabeza loca y ponte en el buen entender natural. Oye un consejo sano de la persona que más te quiere en el mundo.

LAURA

Dame el consejo, y luego yo... algo tengo también que platicar contigo.

TORIBIA

Pues habla.

LAURA

No: tú primero.

TORIBIA

No te diré yo, como dicen otros de corto entendimiento, que Juan Pablo es hombre malo... ¡Ay, no! Si á veces sus hechos parecen alocados, su corazón es siempre bueno. Y no ha nacido otro que mejor sepa mirar por el pobre... Á su madre servía yo cuando aquí me trujeron para tu crianza, y de ella te digo que es una santa mujer. Su padre, hidalgo de buena cepa, fué capitán de las milicias del Rey. Ni es tampoco un hí de tales hierbas, que tié su abolengo, y busca buscando, se le encontrará un árbol de nobleza más alto que los hinojos y retamas. Pero no viene el diablo por ese lado, mi borrega de Dios, sino por el lado tuyo, ¡ay...!

LAURA

(Llorando en sus brazos.) Sí, sí: Tora mía, tú me dices la verdad.

TORIBIA

Y no tendrás paz mientras no te percates de que Dios te hizo para sí, no para los hombres... Para que allá tengas gloria, acá te da martirios. (Acariciándola.) Mi niña es una mártira, una martirita preciosa, que tiene su felicidad en el cielo.

LAURA

(Enjugándose las lágrimas.) ¡En el cielo será, porque lo que es aquí...!

TORIBIA

Arráncate la espinita como puedas... ya sé yo que no podrás de golpe... Y sobre la llaga pondráste un rico bálsamo...

LAURA

¿El olvido? ¡Ay! Tora mía, no me recetes el olvido, que es hoy medicina imposible.

TORIBIA

Sí: bien veo que...

LAURA

¡Olvidarle, cuando sé que Monegro le persigue en cacería espantosa! No puedo creer que sea para matarle... Esta idea me horroriza. (Cierra los ojos desechando espantada la idea.) No, no... Pues bien: el olvido en esta ocasión sería un egoísmo que Dios habría de tomarme en cuenta como el más horrendo pecado.

TORIBIA

(Besándola) ¡Ah, cordera de los ángeles, tu buen corazón no falla!

LAURA

¿Sabes dónde está Juan Pablo? Desde que le dí libertad anda por el señorío corriendo de un lugar á otro... dicen que á caballo...

TORÍBIA

En un caballo que corre como el viento, y echa fuego por las narices... Así lo cuentan.

LAURA

Pues óyeme lo que quería decirte... Pero prométeme no enfadarte conmigo... Sí: tengo que decírtelo aunque me riñas.

TORIBIA

¿Qué es?

LAURA

Le he escrito una carta. (**Metiéndose la mano en el seno.**)

TORIBIA

(**Asustada.**) ¡Cuerpo de San Cristóbal!

LAURA

Sí: anoche... en una hora de terrible ansiedad, sintiendo que de mi cabeza salían llamaradas como de un volcán. (**Saca la carta.**)

TORIBIA

¡Ay, cuánto pena mi niña!

LAURA

No le digo nada que sea indecoroso. Toma: léela.

TORIBIA

(Sin querer tomarla.) ¡Yo, cordera!

LAURA

¡Ah, no sabes leer...! No me acordaba.

TORIBIA

Cuéntame tú lo que has escrito. Léeme la carta, gloria de Dios.

LAURA

Ya... ni sé lo que escribí. (Dando vueltas á la carta sin leerla.) En aquel delirio de mi mente... hice una letra tan mala... Le digo que deseo hablarle... no por nada, sino por advertirle... por aconsejarle... el mejor arbitrio para burlar á los cazadores de Monegro.

TORIBIA

¿Y cuándo y dónde le proponías la entrevista?

LAURA

Ahora caigo en que la carta no lleva ninguna malicia, porqué ello va como en broma. Firmo *Alcimna:* le digo que venga á mi cabaña... y para que todo sea del modo más honesto, le mando venir con Sileno, mi tío Don Guillén.

TORIBIA

¿Y cómo le mandas la esquela?

LAURA

Por las brujas... ¿No dicen que llevan recaditos de pueblo en pueblo? En fin, Tora mía, tú te encargas de esta diligencia. Para eso, nada más que para eso he venido aquí hoy. ¿Me riñes? ¿Te niegas á servirme? **(Dándole la carta.)**

TORIBIA

Mi niña del alma, mi ángela, mi cielo... ¿Dudas que yo te sirva? **(La besa.)**

LAURA

Otra cosa. No quiero que de esto se entere nadie, ni aun Clarita...

TORIBIA

No, que todo lo vuelve coplas. (Oyendo rumor de voces.) Ahí está ya... Y viene con las moriscas. (Obscurece la escena. Tempestad próxima.)

ESCENA IX

LAURA, TORIBIA, LA MARQUESA; ZAFRANA y PEROGILA.

LA MARQUESA

(Que trae á Zafrana cogida de un brazo. Las moriscas al ver á la Duquesa, se resisten á entrar.) Entrad. ¿Qué teméis?

TORIBIA

¡Vaya con las niñas vergonzosas! Zafrana, Perogila... ¿qué melindres son esos?

ZAFRANA

¡Huy!... Ante tan gran señorío, mus encandilamos... (Ambas se arrodillan.)

PEROGILA

Alta y sobajada señora... (Ambas le besuquean la mano.)

ZAFRANA

Estrella refulgente de Ruydíaz...

LAURA

¡Pobrecillas! ¿Verdad que no sois malas?... Y sin ser malas, ¿cómo veis las cosas distantes y adivináis las futuras?

LA MARQUESA

¡Vaya si adivinan!

ZAFRANA

Rodando con los pies por la tierra, y con los ojos por el cielo, vede una la querencia humana y la voluntad divina.

PEROGILA

Hablan los corazones abajo; arriba las estrellas.

LAURA

(**Á la Marquesa.**) ¿Qué te han dicho de tí?

LA MARQUESA

¡Oh! cosas muy malas. Que me solicitan para segundas nupcias siete pretendientes.

LAURA

¿Y eso por qué es malo?

ZAFRANA

Porque el siete tuvo maldición desde que lo pusieron por mote á los pecados capitales.

LAURA

¡Qué tontería!

LA MARQUESA

También les he preguntado del caballero salvaje.

ZAFRANA

¿Juan Pablo? Asístale Dios, que es buen cristiano.

LA MARQUESA

Repitan lo que me han dicho á mí.

ZAFRANA

(Con afectación sibilítica.) Juan Pablo es Rey, gran señora.

LAURA

¿Rey? ¡qué desatino!

TORIBIA

¡Tirte allá, simple, mentirosa!

PEROGILA

☛ Rey de un reino tan grande, que no se le ven las fronteras.

LAURA

Ya... el reino de la Nada.

ZAFRANA

No hay... Nada.

PEROGILA

Como haber Nada, no hay.

ZAFRANA

No hay nada que no sea... algo más que nada. ¿Me entendéis, alta princesa?

LAURA

(Con hastío.) A fe que no os entiendo. Viejas locas, ¿de qué tiempo sois?

ZAFRANA

Yo nací cuando la católica Majestad de Don Luis I daba las boqueadas.

PEROGILA

Yo no sé... Por envidia, borráronme la fecha. ☛

LAURA

¿Y es cierto que tenéis comercio con los demonios?

ZAFRANA.

¡Huy... no! Semos brujitas honradas, magüer que pobres. Conjuramos á los enemigos, y les hacemos salir bufando y retorciéndose de los cuerpos cristianos.

LAURA

¿Los tengo yo en el mío?

ZAFRANA

Vos, princesa soberana, tenedes un divino arcángel que llaman Amor.

PEROGILA

Amor que es la fuente, mía señora.

ZAFRANA

Y es también el mar, porque en él escomienzan y acaban los ríos.

LAURA

Las vidas queréis decir.

ZAFRANA

Los ríos son la vida, que mana del amor de uno, y á verterse va en el amor de todos, que es la muerte.

TORIBIA

No habléis de muerte, condenadas.

LAURA

Yo no soy río, sino una charca cenagosa. Yo no vivo.

PEROGILA

Vida tenedes, nuestrama, la vida más grande, la más hermosa.

LA MARQUESA

Eso, eso: decidle cosas gratas.

LAURA

(Nerviosa.) Charlatanas, no habléis en razones vagas que nada dicen.

ZAFRANA

(Mirándola á los ojos, con aspavientos de profetisa.) Poderosa princesa, por la Trinidad Santísima, por la sangre y cuerpo del divino Reparador, vos digo que seredes Reina.

LAURA

¿Yo también? ¡ja, ja!

PEROGILA

Reina perene y encumbrada.

LAURA

¿Y dónde está mi reino? ¿qué nombre tiene? (Con grande amargura.) No me lo digáis. Se llama el Dolor. Ese es mi reino, y mi patria el Desconsuelo sin fin. (Con acento dolorido, apasionado, elocuente.) Dadme la salud aunque para ello sea preciso quitarme mis coronas, y arrebatarme todas mis jurisdicciones, privilegios y señoríos; aunque tenga que reducirme á la condición de la última pastora, pobre, vagabunda. Todo cuanto poseo lo doy por respirar á mis anchas, por sentir en mí la alegría y la fuerza, porque este cuerpo mío no sea un leño seco y árido en la edad en que debe cubrirse de hojas, y florecer y vestirse de toda hermosura... Dadme otro cuerpo y llevaos todas mis tierras, mis montes y caseríos. Poseo cantidad enormísima de perlas y diamantes, sin fin de piedras preciosas. Contadlas, y por cada una dadme una gota de sangre nueva.

LA MARQUESA

(Procurando consolarla.) ¡Oh, sí! te curarán.

ZAFRANA

El amor todo lo cura.

PEROGILA

Él mueve la voluntad.

ZAFRANA

Y la voluntad mueve al mundo. (Con tono y aires de exorcismo.) Soberana emperatriz, agarraivos á la voluntad, y salid de aquese yacimiento perezoso. Erguidvos pidiendo que os valga y socorra la Trinidad Santísima; soltad el peso de la jerrumbre, de tanta espina y clavazón de achacoso maleficio, y andad sin miedo. (Suenan truenos lejanos.)

LAURA

(Se ha levantado lentamente. Da algunos pasos con seguridad.) Ando.

LA MARQUESA

¡Oh, qué bien! Es prodigioso...

LAURA

Ya veis... puedo andar... y aun correr. (Recorre la escena con paso ágil y seguro. Toribia va tras ella para sostenerla si cae.)

PEROGILA

El querer es todo.

LAURA

(Con entereza.) Pues yo quiero. Suéltame, Tora... quiero andar más... para que vean... quiero correr. ¿Veis? puedo... ¡Y qué bien me siento ahora! (Respirando gozosa.)

TORIBIA

No te fíes, niña.

LA MARQUESA

Déjala. Querer es poder.

LAURA

Yo quiero estar buena: yo quiero vivir... ¡Oh! (Se inicia en ella el desfallecimiento.)

TORIBIA

Ya te cansas.

LAURA

(Queriendo rehacer su voluntad.) No, no. (Suenan truenos más cercanos.)

LA MARQUESA

¡Ay, qué miedo! (Relámpago muy vivo.)

LAURA

Yo no me asusto. Tronad, cielos. Rayos,

caed sobre el mundo. No temo la tempestad. Su fragor me alienta. (Sintiendo repentina ceguera ó falta de vida se lleva la mano á los ojos.)

LA MARQUESA

¿Qué te pasa? (Acude á ella y también Toribia.)

LAURA

Me ha deslumbrado el resplandor del cielo. (Con desvarío.) He visto, ¡oh!... he visto el caballo de fuego... Juan Pablo, caballero en él, era el rayo que encendía los aires... Brujas, viejecillas locas, corred tras él, decidle... decidle... (Desfallece, inclinando la cabeza en el hombro de Toribia.)

☛ ZAFRANA

El caballo vuela... traspasa oteros, valles, montes...

PEROGILA

Tiembla el suelo y echan chispas los pedernales. (Las dos se arrodillan rezongando.)

ZAFRANA

¡Oh, tú el jinete, tráigate la Virgen al fin y principio!

TORIBIA

(Examinando el rostro de Laura.) Ya veis cómo la trastornan estas brujerías. ¡Ay, de mí, parece dormida! (Asustada.) ☛

LA MARQUESA

Parece muerta. (Á las brujas.) Despertadla. Pronosticadle dichas, una unión feliz.

TORIBIA

Sois unas grandísimas bellacas.

ZAFRANA

(Examinando la mano de Laura.) Alta y sulimada princesa, oya lo que leo en su linda mano. (Abre Laura los ojos mirando á todos cariñosa.) Que vus está deparada y presupuesta una dicha muy grande; que el Rey será con vos en un reino todo alegría y pureza, como los aposentos del cielo do cantan los serafines.

PEROGILA

La morada de los espíritus gloriosos.

LAURA

¿Qué queréis decir? ¿Que moriré yo? Lo que más deseo... ¿Que morirá él, que mori-

remos juntos? (Anímase de nuevo.) Profetizáis conforme á mi gusto... Mujeres, ¿qué sois? ¿Traéis la divina verdad en vuestra boca? Mi alma desolada se acoge á vosotras, porque me consoláis... Creo todo lo que me consuela.

ZAFRANA

Recogedvos, señora, á vuestro palacio.

PEROGILA

Y dormiredes con sueño sosegado.

ZAFRANA

Esas rosas que llevades ansí, desparcidlas en vuestro lecho: cabe las sienes, cabe los brazos, cabe vuestro divino corazón. Hablaránvos las rosas, diciéndovos lo que musotras vos dijimos.

LAURA

(Acariciando el ramito.) Flores que habláis con vuestro aroma, decidme cosas gratas. (Suenan truenos lejanos. Entra por el fondo Don Guillén, embozado. Contempla un instante á las cinco mujeres, y después avanza.)

ESCENA X

Las mismas; DON GUILLÉN

DON GUILLÉN

(Aparte, avanzando.) ¿Qué veo aquí? Conciliábulo de mujeres, del cual no puede salir nada bueno. (Aparece un lacayo en la poterna, y al instante se retira.)

TORIBIA

Ya están aquí las literas.

DON GUILLÉN

(Cariñoso.) Amada sobrina, debes retirarte... descansar. (Lleva aparte á la Marquesa.)

LAURA

Sí.

TORIBIA

Por San Gil van en un momento.

LAURA

Dadme más rosas. (Las moriscas le dan el ramo de rosas; despídese de ellas.) Adiós, brujitas de mi casa. Sed buenas: consolad á los desgraciados.

DON GUILLÉN

(Aparte á la Marquesa.) Confinadla en su aposento: evitad que personas indiscretas alteren su reposo... Yo iré á preveniros...

LA MARQUESA

¿Pero esta noche...?

DON GUILLÉN

Veréis, sí, gravísimos acontecimientos en Ruydíaz.

LA MARQUESA

Vámonos... (Pasan Don Guillén y la Marquesa junto á las moriscas, que se han apartado de Laura.)

LAURA

(Aparte á Toribia.) Por tu vida, Tora mía, no se te olvide mi encargo. Que vuelen, que lo lleven prontito.

TORIBIA

Descuida, sol mío: lo llevarán.

LA MARQUESA

(En el centro con las brujas y Don Guillén.) Simplonas, debísteis anunciarle que sanaría en vida, no en ese reino obscuro.

PEROGILA

Reina es, así Dios me valga.

DON GUILLÉN

¿Reina... de qué?

ZAFRANA

(Con acento lúgubre.) Reina... ¡de las ánimas benditas! (Se persignan las dos. La Marquesa les da dinero, despreciativa. Besan ellas la moneda. La Marquesa y Don Guillén pasan junto á Laura.)

TORIBIA

Vete tranquila, lucero mío.

DON GUILLÉN

Y prontito... antes que llueva.

LAURA

No me importan la lluvia ni el viento. Las centellas alumbren mi camino, los truenos sean mis heraldos... Voy á mi Reino. (Con repentino abatimiento.) Morirá él, moriré yo... Nuestro altar es la muerte... ¡Juntos en aquel Reino sombrío! (Fija con espanto los ojos en el suelo, y permanece paralizada y muda.)

LA MARQUESA

¿Qué piensas?

TORIBIA

Niña querida, ¿qué miras?

LA MARQUESA

(Sacudiéndola con vigoroso ademán.) Levántate, alma; vuelve tus ojos á la esperanza, al cielo.

DON GUILLÉN

(Con vehemencia.) ¡Á la vida, á la vida!

LAURA

(Como si despertara, eleva los ojos al cielo con expresión mística.) ¡Oh, sí, Reino luminoso, Reino grande y puro! (Con súbito gozo.) ¡Oh, qué feliz soy! Amor que todo es alma será eterno. (Sale por la izquierda, acompañada de la Marquesa y Toribia.)

ESCENA XI

DON GUILLÉN, ZAFRANA, PEROGILA, TORIBIA, BLAS

DON GUILLÉN

(Esperando á que salgan las damas, interroga con gran ansiedad á las moriscas.) Decidme pronto. ¿Vive Juan Pablo?

ZAFRANA

Si ahora vive Juan Pablo, ¿quién puede asegurar que vivirá dentro de una hora?

DON GUILLÉN

¿Sabéis si...? (Se interrumpe al ver entrar á Toribia, que vuelve de despedir á las damas.)

TORIBIA

¿Señor, viene á refrescar?... (Abre la alacena y saca botella y vasos que pone en la mesa.)

ZAFRANA

Noble caballero, denos á catar de esa bendición de Dios y calentaremos nuestros cuerpos ateridos.

DON GUILLÉN

(Sentado ya.) Bueno: os convido. (Perogila se aproxima á la mesa; Don Guillén escancia; Blas entra por el fondo con objetos de alquería.)

TORIBIA

(A Blas.) Trae luz. (Cogiendo por un brazo á Zafrana la lleva hacia la derecha.) Oye, Zafrana. (Vase Blas por la izquierda segundo término.)

PEROGILA

(Asombrada, viendo que Don Guillén saca una culebrina con dinero.) ¡Huy, señor, rico está, mía fe!

DON GUILLÉN

(Sacando algunas monedas.) Simple, ¿no has visto dinero en tu vida?

PEROGILA

Vílo, señor, mil veces; mas no en vuestra mano. (Don Guillén cuenta dinero. A la derecha, Toribia da con disimulo á Zafrana la carta de Laura, encareciéndole con expresivos signos la urgencia de llevarla.)

ZAFRANA

Daca... la llevaremos. Pero llegará tarde.

TORIBIA

Pues daos prisa. (Blas entra con un gran candilón de dos mecheros y lo cuèlga de la cadena pendiente de la bóveda.)

ZAFRANA

No sé si podremos... (Guarda la carta en el seno.)

DON GUILLÉN

Tora, toma lo del tabaco... (Da dinero á Toribia) y vete á tus quehaceres.

TORIBIA

Ya, ya me voy. (Aparte.) ¿Enredijos con dinero? (Vase por el foro.)

ESCENA XII

DON GUILLÉN, ZAFRANA, PEROGILA

DON GUILLÉN

Ya estamos solos. ¿Cuándo y dónde le vísteis?

ZAFRANA

Antier, señor, en Puebla de Nuño, viniendo él de ver á su madre. (Bebe.)

DON GUILLÉN

¿Y le hablásteis?

PEROGILA

No, señor: le vimos montar á caballo...

DON GUILLÉN

¿Y fué...?

PEROGILA

La vuelta de Peñalba.

DON GUILLÉN

(Gustoso de oirlo.) Y allí le salieron al encuentro cinco, ocho, quizás veinte ó más sujetos y...

ZAFRANA

Noble caballero, estáis soñando. Juan Pablo no es de los que encienden guerra en el señorío.

DON GUILLÉN

¿Qué sabéis vosotras, pobres cornejas?

PEROGILA

Musotras todo lo sabemos.

ZAFRANA

Y vemos lo que está distante. Lejos de Ruydíaz, sabíamos lo que hacíais aquí.

DON GUILLÉN

A ver: decídmelo.

ZAFRANA

Andáis metido en la tramoya para quitar á Monegro. Y esto lo hacéis debajo del patrocinio de la de Cardona, tía de la Duquesa.

DON GUILLEN

(Contrariado de que le descubran.) ¡Endemoniadas, qué bien armáis vuestros embustes! Por mentirosas, ni el mismo diablo os quiere ya... Pues decidme ahora: de Peñalba, ¿hacia dónde fué Juan Pablo?

PEROGILA

Hacia do sopla el cierzo.

ZAFRANA

Hacia do sopla el ábrego.

DON GUILLÉN

(Colérico.) Infames sabandijas, ¿os burláis de mí?

PEROGILA

Fué primero hacia acá; después hacia allá.

ZAFRANA

Hacía dobleces y quiebros como los del rayo.

DON GUILLÉN

¿Queréis desorientarme? Si no me decís la verdad, os degüello.

ZAFRANA

Noble señor, no runfle de ese modo.

PEROGILA

Con el mucho beber, se le enciende la sangre.

DON GUILLÉN

(Furioso.) ¡Ah, viles alimañas! sois espías de Monegro, y por serlo no estáis ya en poder de la Santa Inquisición. Pues ahora quiero yo que cuanto habíais de contarle á Monegro, me lo contéis á mí. Si no lo hacéis, despedíos del mundo. Ahora mismo os corto la cabeza. (Saca el cuchillo de monte. Las brujas retroceden asustadas.)

ZAFRANA

Señor, tenga compasión de estas pobres ancianas.

PEROGILA

Si alguna vez servimos á Don Dámaso es por miedo...

DON GUILLÉN

Sea por lo que fuere, perecéis si no cantáis claro, muy claro.

PEROGILA

Sosiéguese, caballero.

ZAFRANA

Échese otro vasito.

DON GUILLÉN

(Amenazante.) ¡Pronto!

ZAFRANA

Bueno, señor. Pues allá va la verdad. Juan Pablo ha pasado esta noche el vado y está guarecido en el Molino.

DON GUILLÉN

(Sin poder ocultar su alegría.) ¡Aquí! ¿Tan cerca? Bien. (Receloso.) ¿Pero es cierto lo que decís?

ZAFRANA

Como los divinos Evangelios.

PEROGILA

Pero no nos asuste, ¡cuerpo de tal!

DON GUILLÉN

¿Será verdad? ¿Querrán estas bribonas desorientarme y confundirme? (Las moriscas mur-

muran rezos.) Dejaos de rezos. Escuchad... **(Coge á cada una por un brazo, las sacude, las arroja en tierra, amenazándolas con el cuchillo.)** Por el honor de mi nombre, juro que os segaré el pescuezo esta misma noche si descubro que me habéis engañado, lechuzas malditas.

ZAFRANA

(Aterradas ambas.) ¡Ay, señor...!

PEROGILA

¡Señor, piedad!

ESCENA XIII

Los mismos; TORIBIA

TORIBIA

(Por el fondo, á la carrera, sofocada y medrosa.) Señor!

DON GUILLÉN

¿Qué?

TORIBIA

¡Ay, señor, lo que he visto!...

DON GUILLÉN

(Curioso.) ¿Qué, voto á sanes?

TORIBIA

Iba yo á recoger un choto que dejé en el molino, y... ¡ay! al llegar á la cruz de piedra, dos hombres subían agachadicos, arrimándose al sombrajo de la cerca... No querían dejarse ver de mí... Pero al revolver la esquina para meterse en las covachas que hay á esta parte, ví el cariz de uno de ellos... Era...

ZAFRANA

(Aparte las dos, asustadas.) Vámonos.

DON GUILLÉN

(Las detiene violentamente.) ¡Ahora no, rayo de Dios...! ¡Aquí, presas! (A Toribia.) Sigue.

TORIBIA

Volvíame acá muerta de miedo, porque cuando veo bultos de noche en tal guisa, me parecen ánimas del Purgatorio; subía yo, digo, y aquí cerca, cabe los álamos, veo á tres criados de Don Dámaso que bajaban con pies de gato, rastreando... así, así... El delantero, con las narices en el suelo, husmeaba... (Suena un disparo. Las mujeres dan un grito.)

DON GUILLÉN

¡La horrenda cacería!... Corro allá...

TORIBIA

(Deteniéndole por un brazo.) Señor, téngase. (Suena otro disparo.)

DON GUILLÉN

(Poniéndose el cinto con las pistolas y recoge el cuchillo de monte.) Déjame... Quizás llegue á tiempo... Oye, Tora: éstas quedan aquí prisioneras. Ocúpalas en algo para justificar su permanencia en la Alquería.

ZAFRANA

Dame una rueca.

PEROGILA

Y á mí otra. (Cogen lo que indican y se apartan á la izquierda.)

TORIBIA

Señor, quedaos aquí... No os cacen también á vos. (Entra por el fondo Juan Pablo despavorido, en gran desorden, expresando el cansancio y la desesperación. Al llegar al proscenio se deja caer en una banqueta, reclinando el cuerpo sobre la mesa, agobiado físicamente.)

ESCENA XIV

DON GUILLÉN, TORIBIA, ZAFRANA, PEROGILA, JUAN PABLO

TORIBIA

(Persignándose.) ¡Me valga Dios!

DON GUILLÉN

(Con gran alegría.) ¡Oh!

BRUJAS

(Rezando.) Por las benditas ánimas, Padrenuestro...

DON GUILLÉN

Oímos dos tiros. ¿Tu compañero...? **(Juan Pablo, que á causa del cansancio no puede hablar, indica la muerte de su compañero.)** ¡Muerto...! ¿Y los otros?

JUAN PABLO

A uno... **(Indica con un gesto haberle matado de un tiro.)**

DON GUILLÉN

¿Tú...?

JUAN PABLO

Yo... A otro... (Da á entender con un gesto haberle matado de una cuchillada.)

DON GUILLÉN

¿Y el tercero?... (Juan Pablo indica que huyó.) Descansa, hijo. Vienes muerto.

TORIBIA

(Que ha ido al fondo á vigilar, y vuelve rápidamente.) ¡Pobrecillo!

DON GUILLÉN

(A Toribia, señalando al fondo.) ¿Habrá peligro por aquella parte?

TORIBIA

No se ve alma viviente. A Blas tengo de centinela. (A Juan Pablo.) ¿Te escondemos arriba?

JUAN PABLO

No me escondo más. Que me maten de una vez, si no quiere Dios que yo ajuste con Monegro estas cuentas de sangre.

DON GUILLÉN

(Escanciando.) Bebe un poco.

TORIBIA

Endereza ese cuerpo.

DON GUILLÉN

(Aparte á Toribia.) Apártate con las moriscas... Cuida de que no se escapen... y vigila bien las entradas. (Retírase Toribia con las brujas. Estas permanecen detrás de los pilares. Toribia observa por el fondo.) Cuéntame: ¿cuando te soltó Monegro, el día de la Pastorela, fuiste á ver á tu madre?

JUAN PABLO

Sí... Todo su afán era retenerme en casa. ¡Pobre madre mía!

DON GUILLÉN

Sin mengua del amor filial, vuelves al campo de tus atrevidas empresas...

JUAN PABLO

Vuelvo por jactancia de aventurero, por el goce de burlar á ese monstruo... vuelvo movido de una fuerza irresistible que me tira del alma...

DON GUILLÉN

Magnetismo llamamos á eso... ¿Y ahora, declarada la guerra, estarás conmigo...?

JUAN PABLO

A vuestro lado estará Cienfuegos; pero sin fe. Será una máquina, no un hombre... (Inquieto.) ¿En dónde está la fiera?

DON GUILLEN

En el Corregimiento quedaba. Toda su gente está dividida en patrullas guardando las entradas del pueblo... Por mi parte no me descuido: para asegurarme en esta posición, he mandado venir seis hombres de los más bravos, que á estas horas ya estarán en San Gil, y... Ten confianza.

JUAN PABLO

Perdonad, no puede inspirármela vuestra conjura. Ó saldrá triunfante Monegro, ó si le vencéis, tendréis otro gobernante que será lo mismo, ó un poco peor, ó un poco mejor... vamos, lo mismo.

DON GUILLÉN

Eso lo veremos. Voy á darte toda la fe que necesitas.

JUAN PABLO

¿Cómo?

DON GUILLÉN

Revelándote el complemento de mi plan.

JUAN PABLO

Decidlo pronto.

DON GUILLÉN

Consiste en apoderarnos de mi sobrina y llevarla á Peñalba con toda la rapidez posible.

JUAN PABLO

(Con súbita animación, levantándose.) ¡Esta noche!... ¡á Peñalba...! ¿Pero no teméis que la endeble naturaleza de la señora se trastorne con ese viaje repentino, que parecerá una fuga?

DON GUILLÉN

Para evitar que el miedo la trastorne emplearás un ingenioso engaño...

JUAN PABLO

No, no. Ante la Duquesa no están bien las perfidias del ingenio...

DON GUILLÉN

Laura es una criatura sin voluntad, y como á criatura delicada y tierna hay que tratarla.

JUAN PABLO

(Con exaltada admiración.) La Duquesa es un sér divino, y á sus pensamientos y á sus gustos debemos ajustar nuestras acciones. En ella veo la ideal señora, la ideal belleza, la ideal justicia. Al influjo de su divina luz, el aventurero que gastaba su fuerza en vanas travesuras, se ha convertido en un esclavo, cuerpo y vaso de aquel espíritu, instrumento y no más que instrumento de cuanto ella piense y disponga.

DON GUILLÉN

Hablas como enamorado.

JUAN PABLO

No lo niego. La Duquesa no es mujer: es un alma, y yo estoy enamorado de esa alma. Deseo su bien, deseo su salud, deseo su paz. A esto me consagro. No espero recompensa. Si para servirla fueran menester grandes luchas, yo las arrostraría; si es necesario el heroísmo, heróico seré; si se me impone el sacrificio, seré mártir... Yo no soy nada. Pero cuando siento su voluntad dentro de mí, ¡oh qué locura! no me conozco, me creo también divino.

DON GUILLÉN

Estás hecho un soñador desenfrenado.

JUAN PABLO

(Recorriendo la escena hacia la izquierda, ve á las brujas agazapadas tras los pilares.) ¡Ah!... las moriscas... Sabuesos de mi cazador, ¿aún no me habéis olfateado bastante? ¿También aquí?

ZAFRANA

(Descendiendo al proscenio.) No somos tus enemigas. Rezamos por tí.

DON GUILLÉN

Antes que te vendan, las degüello.

PEROGILA

¡Ay, no señor! queremos á Juan Pablo.

TORIBIA

(Avanzando detrás de las brujas, indica á Zafrana que entregue la carta de Laura.) Ahora... Dásela.

ZAFRANA

Príncipe, en tus manos pongo esta luz. (Muestra la carta.)

JUAN PABLO

¿Qué?

ZAFRANA

El lucero de la tarde alumbra el camino de tu reino. Guíate por él.

JUAN PABLO

(**Rápidamente coge la carta, la abre, pasa la vista por ella.**) "En la cabaña de Alcimna." (**A Don Guillén.**) Y os manda que seáis mi introductor. Podéis leer. (**Muéstrale la esquela.**)

ZAFRANA

(**Retirándose á la derecha con Perogila.**) Yo creí que no le alcanzaba el socorro.

PEROGILA

Le alcanza la Extremaunción... ¡Pobre Rey!

ZAFRANA

¡Y pobre Reina!

DON GUILLÉN

(**Satisfecho.**) ¿Y ahora?

JUAN PABLO

(**Gozoso.**) Ya tengo alma... Me llama... desea verme... Ya recobro la fuerza, el des-

precio de todo peligro, el ansia de cosas grandes... Entran en mi mente rayos de divina ciencia. Ignorante y rudo, paréceme que todo lo sé... Desvalido y pobre, paréceme que todo lo puedo.

DON GUILLÉN

Ya tienes fe.

JUAN PABLO

¡Alma, alma!

TORIBIA

(Por el fondo, presurosa.) Señor, Don Dámaso Monegro va por ahí enfrente.

DON GUILLÉN

¿Solo?

TORIBIA

Lleva tres hombres. Delante un criado con farol. Vedlo. (Mirando al campo.) Llega á la casa de las brujas.

ZAFRANA

Y como no nos encuentra, acá vendrá.

TORIBIA

(A Juan Pablo, medrosa.) Escóndete.

JUAN PABLO

No me escondo.

DON GUILLÉN

¡Oh, Providencia! Poca fuerza trae. Si los míos están aquí, cazaremos al fiero cazador. (Abre la puerta de la izquierda, observa y sale.)

JUAN PABLO

(Mirando por el fondo.) Ya veo la luz. Ven, ven pronto. Armado está el cepo, bestia dañina.

DON GUILLÉN

(Volviendo por la izquierda, seguido de Láinez y cinco monteros.) Entrad. (Situándoles tras los pilares.) Poneos aquí. (Pasan las moriscas á la derecha.)

JUAN PABLO

(Viendo venir á Monegro.) Pobre lobo, la justicia divina te hace caer innoblemente, sin lucha, digno fin de un poder execrable.

LÁINEZ

Matémosle, señor.

JUAN PABLO

Silencio: ya está aquí.

ESCENA XIV

Los mismos; MONEGRO, con tres hombres armados, y un muchacho con farol.

MONEGRO

(Al entrar se fija en las moriscas; no ve á Juan Pablo ni á Don Guillén, que están tras los pilares de la izquierda.) Malditas, ¿estáis aquí? ¿Así cumplís mis órdenes?

ZAFRANA

Señor, aquí estábamos hilando...

JUAN PABLO

(Avanza resueltamente.) Y rezando por los fieles difuntos.

MONEGRO

(Con sorpresa y terror.) ¡Ah! ¡Tú!

JUAN PABLO

¡Me creíais muerto!... Las fieras que vos matáis... resucitan.

MONEGRO

Rey de los vagabundos, date preso. (A los hombres que trae.) Prendedle. (Van saliendo de detrás de los pilares Don Guillén, Láinez y los monteros.)

DON GUILLÉN

Enfrenad vuestro genio, y ved que no estamos aquí para dejarnos cazar como pobres gorriones.

MONEGRO

(**Retrocede espantado.**) ¡Oh, qué infame celada! ¿Y os atrevéis...?

JUAN PABLO

¡Que si nos atrevemos!

DON GUILLÉN

Hemos aprendido en vuestra escuela.

JUAN PABLO

Os imitamos en la audacia insolente, en el abuso de la fuerza.

DON GUILLÉN

Y en el manejo de la trampa insidiosa.

MONEGRO

¡Oh, qué ignominia! (**Desesperado y rabioso excita á los suyos.**) Defendedme, dejaos matar. (**Trata de huir por la derecha. Retrocede; encara con las brujas.**) Vosotras, hijas del diablo, salid, corred, gritad... llamad gente. (**Zafrana y Pe-**

rogila aterradas, rezan lúgubremente. Los hombres de Don Guillén se arrojan sobre los de Monegro y los desarman.) ¡Oh, perdido, muerto!...

JUAN PABLO

No os mataré, no. Soy más generoso que vos. Os entrego al tiempo, que será vuestro mejor verdugo. Vivid, y veréis la ruína, la espantosa catástrofe de todo el artificio de mentiras y maldades en que fundáis vuestro poder.

MONEGRO

(Con desesperación, invocando al cielo.) ¡Un rayo, señor, un rayo que á todos nos aniquile!

JUAN PABLO

No llaméis al rayo, que ya vendrá... Y no temáis á los del cielo; temed á los de la tierra, á los que forja el hombre, cansado de la esclavitud, de la miseria, de tanta y tanta iniquidad.

MONEGRO

No pido justicia á los hombres, á Dios la pido.

DON GUILLÉN

Y os la da. Justicia divina es ésta.

JUAN PABLO

Encerradle en la torre.

MONEGRO

¡Oh rabia del vivir! ¡Oh humillación!

JUAN PABLO

¡Soberbia, derrúmbate!... ¡Ídolo de arcilla, cae y rómpete en mil pedazos, para que tus víctimas puedan pisotearte y hacerte polvo! (Á los monteros.) Aseguradle bien.

DON GUILLÉN

Á la torre... pronto.

JUAN PABLO

Y nosotros... al castillo.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

EL OCASO

ACTO CUARTO

Estancia lujosa en el palacio de Ruydíaz, decorada con magníficos vargueños, arcones y arquetas, cuadros antiguos, panoplias con armas de todas clases. Puerta al fondo, que es la comunicación principal, y puerta á la derecha, que conduce á las habitaciones privadas de la Duquesa. Á la izquierda un gran ventanal.

En el primer término de la izquierda, un canapé colocado á lo largo; al pie del mismo y en el centro del escenario, un sillón antiguo, de cara al público. Tras el canapé una mesa, con luces resguardadas por pantallas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

LAURA, acostada en el canapé, dormida, en actitud mortuoria como la estatua yacente de un sepulcro, las manos cruzadas. Cantidad de rosas esparcidas sobre ella. DOÑA TERESA en el sillón, leyendo; ROSAURA, dormitando en una silla.

DOÑA TERESA

Hija, vete á la cama. No puedes tenerte de sueño.

ROSAURA

(**Poniéndose en pie, soñolienta.**) ¿Y vos no descansáis?

DOÑA TERESA

No, tonta. Ya sabes que esta noche... es noche de que duerman los simples y velen los avisados.

ROSAURA

¿Pero qué ocurre?... Dígamelo.

DOÑA TERESA

Si te lo digo, con ser tú tan inocente, quizás no puedas pegar los ojos. (**Empujándola.**) Anda, vete: te estás cayendo.

ROSAURA

Bueno, señora... (**Vase por la derecha.**)

DOÑA TERESA

(**Mira y escucha por la ventana de la izquierda.**) Nada se siente ya... ¡Bah! un alboroto pasajero... Poco había de tardar Monegro en sofocarlo. (**Suspensa.**) ¿Pero cómo, si está ausente, y, según dicen, no se sabe á dónde ha ido?... Es muy peregrino todo esto... (**Laura despierta. Se incorpora lentamente, llevándose ambas manos á la cabeza, siempre en postura de perfil con respecto al público.**) ¡Ah! ya despierta.

LAURA

(Hablando sola.) Ven, pensamiento feliz, y no te me escapes despierta, ya que dormida me has regalado el alma.

DOÑA TERESA

(Acariciándola.) Angel, ¿has tenido un sueño feliz?

LAURA

Tan feliz, que aun soñando me parecía mentira. (Vuelve á su actitud yacente, siempre de perfil al público, y cruza las manos.) ☛ Soñaba que Dios había dispuesto una transformación en mis estados; que mis vasallos vivían contentos; que tenían paz, bienestar, justicia... y yo... yo tenía salud... Mi endeble naturaleza también se transformaba y...

DOÑA TERESA

¡Ay qué bonito! ☚ (Entra Don Guillén.)

ESCENA II

LAURA, DOÑA TERESA; DON GUILLÉN, por el foro.

LAURA

(Abriendo los ojos.) ¿Quién es?

DON GUILLÉN

Perdóname, sobrina, y no te asustes...

LAURA

Si no me asustó, tío. Al contrario, me alegro de veros...

DOÑA TERESA

(Acudiendo á su encuentro, ansiosa de noticias.) ¿Y qué? ¿Partimos?...

DON GUILLÉN

(Con palabra queda y rápida.) No: ya no es necesario...

DOÑA TERESA

¿Y ese tumulto?

DON GUILLÉN

(Fastidiado de tanta pregunta.) No puedo detenerme á contaros.

DOÑA TERESA

Me dejáis á media miel.

DON GUILLÉN

Retiraos. Temo que dentro del castillo tengamos algún alboroto. Procurad que la servidumbre que depende de vos se mantenga en sus habitaciones. Que todo duerma en casa, como si nada ocurriera.

DOÑA TERESA

Pero...

DON GUILLÉN

(Empujándola para que se vaya.) Dejadme solo con Laura y á nadie digáis que estoy aquí... **(Insiste Doña Teresa en pedir más explicaciones. Don Guillén no la escucha y la hace salir.)** Punto en boca... adentro.

ESCENA III

LAURA, DON GUILLÉN

LAURA

(Se incorpora.) Ya sé, tío, á qué venís.

DON GUILLÉN

(Sin saber qué decir.) Á decirte...

LAURA

Que debo consentir en esa viajata...

DON GUILLÉN

No es eso. Quería prevenirte... (Buscando una idea.) ¿Sabes que en algunos pueblos...?

LAURA

Alborotos... Sí... ya sé...

DON GUILLÉN

(Encontrando la idea que buscaba.) Pues vengo á decirte que ha llegado un emisario de los descontentos, y que forzosamente...

LAURA

¿Qué?

DON GUILLÉN

Has de recibirle esta misma noche.

LAURA

¡Por Dios, tío!...

DON GUILLÉN

Tiene que conferenciar contigo sobre asuntos gravísimos, urgentísimos...

LAURA

¡Pero, tío! (Se sienta en el canapé.) ¿Cómo voy á recibir á estas horas á una persona desconocida?...

DON GUILLÉN

No es un desconocido para tí. Es un hombre, un caballero...

LAURA

(Sospechando.) ¿Quién?

DON GUILLÉN

Un vasallo tuyo que á todos nos ha maravillado por su intrepidez, por su ingenio vivo, por su espíritu de justicia...

LAURA

(Comprendiendo, pero sin atreverse á pronunciar el nombre.) ¡Ah!... sí, sí... (Óyese rumor en la puerta del fondo.) ¿Quién entra? (Aparece Juan Pablo en la puerta.) ¡Ah! (Alegre y vergonzosa, con gracia infantil.) ¡Tesimandro!

ESCENA IV

LAURA; DON GUILLÉN, que se va en seguida; JUAN PABLO.

JUAN PABLO

(**Con arrobamiento.**) ¡Cabaña de Alcimna, venturoso rincón del cielo!

LAURA

(**Recordando la Pastorela.**) "Habla, pastor, que suspensos—de tus razones estamos,—y ni alientan nuestros pechos—ni pacen nuestros ganados.„

JUAN PABLO

(**Con gran reverencia.**) Perdonad si en hora quizás importuna...

LAURA

No es importuna la hora... y en cuanto al lugar, no pudo mi tío escoger mejor cabaña que el aposento en que te recibo, el más grato para mí, y el que prefiero á todos los de mi casa... Aquí pasaba días y noches mi buen padre; aquí murió; aquí me meto

yo cuando quiero soñar á mis anchas, acompañada de recuerdos gloriosos de mi familia. Bien venido sea á mi cabaña el más osado caballero de Ruydíaz.

JUAN PABLO

(Inclinándose.) Á vuestra presencia no llega la osadía, sino el respeto. (Vivamente, aparte á Don Guillén.) No os descuidéis. Apretad á Láinez y á su gente para que no dejen tomar vuelo al bando monegrista.

DON GUILLÉN

Vuelvo á la villa... (Vase Don Guillén por el foro.)

LAURA

(Gozosa.) ¡Qué alegría ver que has burlado á los cazadores!

JUAN PABLO

Favor del cielo ha sido... sin duda por traer yo todos mis pensamientos puestos en el anhelo y propósito de serviros, señora.

LAURA

Dime ante todo, ¿qué mensaje traes?

JUAN PABLO

Que desde que os ví y me hicísteis el honor de hablarme, me constituí en vuestro esclavo para toda la vida. La cadena de mi esclavitud es toda obligaciones.

LAURA

(Con emoción.) ¡Oh, qué grandeza de alma! ¡Y qué novedad tan hermosa ver junto á mí á un sér que con tanto desinterés y humildad quiere ser mío!

JUAN PABLO

(Se arrodilla.) No hay mayor gloria que ser criado vuestro. (Laura le da á besar su mano.)

LAURA

Siéntate y escúchame. (Juan Pablo no se sienta.) Ahora voy á decirte por qué cautivaste mi atención. Fué por lo mismo que aquí te ha dado tan mala fama: por la impetuosidad y el desorden de tu vida. Incapaz yo de vivir, admiro á los que usan de la vida, y aun abusan de ella... Tus empresas amorosas me divierten; tu desprecio del peligro me encanta; tu pasión de la justi-

cia, aunque sea por la violencia, me embelesa... Lo mismo que tú haría yo si pudiese: burlar graciosamente las corrompidas autoridades, las estúpidas reglas y ficciones que nos encadenan. (Fatigada de hablar se reclina.) No te asombrarás poco de la franqueza con que te hablo...

JUAN PABLO

Con igual franqueza, señora, dirá este esclavo que os reverencia y os ama por vuestras desdichas, por la tristeza de vuestra vida miserable en medio de los goces y alegrías del mundo. Ya que no pueda dar mi vida toda por la salud de la vuestra, quiero que me impongáis una forma de sacrificio, para que no seáis vos la sola mártir, sino que yo también lo sea.

LAURA

(Incorporándose de nuevo.) No, no: basta de martirios... (Con súbita alegría.) Háblame de vivir, de la vida dulce y plácida como la tienen y gozan otras criaturas... ☞ Tú... ¡Ah! ya sé á qué vienes... ¡á llevarme á Peñalba! El cambio de lugar y de aires me será muy provechoso... ¡Oh, sí! voy.

JUAN PABLO

Me dijo Don Guillén que no queríais... Además, se teme que el viaje sea difícil, penoso...

LAURA

(Con grande animación.) Contigo no. Llévame. ¡Y no se alegrará poco mi tía la de Cardona de tenerme en su compañía!... y me llevará á sus estados de Cantabria, donde veré el mar. ¿Irás tú conmigo á ver el mar? ¡Oh, qué alegría siento! (Prorrumpe en sonora y franca risa.)

JUAN PABLO

Sí: el mar inmenso, digno de que vos le admiréis. Su aliento será provechoso á vuestra salud. Con su grandeza podréis medir la de vuestra alma. ☛ (La alegría de Laura se va extinguiendo y cesa al fin por disnea. Advierte Juan Pablo que Laura sufre.) Señora...

LAURA

Es la alegría... la...

JUAN PABLO

Señora, ¿os sentís mal? (Laura hace signos afirmativos; llévase la mano al pecho.) Llamaré.

LAURA

(Con vivo esfuerzo de gesto y voz.) No.

JUAN PABLO

¿Queréis agua?

LAURA

(Señalando un vaso de agua ó poción, que hay en la mesa próxima.) Sí. (Juan Pablo le ofrece el vaso. Bebe.) ¡Llamar!... ¡privarme de esta... soledad!... No quiero...

☛ JUAN PABLO

Ya estáis mejor.

LAURA

Sí... ya respiro.

JUAN PABLO

¿Queréis que me retire?

LAURA

(Cogiéndole de la mano.) No... Ahora... siento... mucho frío... (Se recuesta. Juan Pablo la abriga con un manto de seda que encuentra á mano.)

JUAN PABLO

¿Tenéis fiebre?

LAURA

No creo...

JUAN PABLO

Llamaré á Don Guillén.

LAURA

No.

JUAN PABLO

Á Doña Teresa...

LAURA

Menos... (Por señas le manda que no se vaya, que se siente á su lado.) No te separes de mí... Eres la persona... puedo decir esto sin recelo... toda la pureza de los ángeles está en mi boca, como en mi corazón... eres la persona que me interesa más en el mundo... la más, no: la única.

JUAN PABLO

(Con vehemencia.) Y yo puedo deciros que no hay mayor dicha que adoraros, como se adora á los ángeles, y admirar en vuestros ojos y en vuestro acento el alma más hermosa que ha criado Dios.

LAURA

(Con cierto desvario.) Ahora entiendo que acertaban las brujitas cuando dijeron: "Juan Pablo será Rey..."

JUAN PABLO

Señora, ¿deliráis?

LAURA

Y yo Reina... Dijeron que reinaríamos juntos en un Reino muy grande... ¿Dónde está ese Reino?

JUAN PABLO

(Alarmado y confuso.) Señora, ¿qué decís?

LAURA

Ese Reino, ¿será la Muerte?

JUAN PABLO

No habléis de morir, señora.

LAURA

(Con profunda tristeza incorporándose.) Dios viene á mí y me dice que mi reino está lejos y cerca, que está en lo profundo y en lo alto,

que es tenebroso y resplandeciente. **(Se sienta apoyàndo la cabeza en la mano y el codo en la cabecera del canapé. Su actitud es grave, mirando al suelo.)**

JUAN PABLO

¡Oh, no habléis de ese modo... por piedad!

LAURA

No puedo evitar tu pena, pobre caballero salvaje. Disponte á oir mi voluntad para que la cumplas. Has dicho que eres mi esclavo.

JUAN PABLO

Sí...

LAURA

Me debes obediencia ciega... como yo te la debo á tí en cierto modo, porque eres mi maestro.

JUAN PABLO

¡Yo, señora!

LAURA

Esclavo y maestro: tú me has inspirado las ideas grandes y generosas y el amor á los desvalidos; tú me has revelado las ideas de lo justo y lo bueno.

JUAN PABLO

Lo intenté.

LAURA

Y lo lograste, maestro mío. ☛ Por eso yo, al dejar este mundo, quiero...

JUAN PABLO

No sigáis...

LAURA

Quiero y dispongo que la inmensidad de mis tierras no tenga un solo dueño. ☛ ¿Qué debo hacer en estos instantes últimos para que mi voluntad se cumpla?

JUAN PABLO

Nada, porque más alta que vuestra voluntad está la ley.

LAURA

Quiero que las tierras grandes sean para mis parientes pobres; las chicas para los que ahora las labran en provecho mío. ☛ **(Estupefacción en Juan Pablo.)** ¿Á qué ese asombro, Rey?

JUAN PABLO

Señora y reina, soñáis. El régimen secular en que vivimos no os permite ser tan buena como queréis.

LAURA

¡Oh, qué desdicha! Quiero dejar tras de mí un rastro luminoso, y no dejo más que tinieblas. (Con expresión mística, mirando vagamente y hablando á media voz. ¿Estaré dormida... soñaré?

JUAN PABLO

Sí... despertad, señora, despertad...

LAURA

(Con idea fija.) Pues si esas disposiciones son sueños, no lo será esta otra...

JUAN PABLO

¿Á ver?

LAURA

Cuando yo espire...

JUAN PABLO

(Protestando.) No, no.

LAURA

Cuando yo espire, me coges, y con cuidado cariñoso me llevas á tu casa...

JUAN PABLO

Deliráis aún...

LAURA

Y me entierras en el jardinito donde tú jugabas cuando eras niño..

JUAN PABLO

Señora, tened piedad de vos y de mí.

LAURA

Sí... labrarás para mí un sepulcro modesto, rodeado de flores.. y vendrás á sentarte al lado mío. **(Comienza á sentirse rumor lejano de tumulto popular.)**

JUAN PABLO

Callad, señora: me destrozáis el alma.

LAURA

Dime, ¿lo harás?

JUAN PABLO

Desechad esas imaginaciones lúgubres... os lo suplico como esclavo, y os lo mando como maestro. (Arrecia el rumor externo.) ¿Á qué pensáis en muerte, si viviréis, si...? (Le interrumpe el rumor, ya muy intenso, que avanza por la izquierda, bajo la ventana.)

LAURA

¡Oh! ¿Qué es eso? (Suenan campanadas graves, lejanas.) La campana de Santa María.

JUAN PABLO

(Aterrado por el efecto deplorable del miedo en el ánimo de Laura.) No es nada... no temáis...

LAURA

(Consternada.) Es el pueblo... mis vasallos, que claman contra mí.

JUAN PABLO

No, no.

LAURA

¡Infeliz de mí! ¿Yo qué culpa tengo? (Temblando.) ¡Si les quiero, si son mis hermanos!

JUAN PABLO

(Escuchando.) Pasan junto á la muralla. (Aparte.) No distingo más que un clamor confuso... no sé si es de rabia ó de triunfo.

LAURA

(Su propio miedo despierta en ella insana curiosidad.) Quiero verlo, quiero oirlo... Abre esa ventana... ¡Oh, cómo ruge...!

JUAN PABLO

(Abre. Se ve resplandor de antorchas.) ¿Á dónde van? Pasan junto á la iglesia. Corren hacia las casas del Concejo. (Cierra.)

LAURA

(Levántase y anda con febril ansiedad y paso vacilante.) No cierres... quiero verlo.... déjame...

JUAN PABLO

(Acude á contenerla.) Señora, no... Serenaos... No hay motivo de temor... Es un pueblo generoso y bueno.

LAURA

Déjame que lo vea... Ese clamor... esas llamas... ¡Espectáculo hermoso... y terrible!... Quiero verlo, déjame.

JUAN PABLO

Vuestros vasallos os aman.

LAURA

Claman contra Monegro, contra mí... Piden justicia... lo que no hemos sabido darles...

JUAN PABLO

Se la daréis... Os aclaman.

LAURA

No, no: me aborrecen... Y yo les amo, doy mi vida por ellos... (Trémula y consternada, agarrándose al respaldo del sillón.) ¡Oh, me muero de terror!... No me dejes sola. (Rumor de gente por la derecha.)

JUAN PABLO

No os dejo, no. (Pausa; ambos escuchan.) Alguien llega por aquí.

ESCENA V

Los mismos; LA MARQUESA, DOÑA TERESA, presurosas por la derecha.

LA MARQUESA

(Acudiendo á Laura.) Querida, no te alarmes... No hay motivo... no es nada...

LAURA

(Temblando.) El pueblo desbordado clama justicia.

DOÑA TERESA

Niña del alma... no: el pueblo te ama. (Ambas la acarician; condúcenla al sillón.)

JUAN PABLO

(Después de atender un momento á los rumores del interior del palacio, vuelve al centro. Contempla á Laura cariñoso.) Alma soberana, yo disiparé vuestro terror y os devolveré la paz, el contento, la vida.

LAURA

Dios te bendiga. Eso eres tú para mí: la paz, la vida. (Postrada en el sillón con gran decaimiento.)

JUAN PABLO

(Aparte, confiado en sí mismo.) Ya te tengo, idea salvadora. (Da algunos pasos hacia la Duquesa.)

LAURA

(Siempre aterrorizada, escuchando.) El pueblo calla, el pueblo se recoge...

JUAN PABLO

Ya no llegarán á vos clamores de batalla, sino de júbilo.

LAURA

¿Qué dices?

JUAN PABLO

(Afectando alegría.) Que Dios os concede la mayor gloria que podríais apetecer...

LAURA

(Con esperanza.) ¡Oh! Bendiga Dios tus palabras. (La Marquesa pasa á la derecha; queda Juan Pablo entre ella y Laura.)

JUAN PABLO

(Al oído de la Marquesa.) Asentid, señora, á cuanto yo diga. (Alto.) Sabed toda la verdad.

En los estados de Ruydíaz se ha consumado esta noche una gran mudanza, una renovación...

LAURA

(Con asombro que se resuelve en regocijo.) Una renovación... Todo lo malo concluído... todo lo bueno comenzado. ¿Es eso?

LA MARQUESA

(Apoyando resueltamente.) Sí, sí.

JUAN PABLO

Todo lo bueno.

LAURA

(Con inmenso interés.) Y esa renovación... quiero decir, ese trastorno saludable, ¿es obra tuya?

JUAN PABLO

De vuestro pueblo.

LA MARQUESA

(Por Juan Pablo.) Él, él, ante todo.

JUAN PABLO

(Sin vacilar, viendo el efecto de la ficción.) Yo... sí... mis amigos... Todos hemos trabajado

por la gloria de Ruydíaz, por la felicidad vuestra y de vuestros vasallos.

LAURA

¡Ah! (Exhala un gran suspiro, como si de su alma y de su corazón se desprendiera un enorme peso. Después sonríe con expresión de bienestar moral y físico.)

JUAN PABLO

Todo está concluído felizmente.

LAURA

(Recelosa.) ¿Pero Monegro...? ¿Para qué está en el mundo Monegro más que para impedir todo cambio saludable?

JUAN PABLO

Cayó en mi poder... se me vino á la garra, cuando menos podía yo esperarlo.

LAURA

(Con ansiedad.) ¿Y le mataste?

JUAN PABLO

No, señora... Para este triunfo del bien, no necesitábamos sacrificar ninguna existencia.

LAURA

(Con inmenso gozo.) ¡Le perdonaste!... ¡Oh, grandeza de alma...! (Respirando con ansia y facilidad, como si entrase en sus pulmones una onda de oxígeno.) Tu generosidad sublime parece que me infunde una vida nueva. (Asiendo el brazo de uno y otra, y atrayéndoles á sí.) Venid, dadme parabienes, sed felices conmigo... Dios me concede la gloria que soñé... Ya reinan en Ruydíaz la paz duradera, la probidad, la justicia...

JUAN PABLO

(Con toda su alma.) ¡La justicia!... ¡todos los bienes!... ¡Respirad, señora, vivid, sed dichosa!...

LAURA

(Con intensa alegría, disfrutando de una vitalidad pasajera.) Tú, caballero salvaje, y vosotras, amigas de mi alma, ved aquí el Reino grande que me anunciaron las brujitas.

JUAN PABLO

Sí...

DOÑA TERESA

(Aparte.) La piadosa ficción ha sosegado su alma.

LAURA

Y tú reinarás conmigo en este Reino glorioso. (Queda Juan Pablo á su derecha; la Marquesa á su izquierda. Coge las manos de ambos.)

JUAN PABLO

(Sosteniendo la ficción.) Sí.

LAURA

Me has dado la vida.

JUAN PABLO

La mía os pertenece.

LA MARQUESA

Dichosa eres al fin.

LAURA.

Y ahora, reunidos en este Reino grande y puro...

LA MARQUESA

Gobernarás tus estados.

LAURA

Él y yo. (Mirando á Juan Pablo cariñosa.) Tú y yo... tú, que sabes más.

JUAN PABLO

Sois vos quien posee toda la ciencia.

DOÑA TERESA

(Aparte.) Con una ilusión mentirosa, como toda ilusión, recobra esta pobre alma las alegrías del vivir.

LAURA

Y ahora... ahora... ¡oh, qué alborozo me inunda el alma! Ahora mis buenos vasallos vendrán públicamente y en gran pompa esta noche misma á rendirme homenaje...

JUAN PABLO

(Desconcertado.) ¿Tan pronto?

LA MARQUESA

Mañana.

JUAN PABLO

Descansad, señora, todo el resto de la noche.

LAURA

(Con acento infantil.) ¡Descansar!... Ahora que tengo vida dejadme fatigarla en la actividad y gastarla en pensar en dispo-

ner... ☛ (Con súbita determinación, irguiéndose y accionando vivamente.) Ante todo, festejemos este gran suceso. (La alegría determina en ella inquietud nerviosa, en la cual se marca la presunción.) Clara, Teresita, sacad todas mis joyas.

LA MARQUESA

(Perpleja.) ¿Ahora?

DOÑA TERESA

¡Pobre ángel! Obedezcámosla. (Se dirige á los vargueños.)

LAURA

Quiero engalanarme, quiero estar bella; quiero poner sobre mí todos los signos de mi grandeza... para ennoblecer, para ilustrar la vida que me has dado. (Candorosa.) Quiero también que me veas en todo el esplendor de mi jerarquía... No me has visto...

JUAN PABLO

Pero sé cuán grande y bella sois sin ningún adorno ni emblema de nobleza.

LAURA

(Tomando la arquita que le lleva la Marquesa.) ☛ Aquí están los mejores diamantes que poseo. (Saca unas arracadas con gruesos diamantes montados en plata.) ¡Qué hermosura!

JUAN PABLO

Dignos son de una Reina.

LAURA

En sus luces veo yo una conversación de rayos entre la luna y el sol.

LA MARQUESA

(*Saca de la segunda arquilla hilos de perlas y los entrega á Laura.*) ¡Oh! mira, mira... tus hilos de perlas... la mejor gala de tu casa.

LAURA

El orgullo de las Duquesas de Ruydíaz. (*A Juan Pablo.*) Cógelas y admira ese oriente, esa igualdad...

JUAN PABLO

(*Sin tomar las perlas.*) Son muy bellas... pero palidecen ante los divinos encantos de vuestra mirada y de vuestra sonrisa.

LAURA

(*Con arrobamiento.*) ☛ Hasta hoy, sepultada en mi soledad tristísima, miraba yo estas bellezas con desdén, casi con repugnancia. (*Recreándose en las joyas, las estrecha con-*

tra su seno.) ¡Hermosuras muertas, resucitad! ¿No veis en vuestra señora algo que no tenía? Vivid ahora conmigo, y amad lo que yo amo.

LA MARQUESA

(Que trae un objeto envuelto en telas finísimas.) Tu corona. (La descubre.)

LAURA

¡Oh! la mejor que poseo... (Es gótica, de gran riqueza.) Perteneció á la Condesa de Hernán Ramírez, hija de Reyes, fundadora de este señorío. (Recibiéndola en sus manos.) Ven, corona mía. (La besa.) Antes te miré con indiferencia, ahora con orgullo. En tí veo el símbolo de vida nueva y de la felicidad de mis estados. Ponedme mis perlas. (La Marquesa le pone los hilos de perlas.) Ahora mi collar de diamantes... (Á Juan Pablo, con orgullo, después que le ponen el collar.) Mírame. ¿Estoy bien?

JUAN PABLO

Sois un día espléndido.

LAURA

(Hablando con lentitud y algo de fatiga.) No... soy una noche clara... y melancólica... que

se adorna con todas sus constelaciones. ☞ (**Creyendo oir ruidos exteriores.**) Paréceme que llegan ya... Pronto... engalanadme. (**Respira fatigosamente. Su mirada tiende á la inmovilidad. Pausa. Todos los presentes la observan ansiosos.**)

JUAN PABLO

Nadie viene aún, señora.

LA MARQUESA

¿Te sientes mal?

LAURA

Sí... (**Rehaciéndose al instante.**) No... no... Bien... ☜ Mi pueblo ante mí... yo con toda la dignidad, con todo el esplendor...

☞ **JUAN PABLO**

Sí... sí...

LAURA

(**Con cierto desvarío.**) ¡Hermoso... hermoso!... ¡La justicia en mis pueblos!

DOÑA TERESA

Te fatigas un poquito, ¿verdad?

LA MARQUESA

¿Quieres beber?

LAURA

(Mirando á tòdos cariñosa.) Miradme con amor, beberé la luz de vuestros ojos.

JUAN PABLO

(Estrechándole las manos con efusión ardiente.) ¡Señora, señora!

LAURA

Juan Pablo... tú... ponme mi corona... tú, tus manos me pondrán mi corona.

JUAN PABLO

(Con emoción y gravedad.) "Y absorto en su grandeza,—las ejemplares formas de las cosas—bajé á mirar...„ (Le poné la corona. Laura cierra los ojos: queda inmóvil, en actitud hierática, la cabeza erguida, los brazos simétricamente apoyados en los brazos del sillón, de cara al público.)

LAURA

(Con voz débil, sin hacer ningún movimiento.) ¡Vienen!... (A Juan Pablo, estrechándole la mano.) Tú, maestro y señor mío, háblales en mi nombre, en nombre tuyo y mío. ¡Oh, reino de la justicia... reino grande y puro!

JUAN PABLO

(Aterrado.) ¡Oh! su vida se apaga.

DOÑA TERESA

(Llorando.) Niña mía, vuelve en tí.

LA MARQUESA

Despierta, Laura, despierta.

JUAN PABLO

(Desesperado, volviendo al lado de Laura, con fuerte voz y acento dolorido.) Vivid; no nos abandonéis, alma y gloria nuestra.

LAURA

(Cortado el aliento, extinguiéndose.) Dueño y señor mío... tú conmigo...

ESCENA VI

Los mismos; DON GUILLÉN, por el fondo, presuroso, descompuesto, revelando gran fatiga.

DON GUILLÉN

(Entrando.) Vencedor al fin, con supremo esfuerzo y pérdida de muchas vidas. (Al ver el cuadro que presenta Laura moribunda, queda paralizado de pena y terror.) ¡Jesús! ¡Laura!

JUAN PABLO

(Trastornado, con espasmo de dolor, recorriendo la escena.) Muere... y yo... yo culpable... Con la vida que le dí, le he dado muerte. La alegría la mata, como á mí me matará el dolor. **(Óyese rumor de multitud que se acerca.)**

LAURA

(Con voz apagada, sensible al intenso rumor.) Mi pueblo... pueblo mío.

DON GUILLÉN

(Dolorido.) Aquí viene á rendirte homenaje... Y traemos al déspota vencido, para que ante tí humille su soberbia y te pida perdón del daño que á todos nos ha hecho.

JUAN PABLO

Entrad, entrad... vencedores y vencidos, pobres ilusos, venid y contemplad el bien que perdéis.

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos; LÁINEZ, Guardas, Monteros, Criados, muchedumbre de distintas clases sociales con armas; MONEGRO, que viene conducido por dos hombres armados, herido y descompuesto, en estado de grande abatimiento; servidumbre del palacio, con algunas mujeres.

TODOS

¡Viva nuestra señora!

DON GUILLÉN

¡Silencio! (Conforme van avanzando y viendo el triste espectáculo, quedan mudos de sorpresa y dolor.)

MONEGRO

¡Oh!... (Se arrodilla, inclinando su frente casi hasta tocar el suelo.) ¡Mi señora...! ¡Perdónenos á todos Vuestra Grandeza... para que Dios nos perdone.

LAURA

(Con el último aliento, requiriendo la mano de Juan Pablo, que á su lado se arrodilla.) Tú, conmigo... Reino grande... paz... justicia. (Se extingue dulcemente, sin convulsiones. Su cabeza coronada cae hacia atrás sobre el respaldo del sillón. Se acentúa la rigidez sin descomponer la disposición simétrica de la figura.)

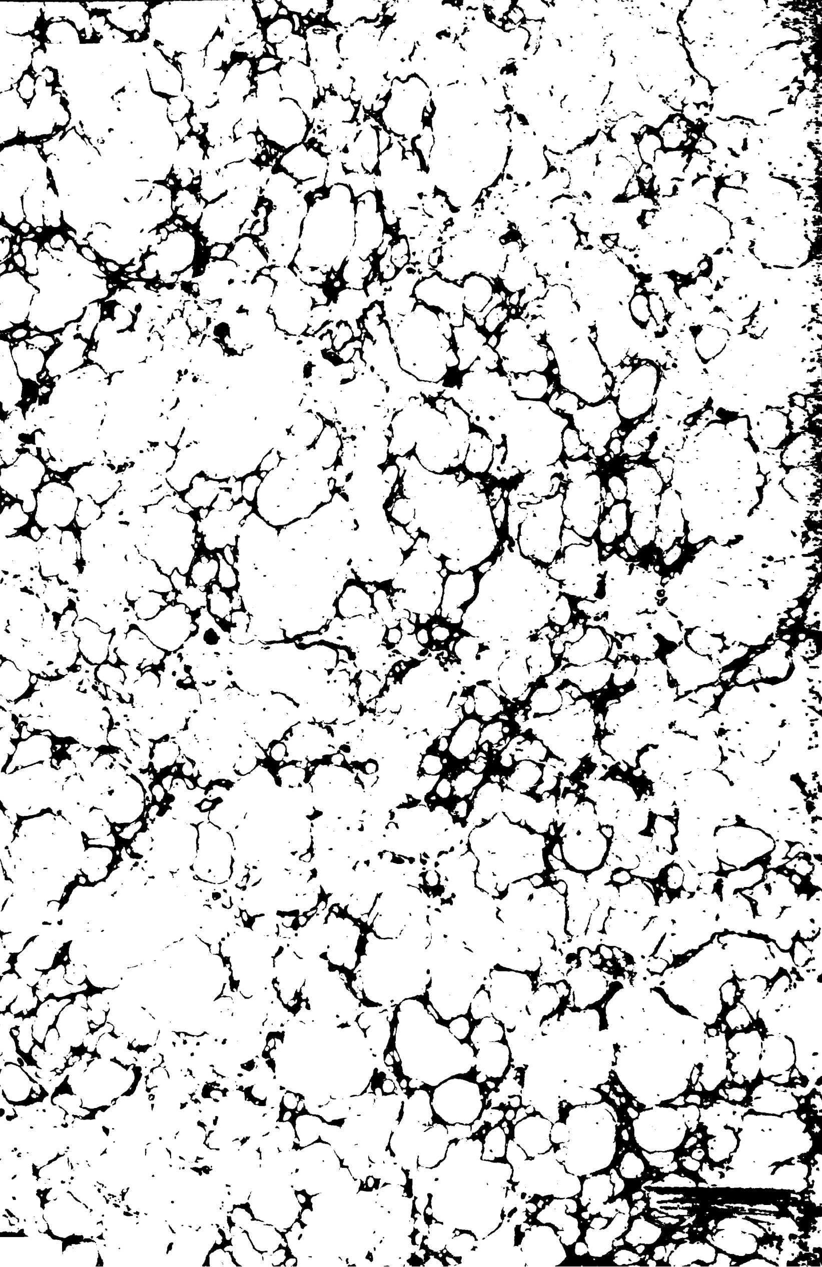
DON GUILLÉN

¡Oh, inmenso dolor! (Todos los que están en escena se arrodillan. Suena una grave exclamación general de angustia.)

JUAN PABLO

(De rodillas junto á Laura, volviéndose hacia la muchedumbre, con profunda emoción y vibrante elocuencia.) Vasallos de Ruydíaz, el grande espíritu de nuestra señora está en un reino distante, en un reino glorioso. Era la divina belleza, la ideal virtud, y nosotros unas pobres vidas ciegas, miserables... ¿Qué habéis hecho, qué hemos hecho? Destruir una tiranía para levantar otra semejante. El mal se perpetúa... Entre vosotros siguen reinando la maldad, la corrupción, la injusticia. ¡Llorad, vidas sin alma, llorad, llorad!

FIN DEL DRAMA



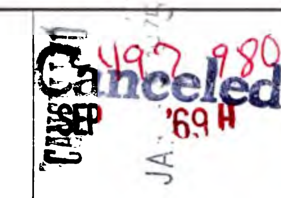
This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

4644060

JAN 29 '75 H



Canceled

SEP '69 H

CANCELLED

STALL-STUDY CHARGE

FEB 11 1987